

*Enrique González Rojo*

Cuando el **REY**  
se hace cortesano

*Octavio Paz y el salinismo*



EDITORIAL  POSADA

Persiste en la reiterada dicotomía con que se aborda el quehacer de Octavio Paz una ligereza alarmante: si por una parte se reconocen a ciegas los grandes prodigios de su escritura, diáfana y elegante, por otra se combaten sus posturas políticas con un alud de reproches y críticas viscerales que suelen ocultar serias limitaciones. No es el caso por cierto de este libro polémico e inteligente con que Enrique González Rojo responde con toda oportunidad al discurso político — netamente reaccionario — del autor de *Pequeña crónica de grandes días*.

A partir de una singular filosofía de la historia, hábilmente articulada para legitimar el proyecto neoliberal que Carlos Salinas de Gortari está aplicando en el país, Paz deja en claro sus verdaderas inclinaciones políticas. Más aún, queda en evidencia la visión coja e insustancial con que el monarca de la cultura mexicana trata sobre temas políticos. ¿El salinismo ha encontrado, finalmente, a su ideólogo? Así parece; pero este poeta talentoso e intolerante, erudito y provocador, no siempre tiene la razón. Una prueba de ello, irrefutable, es *Cuando el rey se hace cortesano*.

ENRIQUE GONZALEZ ROJO

# CUANDO EL REY SE HACE CORTESANO

Octavio Paz y el salinismo

EDITORIAL  POSADA

*A Samuel I. del Villar,  
hombre de principios y honradez  
ciudadana*

**Ilustración de la portada:** Marco Antonio García

©1990, Enrique González Rojo

©1990, Editorial Posada, S.A. de C.V.

La Otra Banda 74,  
Col. Tizapán San Angel,  
Deleg. Alvaro Obregón,  
C.P. 01090, México, D.F.

**Derechos reservados**

Hecho en México/Printed *in México*

ISBN 968-433-303-X

# INDICE

PROLOGO .....	6
ENTRADA: EL SALINISMO ENCUENTRA, FINALMENTE, A SU IDEOLOGO .....	9
<b>I. EL LEITMOTIV .....</b>	<b>11</b>
a) La alianza de naciones americanas .....	11
b) La necesidad de independencia y el fortalecimiento del país .....	14
c) Modernidad y tradición .....	16
<b>II. LA TRIADA REFORMISTA .....</b>	<b>22</b>
a) En torno a la reforma económica .....	22
b) En torno a las reformas socio-políticas .....	33
c) En torno a las reformas estatales. Salinas y la perestroika .....	37
<b>III MODERNIDAD Y TRADICIÓN EN EL MEXICO CONTEMPORANEO .....</b>	<b>40</b>
<b>IV LOS PARTIDOS POLITICOS EN LA REALIDAD ACTUAL DEL PAÍS .....</b>	<b>69</b>
1. El PRI.....	69
2. El PAN.....	77
3. El PRD.....	83
a) Descripción del PRD.....	84
b) Ideología del PRD.....	87
c) El PRD en la confluencia de la tradición y la modernidad.....	119
EPILOGO.....	127

<i>CARTA</i> de Yolanda Díaz Mantecón al autor.....	127
<i>RESPUESTA</i> del autor a Yolanda Díaz Mantecón.....	132

## PROLOGO

Como expliqué en la «aclaración» con que se inicia mi texto *El rey va desnudo*, a partir momento determinado, y por razones que no tienen por qué ser repetidas aquí, concebí el designio de hacer un examen crítico de los ensayos de Octavio Paz. La aparición, sin embargo, de los seis artículos de nuestro ensayista, agrupados con el nombre *Pequeña crónica de grandes días* y publicados en el periódico *Excélsior*, me ha empujado a interrumpir momentáneamente mi proyecto original, para escribir el texto que el lector tiene en las manos. La causa por la cual me he decidido a llevar a cabo esta posposición, y a publicar ahora el presente escrito, responde al convencimiento de que una manifestación política como la que acaba de hacer Octavio Paz, exige, por el momento histórico que estamos viviendo los mexicanos, y por la importancia cultural del autor de esta *Pequeña crónica*, la elaboración de una respuesta pronta y oportuna. Siento que me hallo en una posición estratégica para comentar los artículos de Paz: por una parte, estoy al tanto de las ideas de nuestro ensayista respecto a la situación política del mundo contemporáneo. Por otra, me he comprometido de tal modo con el movimiento ciudadano surgido alrededor de las elecciones presidenciales del 88 y con el Partido de la Revolución Democrática, que me siento en la obligación y con la posibilidad de dar mi opinión crítica sobre el último escrito del poeta mexicano.

El texto actual se halla integrado, además de las presentes «aclaraciones», por el cuerpo del libro en cuanto tal —que reo es otra cosa que un examen detallado de las ideas expuestas por Paz en los dos últimos artículos de su opúsculo— y un epílogo conformado por dos escritos: una carta que la profesora española Yolanda Díaz Mantecón me dirige (como autor de *Cuando el rey se hace cortesano*) y la respuesta que doy a su epístola.

Me gustaría decir unas breves palabras sobre el texto del libro y sobre las dos cartas recogidas, a manera de epílogo, al

final de él. El texto de *Cuando el rey se hace cortesano* no examina todos los artículos de la *Pequeña crónica* sino, como dije, sólo los dos últimos. La razón de ello reside en que mientras los cuatro artículos iniciales aluden a los cambios que han tenido lugar en la URSS y en Europa Oriental, además de una serie de acontecimientos que han ocurrido en nuestra América, etcétera, los dos últimos contienen una reflexión sobre la situación política, económica y social que encarna nuestro país hoy en día. El tema de los primeros cuatro artículos es, sin duda, importante. Más temprano que tarde tendré que ocuparme de ellos. Pero lo tratado en los dos últimos —no me cabe la menor duda— resulta insoslayable y, dada su significación y el efecto perturbador y deformante que puede producir en sus lectores, debe ser seguido de una respuesta teórica y política rápida y convincente.

La ahora maestra Yolanda Díaz Mantecón formó parte, junto con otros elementos, del seminario que, en la ciudad de Querétaro, analizó, junto conmigo, *El ogro filantrópico* y *Tiempo Nublado* de Octavio Paz. Es de las protagonistas, por consiguiente, de *El rey va desnudo*. Quiero manifestar, y este es el sitio más apropiado para hacer tal cosa, que Yolanda no sólo fue una de las compañeras más brillantes y profundas del seminario, sino una de las personas más inteligentes y preparadas que he conocido. La obtención reciente en Barcelona de su grado de maestría en ciencias sociales, y los términos en que lo logró, no han hecho sino corroborar lo que muchos de sus conocidos sabíamos: que se trata de una mente clara, profunda e imaginativa. Esta es la razón que me llevó, una vez terminado el manuscrito de *Cuando el rey se hace cortesano*, a solicitarle, para uso personal, sus opiniones críticas sobre lo que acababa de escribir. Ni tarda ni perezosa me hizo llegar su carta. Después de leerla, sentí la impostergable necesidad de responder a sus inquietudes y preguntas; y ello fue el origen de la segunda carta, dirigida a Yolanda, debida a mi puño y letra. Al terminar de leer el presente libro, se me

ocurrió que resultaría de enorme utilidad, para su comprensión, que fuera acompañado de un epílogo en el cual estuvieran integradas la carta de Yolanda y mi respuesta. Quiero terminar esta «aclaración», por eso mismo, agradeciéndole encarecidamente a mi amiga y compañera, la profesora Yolanda Díaz Mantecón, el que haya consentido que su carta apareciese al final de este pequeño opúsculo.

— Pequeño, pero lleno de púas — me dijo por teléfono.

— ¿lleno de qué? —le pregunté.

— de púas... como un erizo —exclamó jubilosa.

Y me quedé con sus carcajadas en la mano.

## ENTRADA: EL SALINISMO ENCUENTRA, FINALMENTE, A SU IDEOLOGO

EL PUEBLO DE MEXICO decidió un día decir *no*. Y acudió a las urnas, el 6 de julio de 1988, a manifestar lo que había acordado allá en su fuero interno. La alquimia oficial —aunque ya no empleara los procedimientos rudimentarios de Paracelso, sino los inherentes al complejo sistema de la computación actual manejada por los «modernizadores»— no logró engañar a la opinión pública, por más que maquillara datos, contrabandeara números y hablara de «sistemas» que se precipitan al vacío. A partir de ese momento la población de México se halla dividida en dos grandes porciones: una, la mayoritaria, que desea el cambio, el desmantelamiento de las añejas prácticas políticas, la transformación del país en el sentido de la democracia, el nacionalismo y la justicia social. La otra, minoritaria, pero numerosa, que se resiste, por diversas razones -los intereses materiales, la manipulación, la inercia, la desinformación-, a un profundo vuelco de las condiciones sociopolíticas y económicas que imperan en nuestra nación y cree que las autoridades que rigen al país —independientemente de su origen— son las que están en posibilidad de promover, sin los riesgos de un violento cambio de escenario, las modificaciones que la nación, requiere. Es de observarse que el gobierno ha realizado todo lo humanamente posible para hacer pasar la minoría en que se sustenta por mayoría. En esta faena se ha servido, como bien se sabe, de la defraudación, el poder, el mayoriteo, y la demagogia. No le es posible, sin embargo, obtener la credibilidad de la mayor parte de los mexicanos. La legitimidad le está vedada. El consenso es su utopía. Consciente de su situación, la cúpula oficial necesita portavoces, teóricos, publicistas. Ciertamente hay algunos que ni tardos ni perezosos, están a la mano y se hallan dispuestos a ofrecer sus servicios —los Abraham Talavera, Aguilar

Camín, García Cantú, etcétera—; pero dejan mucho que desear por torpes y limitados.

El régimen salinista requiere un pez gordo, un intelectual de importancia, un teórico que ponga su prestigio en el plato salinista de la balanza. Un intelectual de este fuste, dispuesto a apuntalar con su pluma, su reconocimiento y su valía a un gobierno que, siendo juez y parte de todo el proceso electoral, se otorgó graciosamente la «legitimidad», parecía no existir —pese a la blandenguería de la intelectualidad mexicana— en la panorámica de las letras patrias. Pero hete aquí que salta a la palestra no Perico de los Palotes, no Mengano o Zutano, sino el mismísimo monarca de la cultura nacional: me refiero, como puede presumirse, a Octavio Paz, al hombre que ha cosechado —con excepción del Nóbel— todos los premios literarios importantes, al individuo que, tras de dedicar toda una vida, brillante y laboriosa, a la elaboración de una obra poética y ensayística de primer orden, decide poner su gloria y su renombre a los pies del régimen neoliberal y tecnocrático que nos rige y del titular que ejerce factualmente el Poder Ejecutivo.

Con el nombre de *Pequeña crónica de grandes días*, Octavio Paz publicó no hace mucho seis artículos en el diario *Excélsior*. El tema de los cuatro iniciales gira en torno, por un lado, de los cambios que están ocurriendo en la URSS y los países de Europa Central y Oriental y, por otro, sobre una serie de problemas y acaecimientos que han surgido en nuestra América. A reserva de tratar los puntos de vista, los análisis y las propuestas que hace Paz en estos cuatro primeros artículos, me voy a limitar en el presente escrito a comentar el contenido de los dos últimos: el que lleva por subtítulo «México, modernidad y tradición» (publicado el 22 de enero de 1990) y el que se intitula «Modernidad y patrimonialismo» (que vio la luz el 25 de enero de 1990).

## ***I. EL LEITMOTIV***

Puedo convenir con Paz, en que el dilema *modernidad/tradición* «es el *leitmotiv* de nuestra historia, de siglo XVIII a nuestros días» y también que «hoy es e centro del debate político». Y estoy de acuerdo con esto porque, en la coyuntura que vivimos, las idea que nos hagamos de la tradición o la forma en que asumamos y la manera en que concibamos la modernización, nos hablan del «tiempo de México», de su historia y de su porvenir.

Paz examina, a la luz de las nociones *modernidad/ tradición*, el presente político de nuestro país. En todo esto, parte de la hipótesis de que el buen anudamiento de las dimensiones del futuro y del pasado *en* el presente es la condición necesaria para desarrollarnos adecuadamente y llegar a realizar nuestras potencialidades en tanto mexicanos. En íntima vinculación con las nociones de lo antiguo y de lo moderno, nuestro poeta se refiere a continuación a los siguientes temas: la posibilidad de una alianza de naciones americanas, la necesidad de la independencia y del fortalecimiento del país y, por último, como consecuencia de ello, la dicotomía subrayada: *modernidad/tradición*.

### **a) La alianza de naciones americanas**

El modelo de desarrollo» del salinismo es claro: supeditación a los dictados del FMI y la banca mundial, pacto antinflacionario» que hace recaer el peso de la crisis en los hombros de los trabajadores, reprivatizaciones (incluyendo la de la banca), «modernización» de la planta agroindustrial y posible integración a un mercado común norteamericano (Canadá, Estados Unidos y México). Octavio Paz piensa, en relación con este último punto, que es cada vez más imperiosa y deseable la desaparición de todas las dictaduras - independientemente de su definición ideológica - que existen en

nuestra América. Está convencido de que, una vez erradicados esos regímenes despóticos y totalitarios, habrá la posibilidad de fraguar lo que denomina la «vía comunitaria» de las naciones americanas, tanto las del norte como las del sur.

Paz es partidario del establecimiento de una comunidad de Estados vinculados económica y culturalmente, que

debería comprender en círculos concéntricos, a dos zonas: la nuestra y la de América del Sur.

El tema del artículo IV de esta *Pequeña crónica de grandes días* es, pues, sugerir la necesidad de, inicialmente, en el primer círculo concéntrico, crear una «comunidad de de América del norte» y, en segundo lugar, en el siguiente círculo concéntrico, de gestar una comunidad de naciones americanas que vincule a las ya asociadas del norte con las del sur.

No es este el sitio adecuado para discutir a profundidad la propuesta pacista de los «círculos concéntricos». Hacerlo sería dedicarle un tiempo y un espacio que deseo dejar para otros temas y cuestiones. Pero no quiero pasar a otro punto sin subrayar, por lo menos, que lo que Paz está aquí recomendando no es otra cosa que la asociación del tiburón y las sardinas o la «igualación de trato» entre el pez grande, voraz y volcado por entero a sus fauces dentadas, y el pez chico, indefenso y debilucho. Está recomendando, primero, la alianza o compenetración del país más rico y poderoso del mundo, con un país desarrollado (Canadá) y otro subdesarrollado (México) y, a continuación, la asociación del poderoso *bloque nórdico* (que se formaría inicialmente) con el resto de América. La integración de México a Estados Unidos -para no mencionar más que esto traería consigo la desaparición (o «liberalización») de los pocos y endeble dispositivos proteccionistas que nos quedan. Si en 1987, por ejemplo, el 68 por ciento de las exportaciones mexicanas tuvieron como

destino a EEUU, ahora el 70 por ciento de nuestro comercio exterior se lleva a cabo con nuestro vecino del norte.

Paz habla siempre en términos *nacionales*. Que si a México le conviene, que si a tales o cuales naciones de América del Sur les es favorable, etcétera. Pero el problema es que si la nación es el conjunto de habitantes de un país regido por un mismo gobierno, estos habitantes se hallan agrupados en clases sociales y polarizados entre quienes ejercen el poder y quienes son víctimas del mismo. La pregunta de: ¿le convendría a México integrarse al mercado común de América del Norte? o ¿le resultará adecuado a América del Sur hacerlo con América del Norte?, debería reformularse en términos de clases sociales. Y las respuestas, si se abandona el punto de vista del magnate o del burócrata, serían muy distintas. Creo, en contra del salinismo oficial y de los planteamientos de Paz, que *la teoría de los círculos concéntricos tiene que ser invertida*: el primer círculo debería integrar a México con América Central y América del Sur, y el segundo —una vez que la primera alianza o *anficiónía latinoamericana* se hubiera realizado— debería orientarse hacia los países del Norte. Pero dejaré aquí este problema, a reserva de tratarlo en otro sitio de manera más minuciosa. Paz está, en cambio, a favor de lo que llama una «vía comunitaria» que no es otra cosa que el punto de vista de Bush, de Salinas y de toda la, por así llamarla, *internacional monetarista*. Dejaré sentado desde ahora que siendo Paz algo así como *el intelectual orgánico del salinismo en el poder*, primero lee, interpreta y expresa los intereses de este grupo, después los sintetiza, los ordena y los adereza con algunas aportaciones y finalmente les da la forma literaria (en ocasiones deslumbrante) que requiere un discurso ideológico verdaderamente manipulador.

## **b) La necesidad de independencia y el fortalecimiento del país**

Paz es de la opinión de que la condición *sine qua non* para llevar a cabo esta o aquella política «reside en la independencia. Por supuesto relativa —aunque no tanto que se confunda con la dependencia». No voy a comentar por ahora, como dije, la idea pacista de la llamada «vía comunitaria». Pero si deseo detenerme en su concepción de *independencia*. Llama la atención el hecho de que un intelectual que suscribe la política económica desnacionalizadora del salinismo, hable de independencia, o, lo que es igual, que quien aprueba de hecho y aplaude públicamente la política entreguista de Salinas, haga referencia a que la condición indispensable para llevar a cabo una política cualquiera es la independencia. Creo que la utilización que hace Paz de este término es deliberadamente ambigua. Con el vocablo en cuestión se puede aludir, en efecto, tanto a la autarquía (económica) como a la soberanía (política) de una nación. Paz, al hablar de independencia parece referirse a las acepciones principales del término (entre las que se halla, tengámoslo en cuenta, la de la soberanía); pero al solo argumentar en pro de la «independencia» económica y en contra de la autarquía, silencia la necesidad de proteger, conservar y ampliar nuestra soberanía. Paz imagina, por lo visto, que su argumentación en un sentido (favorable a cierta «independencia» económico comercial) dejará la impresión en sus lectores de que ha argumentado también en otro sentido (favorable a la soberanía del país). Pero no. Su malabarismo teórico no nos convence. Y es que, quien acepta la política económica del MI (como lo hizo De la Madrid y continúa haciéndolo Salinas) está cediendo soberanía y generando algo que se confunde sin más con la dependencia. Al

identificar veladamente -en la noción de independencia- el aspecto económico comercial y el aspecto político global, Paz hace evidente que desea una nación con «independencia» económica relativa (porque intuye que la autarquía es imposible); pero ¡no se inmuta ante el hecho de que la soberanía del país devenga relativa!

Paz, como suscriptor de esta política, está del lado, por consiguiente, del entreguismo, de las artimañas y arbitrariedades de los poderosos y de los intereses financieros del FMI y de la banca mundial.

Es cierto que, nos dice a continuación,

la independencia es una noción filosófica, un concepto jurídico y un tema de discursos pero, ante todo, es una realidad política.

Yo añadiría: no sólo política, sino económica. Aún más, recordaría que la sujeción económico-financiera a las transnacionales limita, constriñe y atenta contra la independencia política y contra la opción nacional, para añadir a continuación que si es insoslayable una independencia económica relativa (no autárquica) es *inacceptable cualquier restricción a nuestra soberanía*.

Paz es de la idea de que, para conservar su independencia y afirmarla, México tiene que fortalecerse, y que para lograr esto, nuestro país tiene que aprender muchas cosas y rectificar otras que se han convertido en fórmulas e inercias. Para entrar en el mundo moderno tenemos que aprender a ser modernos.

Paz nos presenta, entonces, el siguiente eslabonamiento lógico: para escoger la «vía comunitaria» hay que ser independiente (aunque relativamente), para ser independientes hay que fortalecerse y para fortalecerse hay que modernizarse. Esta *cadena lógica* tiene, sin embargo, su reverso y su trasfondo. Es una pantalla que vela lo que me gustaría llamar el

«silogismo salinista» que Paz comparte y que puede ser formulado descarnadamente:

para salir de la crisis -haciendo caso omiso al costo social inherente a ello- se requiere una política económica adecuada y moderna (neoliberal); el gobierno está siguiendo dicha política, luego, saldremos necesariamente de la crisis.

### c) Modernidad y tradición

Paz confiesa que no sabe si la modernidad es una bendición, una maldición o ambas cosas. Pero afirma: «Sé que es un destino: si México quiere ser, tendrá que ser moderno». Paz, en diversas partes, en varios ensayos, había puesto en tela de juicio la idea de la modernidad y del progreso<sup>1</sup>. Ahora, sin embargo, y en una franca coincidencia con el salinismo, afirma que dicha modernidad puede ser, incluso, una *bendición*, aunque tiene el cuidado de decir, al propio tiempo, que cabe también la posibilidad de que fuese una maldición o una combinación de ambas cosas. Pero hay algo más: es un destino. Paz ve este *destino* como la acción que se desprende de un juicio hipotético: *si* México quiere ser, *entonces* deberá hacerse moderno. Este *si... entonces* no es sino la versión abreviada del *silogismo salmista* que pretende justificar la introducción de la política neoliberal en el país y, con ella, los intereses del capital trasnacional. Paz confunde a México, por lo visto, con la gran burguesía autóctona asociada al capital extranjero, ya que éste es el único sector que realmente se beneficiará y

---

<sup>1</sup>El viejo sueño de los liberales mexicanos -dice, por ejemplo, en *Posdata*- del siglo pasado parece haberse realizado: al fin México es un país moderna. Sólo que si se observa con cierto detenimiento el cuadro, se perciben vastas zonas de sombra. Una modernidad desconcertante» (*Posdata* pp. 70-71).

se está beneficiando con la llamada modernización económica. ¿Qué pasa, en cambio, con la burguesía mediana y pequeña, para no hablar de los trabajadores de la ciudad y del campo? Que, acusada y sentenciada por su ineficiencia, su atraso y su poca competitividad, se le constriñe y ahoga. ¿El *destino* de México es, entonces, completar el proceso de trasnacionalización de la gran burguesía monopólica, arruinar a los otros empresarios y empobrecer a millones de trabajadores?<sup>2</sup>. Pero continuemos. Paz asienta que nunca ha creído que la modernidad consista en renegar de la tradición sino que debe «usarla de modo creador». Por mi parte, estoy convencido de que la tradición debe ser tomada en cuenta, asimilada y refuncionalizada al crear un nuevo país o un nuevo orden social; pero hablar, como Paz, de «usarla», instrumentalizarla, me parece extraño. Veremos más adelante qué significado tiene, en el discurso pacista, esta disposición de manipular el pasado.

La falla de muchos de nuestros modernizadores, desde los virreyes, apunta nuestro autor,

consistió en que echaron por la borda las tradiciones y copiaron sin discernimiento, las novedades de fuera. Perdieron el pasado y también el futuro.

Volvemos pues, al tema de siempre: a la recusación de toda relación viciosa entre el pasado y el futuro. Paz se pronuncia en el sentido de que modernizar no es copiar o trasplantar sino adoptar o injertar. Aquí surgen nuevamente mis dudas. En abstracto, en el topos *uranos* de las

---

<sup>2</sup> Luis Javier Garrido hace notar atinadamente: Los tecnócratas mexicanos, como se sabe, no han sido más que los ejecutores en México de un programa económico y social que les ha sido impuesto desde el exterior, y en el que ellos no tienen más intervención que la de adecuarlo a las condiciones políticas prevalecientes» (El ruido y el silencio», en *La Jornada*, 27 de abril de 1990).

generalizaciones, puede uno coincidir con la afirmación de que modernizar, en cierto aspecto no es copiar sino injertar. Pero, en la realidad concreta de este México en crisis, la carta de *intención* del FMI, con todas sus restricciones y condicionamientos, con todas sus «sugerencias» y «recomendaciones» ¿es una adopción-injerto o una copia-trasplante? Me inclino a pensar, inclusive, que es algo peor que una copia o un trasplante: es una imposición. Pero una imposición que no puede llevarse a cabo —por más que se le presente bajo la forma eufemista de algo que simplemente se «adopta»— sino con la complicidad de un gobierno tecnocrático antinacionalista.

Paz está convencido, entonces, de que el vínculo ha sido históricamente entre la modernidad y la tradición, y lo sigue siendo, capital en la historia de nuestro país. De ahí que, para apoyar su aseveración cite una serie de ejemplos desde la independencia hasta el régimen porfirista. Por cierto, cardenismo de este último, y al poner de relieve «el contraste entre los proyectos de modernización de los "científicos" de Porfirio Díaz y la realidad tradicional del México agrario», me llama la atención que Paz, tan dado al analogismo histórico, no advierta, para parafrasear su texto, «el contraste entre los proyectos de modernización de los "tecnócratas" de Carlos Salinas de Gortari y la realidad tradicional del México obrero, campesino y Popular de hoy en día».

Paz va a concluir más adelante, como los iremos subrayando poco a poco, que el partido de Salinas, tras de «usar» adecuadamente el pasado, la tradición, el origen (en realidad -afirmaría yo- tras de *ideologizarlo*), es un partido que (en una orientación semejante a la emprendida por Gorbachov en la URSS), trae consigo la renovación y el cambio, la transformación' sensata y realista, el esperado aleteo, en fin, de nuevos aires. Pero también va a concluir en que el PRD a pesar de sus declaraciones, sus puntos programáticos y su actuación es un partido conservador porque vive de la tradición (no en vano el

nuevo Cárdenas es hijo del viejo Cárdenas) y se resiste a modernizar el país. Si el salinismo se ubica en una posición justa en la relación *tradición/modernidad* (dándole a la tradición lo que es de la tradición y a la modernidad lo que es de la modernidad) el neocardenismo no sabe interpretar de modo pertinente ni un elemento ni el otro. El PRI, por boca de Salinas, acepta, verbigracia, que el Estado propietario cumplió su papel en el pretérito; pero sabe que ahora y en la hora de la modernización, debe ser desplazado por un Estado en el que encarne la justicia social. El PRD, en cambio, víctima de una fijación histórica (la representada por el viejo cardenismo) pretende resucitar el pasado, y presentar esta resurrección (mostrando, así, su carácter conservador) como un cambio revolucionario.

El presidente Salinas de Gortari ha declarado muchas veces -dice Paz- que uno de los propósitos esenciales de su gobierno es la modernización del país. Tal vez habría que decir que es su propósito esencial.

(Paz no pone en duda, diremos entre paréntesis, la legitimidad de Salinas como presidente constitucional de la República. Ya en un artículo publicado en madrileño ABC el 10 de julio de 1988, Paz señalaba que la prensa española había exagerado al hacerse eco de las denuncias de fraude electoral. Decía:

Habrá que esperar, en todo, que los partidos de oposición presenten pruebas fehacientes que avalen sus demandas.

Paz no ha querido tornar nunca en cuenta que el gobierno mexicano, con su «caída» del sistema de computación, con la renuencia a abrir los paquetes electorales, etcétera, enturbió las aguas del proceso electoral de tal modo que, aun sabiendo el pueblo quién ganó, y aun pudiendo los estudiosos deducir con cálculos y proyecciones matemáticas a quién favoreció la elección del 6 de julio, no se está en posibilidad de presentar «pruebas fehacientes» del fraude. Estabas -como lo sabe todo el mundo- fueron ocultadas y lo siguen siendo por el gobierno actual. Mas

dejemos a un lado este problema y hablemos un momento del «propósito esencial» del gobierno de Salinas: la modernización.)

Frente a quienes ven la modernización como crecimiento sin justicia social y quienes la consideran como justicia social sin crecimiento, el salinismo *dice* interpretar la modernización como desarrollo (aumento de la productividad, incremento del carácter competitivo de nuestra producción, reconversión agroindustrial, etcétera) sin atropellar la justicia social. El régimen actual nos ofrece, por consiguiente, además del *silogismo salmista* (que pretende demostrar que; únicamente podrá México salir de la crisis en que se halla, si adopta la drástica política económica del FMI), el *sofisma* de que las medidas tomadas a partir de la asunción de este modelo neoliberal, no acarrear necesariamente un grave deterioro de las condiciones de vida de la población. Paz ha dicho en diversas ocasiones estar a favor de un tipo de modernización que implique, entre otras cosas, un cambio de lenguaje: mientras continuemos utilizando de manera demagógica e inauténtica este último no arribaremos nunca a un régimen más satisfactorio. Al pronunciarse Paz a favor tanto del *silogismo* como del *sofisma* salmistas, no sólo se hace eco de una política económica antipopular, sino del desorden lingüístico que, con propósitos de manipulación y engaño, trae consigo el régimen actual. Es una pena, a decir verdad, que un escritor de la envergadura de Octavio Paz deje de lado sus memorables apologías de la función crítica del intelectual<sup>3</sup> y se haga cómplice de un gobierno que además de atropellar los intereses económicos del pueblo y la soberanía de la nación, da manotazos destructivos contra la recta utilización del lenguaje.

Paz recuerda que el proyecto modernizador de Salinas de Gortari, dado a conocer desde su campaña electoral, se orientaba a la realización de tres tipos de reforma: la económica, la política y la estatal. Nuestro ensayista está convencido, al parecer, de que el

---

<sup>3</sup> <Toda reforma —escribe lapidariamente— debe comenzar por el lenguaje.>

tradicional desfase priísta entre la promesa y el cumplimiento, los ofrecimientos de campaña y la actuación gubernamental ha sido superado por alguien que está dispuesto a realizar, contra viento y marea, la tríada reformista de su proyecto modernizador. No me cabe la menor duda, sin embargo, de que la causa esencial por la que Salinas, a diferencia de otros candidatos del partido oficial, se ha resistido —al ocupar la silla presidencial--a deshacerse de su «vestimenta reformista» usada en campaña, no reside ni en una supuesta política renovadora del PRI-Gobierno ni en la voluntad individual de realizar la palabra empeñada, sino en la emergencia de un nuevo factor -extrínseco al gobierno de la República y al partido oficial- al que nos es dable caracterizar como la *insurgencia ciudadana de!* 88. En este contexto, podemos afirmar que el supuesto reformismo de Salinas se devela como *reactivo, limitado e inmovilista*. *Reactivo* porque no es sino una respuesta a la gran insurgencia democrático-civil que halló su expresión en el nuevo movimiento que escogió a Cuauhtémoc Cárdenas como su candidato presidencial y que estalló en el ámbito de la política nacional como una exigencia de reforma *real*. *Limitado* porque no es sino un movimiento de retoque y modificación constreñido a los intereses del gran capital autóctono asociado al capital financiero trasnacional. *Inmovilista* porque, bajo la «regla de oro» de Lampedusa, diseña tales o cuales mutaciones espectaculares y epidérmicas para evitar precisamente los cambios sustanciales que requiere la sociedad civil. ¿Cómo seguir hablando del «reformismo» de Salinas si en su *reforma* económica no toma en cuenta el bienestar popular, en su reforma política desdeña sistemáticamente la voluntad ciudadana expresada en las urnas y en su reforma estatal conserva y consolida el corporativismo estructural del sistema político mexicano y el partido de gobierno tradicional?

## II. LA TRIADA REFORMISTA

### a) En torno a la reforma económica

Buena parte de economistas políticos y politólogos del país se han dedicado, en los últimos años, á la tarea de justificar la gestión presidencial de De la Madrid y Salinas en contra de la llamada «docena trágica» de Echeverría y López Portillo, mientras otros, ahora los menos, se hallan empeñados en justificar el papel jugado por estos últimos y combatir y denunciar lo que suelen llamar el golpe de Estado tecnocrático de De la Madrid y Salinas. Mientras que los gobiernos de Echeverría y López Portillo representarían, para los defensores de la gestión de los dos últimos presidentes, el populismo en bancarrota, la política económica responsable de la inflación galopante y del endeudamiento millonario y la afirmación de un Estado hipertrofiado que llega a sus mayores excesos con la nacionalización de la banca, para quienes defienden la actuación de Echeverría y López Portillo, los gobiernos de De la Madrid y Salinas significarían un cambio violento de escenario: la sustitución del hacer político con el pueblo por la actitud *neoliberal* de diseñarla en el gabinete, la pretensión de solucionar la crisis —de común acuerdo con el capital financiero internacional —por medio de una severa política económica que golpea ante todo a los trabajadores y un adelgazamiento del Estado que, con las reiteradas reprivatizaciones, no conduce sino a beneficiar al gran capital nacional vinculado con el capital extranjero. Paz no logra rehuir esta polémica tan enajenada como vulgar. Suscribe los planteamientos del salinismo y se arroja, con la espada flamígera de su prosa incisiva y experimentada, contra el populismo y el Estado propietario, y contra los que, según él, pretenden volver al pasado. De ahí que diga:

En materia económica el cambio se inició durante el régimen anterior; sin embargo, como el presidente Miguel de la Madrid recibió un país arruinado, su labor consistió esencialmente en impedir el desplome total, imponer un Límite al gasto público, sanear las finanzas y, en fin, comenzar por los cimientos. Sobre estas bases el presidente Salinas ha podido emprender una acción más radical y dinámica.

Paz suscribe, como puede verse, el punto de vista salinista. Ve las cosas con la pupila neoliberal del FMI y de los Chicago boys. Ni siquiera se plantea el hecho de que, para salir de una severa crisis económica como la que vive el país hay dos caminos: cargar esencialmente el peso de la solución en los hombros de los de abajo o en cargarlo en los hombros de los de arriba. El planteamiento salinista está a la vista: en nombre de los Intereses patrios, los trabajadores deben sacrificarse. La austeridad económica es su bandera. La depauperación su práctica. El salinismo no sólo busca el adelgazamiento del Estado sino el adelgazamiento de los bolsillos del pueblo trabajador. En el proyecto salinista sólo se embarnece los peces gordos de la iniciativa privada. En el aplauso que, gustoso, brinda Paz a la política salinista de la reducción del gasto público y a su tradicional operación deficitaria, se aprecia con toda nitidez que nuestro poeta coincide con los planteamientos panistas al respecto (suscritos en la práctica por el PRO y, más que nada, con los planteamientos vulgares de un... Luis Pazos. Ciertamente, no deja de asombrar la coincidencia entre el monarca de las letras mexicanas y los más vulgares publicistas del nuevo liberalismo económico que andan por ahí. En realidad, Paz ve la acción «radical y dinámica» de Salinas a la manera en que este mismo la juzga: como un problema de técnica económica. Técnica económica que se presenta como un conjunto de recetas destinadas a rectificar caminos, enmendar yerros y sentar las bases para un crecimiento económico equilibrado; pero que silencia los intereses de clase y de grupo desde los cuales se diseña.

No es necesario -añade Paz- detenerse mucho en los distintos aspectos de la reforma económica. No son el tema de estas reflexiones...

Paz, en efecto, se siente más a gusto en las disquisiciones políticas, sociales y culturales que en las económicas. Recuerdo que en alguna parte reconoce sus defectuosos conocimientos en esta materia. No obstante, como no puede hablar de lo que está hablando, ni apoyar la gestión salinista sin aludir a lo económico, larga una serie de opiniones en las que revela tal frivolidad e ignorancia que no deja de llamar la atención. La fatuidad, sin embargo, de nuestro polígrafo lo hace hablar, la voz engolada, con frases tan contundentes y definitivas como dudosas y controvertibles. Aunque lo económico no es, entonces, el tema de las actuales reflexiones, Paz señala que el régimen salinista

procura devolver a la sociedad la iniciativa económica, limitar el estatismo y, en consecuencia, la proliferación burocrática.

Si leemos con detenimiento esta frase, y tenemos en cuenta las posteriores disquisiciones en torno a la necesidad de desplazar el Estado propietario a favor del Estado justo, advertimos que Paz, en la polémica entre el populismo y el neoliberalismo, está decididamente a favor del segundo. El crecimiento exagerado del Estado, su carácter no sólo interventor sino monopolista, ha generado un régimen corrupto, despilfarrador y burocrático. Esta enfermedad exige una terapia radical y sin titubeos. Paz como los monetaristas en general y sus representantes autóctonos en particular, cree que, para salir del presente estado de cosas, hay que «devolver a la sociedad la iniciativa económica». Pero ¿qué debe entenderse aquí por sociedad? ¿Los obreros, los campesinos, los colonos, los pequeños propietarios y los

pequeños comerciantes pueden, ante el decrecimiento económico del Estado, tomar la iniciativa? ¿Pueden hacer esto cuando la austeridad económica, los topes salariales, la baja competitividad determinan sus actos? Paz está entendiendo por sociedad, aunque no lo diga, el gran capital, el polo superior de la iniciativa privada. El salinismo, en efecto, busca limitar el estatismo y la proliferación burocrática y procura devolver al *gran capital* « la iniciativa económica». En México, como en otras partes, ha existido y sigue existiendo la vieja y manoseada polémica de si el Estado debe embarnecerse a costa de la iniciativa privada o si ésta —con las denominaciones eufemistas de *sociedad*, *sociedad civil*, *ciudadanía* —debe engrosarse a expensas del Estado. En la vieja cultura política nacional, ser de izquierda —como el lombardismo y su máxima: *nacionalizar es descolonizar*— significaba pronunciarse a favor de una economía mixta en la que el Estado fuera el factor hegemónico y rector (un Estado fuerte, poderoso y propietario) y en la que la burguesía (pro-imperialista) se hallase puesta a raya. Ser de derecha, por lo contrario, quería decir defender una economía mixta donde la iniciativa privada (sobre todo su sector más moderno y dinámico) fuera el elemento dominante y donde el Estado, adelgazado económicamente, tuviera una intervención técnica puramente equilibradora. Paz, influido por el salinismo y con capacidad de reinfluir en éste, se pronuncia a favor de lo que, en la vieja jerga política, se llamaba y sigue llamándose la derecha. Muchos caracterizan a Paz de derechista porque combate al Estado entrado en carnes y defiende, con los eufemismos que se quiera, al empresariado nacional. Lo llaman burgués, capitalista, reaccionario. Pero en su ataque a Paz no advierten que ellos, al defender al Estado propietario, embarnecido y todopoderoso, están apoyando a la burocracia burguesa, a la intelectualidad burocrático-política que defiende tales o cuales intereses burgueses o que emplea sin más su cargo en el aparato gubernamental como trampolín para hacerse capitalista. El Estado

mexicano, se ha dicho con frecuencia, es un formidable medio para acumular capital. Quienes estamos a favor de una revolución democrática, de una reestructuración de toda la sociedad, no podemos por consiguiente aceptar la vieja topografía política. Mi punto de vista, por ejemplo, no es que el estatismo sea la izquierda y el liberalismo (con su Estado flácido y anémico en sentido económico) la derecha. Para mí —y creo que en la actualidad muchos piensan como yo — *tanto el punto de vista estatista como el punto de vista liberal son de derecha*. Hay muchos argumentos a favor y en contra de ambas posiciones. Seguramente en una época fue mejor una tendencia que otra. Pero, en esencia, son dos políticas burguesas y antipopulares. Se trata en realidad de la *derecha estatista* contrapuesta a la *derecha liberal*. Paz no es derechista por oponerse al estatismo, sino que lo es por defender, como la derecha estatista, puntos de vista, prácticas e ideales antipopulares. Y es que si la derecha —en una nueva topografía afín a los intereses del pueblo trabajador— se halla tanto en la *cúspide política* cuanto en la cúpula empresarial, la izquierda está en *los productos* del campo y la ciudad asociados y combativos. Paz aclara, sin embargo, que si el salinismo renuncia al populismo, a la ineficacia y al despilfarro, no significa una «vuelta al capitalismo salvaje como se ha dicho». No me cabe la menor duda, y en ello puedo coincidir con Paz, que es necesario renunciar al populismo, la ineficacia y el despilfarro (propios de la *derecha burocrática*: de Echeverría y de Lopez Portillo) pero no para imponer en su lugar la política capitalista y antinacional de De la Madrid y de Salinas, sino por la vía autogestionaria y participativa. No por una política que pone en primer plano a los explotadores sino por una que pone en primer plano a los explotados. Supongamos, sin conceder, que la política salinista a la que se une entusiastamente Paz no sea un capitalismo salvaje (porque no responde a una práctica nacional, aislada e inexperta); no obstante ello, sin duda fortalecerá y consolidará un capitalismo depredador y bárbaro vinculado al capital financiero internacional.

## Paz escribe que el régimen de Salinas

ha disminuido la carga de las onerosas empresas estatales - aunque todavía quedan algunos paquidermos-, el gasto público se ha reducido, se ha limitado el abusivo poder burocrático, se ha combatido la corrupción y se ha llegado a un acuerdo con nuestros acreedores.

Frase ésta que merece varios comentarios: 1) Paz aplaude, por lo visto, las reprivatizaciones. Juzga adecuado expropiar al Estado — que tiene aún bajo su poder varios, <paquidermos>— en beneficio del capital; pero, ojo con esto, no nos aclara que la reprivatización de las empresas descentralizadas no es sólo entregarlas a la burguesía nacional, sino —dado que la adquisición de esas empresas sólo puede lograrla el gran capital— a una burguesía intermediaria del capital trasnacional, en el que, como se sabe, juegan un papel central los capitales norteamericanos (y también los japoneses y alemanes). Todo esto no lo dice, desde luego, Octavio Paz. Su discurso es cauto y sutil. Pero no nos puede engañar. 2) Paz ve con beneplácito la reducción del gasto público. Quizás ha oído por ahí la tesis neoliberal de que, con ello, se detiene o, al menos, se controla la inflación. Considera, pues, un efecto evidente que, en determinadas circunstancias, trae aparejada dicha medida; pero no ve el precio y las consecuencias de dicha reducción: el congelamiento, de golpe, del gasto destinado al Servicio Social, la infraestructura, la gestación del mercado interno, etcétera 3) Paz confía, o dice confiar, en que el salinismo ha limitado el abusivo poder burocrático. Pero uno se ve en la necesidad de preguntar: ¿dónde ha ocurrido eso? ¿En el poder ejecutivo? ¿En los estados? ¿En los municipios? ¿En el partido oficial? ¿En la cámara de diputados y senadores?, etcétera. Es cierto que el salinismo privatiza cada vez más empresas estatales —y, al parecer, pretende continuar por este camino—, pero *deja intacto en esencia el poder burocrático y la arbitrariedad de la gestión autoritaria*. Lo diré sin reservas: el salinismo enflaquece económicamente al Estado pero lo engorda

en sentido político, lo dota de ubicuidad, lo convierte en represor universal. 4) Paz ve con gusto que el salinismo, finalmente, haya llegado a un acuerdo con los acreedores. En relación con las deudas externa e interna no hay, me parece, sino dos puntos fundamentales: o se dirige la mirada a los intereses del capital financiero internacional y del gran capital mexicano o se vuelven los ojos a los intereses populares. La demagogia y la ideología pueden decir lo que quieran: que el débito y las necesidades de pago se hacen en bien del crecimiento, la competitividad, la justicia o lo que se quiera; pero la realidad es que en la política salinista, el grueso del producto nacional en vez de invertirse en la formación del mercado nacional, la generación del empleo, el crecimiento de la infraestructura, etcétera, se canaliza hacia el pago incesante de la deuda. El o los acuerdos con nuestros voraces acreedores han sido establecidos y lo siguen siendo pensando en una técnica económica acorde con los intereses económico-políticos de las trasnacionales y del gran capital mexicano y no de conformidad con los intereses, necesidades y anhelos del pueblo trabajador de México.

Paz subraya que queda mucho por hacer. Dice, por ejemplo, que la agricultura continúa siendo el punto débil de la economía mexicana, y que si nuestros campesinos se libraron del peonaje, no lo hicieron de la penuria. Sin embargo, si Paz examinara varios elementos fundamentales de la vida agrícola del país —la baja competitividad, los precios de garantía, la alta tasa del interés, los acaparadores e intermediarios, la presencia, también aquí, de las trasnacionales, el intercambio desigual, etcétera— tendría que concluir que la política económico-social de De la Madrid y de Salinas no es indiferente a lo que ocurre actualmente en el agro. Nuestro ensayista añade:

Sin una agricultura sana el país no se podrá enderezar. Pero la economía comienza a recobrase. Se dice que el costo social de la reforma económica ha sido alto y doloroso. Es cierto pero era irremediable y, creo, será transitorio. Si crece la producción, aumentan las exportaciones y se aminora el

servicio de la deuda, se elevará el nivel de vida del pueblo.

También, en relación con este pronunciamiento de Octavio Paz, me gustaría hacer varias observaciones: 1) ¿Qué entenderá Paz por una agricultura sana? Probablemente algo así como una agricultura «sanamente» capitalista.<sup>4</sup> Estoy cada vez más convencido que a nuestro autor no le preocupa, o ya no le preocupa, la existencia e incesante reproducción de la explotación del hombre por el hombre. Lo mismo en la agricultura que en la industria, en el comercio que en los servicios, él querría que la organización capitalista funcionara sin crisis, despilfarros y corrupción. Toda lucha por extirpar la explotación del trabajo o, para ser más realistas, toda pugna por sentar las bases y premisas de ello, aparejada a la convicción de que el capitalismo en general, con inclusión del más «sano» imaginable, es un régimen que se requiere destruir y trascender, resulta ajena y perturbadora para la mentalidad cada vez más reaccionaria de nuestro poeta. 2) la economía, dice Paz, comienza a recobrase. Mas, aun suponiendo, sin conceder, que ello fuera cierto, habría que interrogar: ¿la economía *de quién?* Ya sé que, ante esta pregunta, se me respondería: la economía del régimen o del país o de la nación. Se me acosaría ante la ingenuidad de mi pregunta, con categorías económicas desprendidas de la macroeconomía o de los cuatro miembros definitorios de la economía política: la producción, el intercambio, la distribución y el consumo. Pero insisto en mi pregunta ¿la economía *de quién?*, ya que puede haber etapas de «salud» económica, y hasta de auge, en las cuales la economía de los obreros, campesinos y colonos sea una economía de miseria o, por lo menos, de grandes privaciones. Solamente los ideólogos del capital pueden identificar la economía de un país en general con

---

<sup>4</sup> Una economía que conllevara, como parece insinuar el salinismo, la «privatización parcial» de los ejidos...

la economía de cada una de las clases sociales que la componen. Es claro que Paz, que ha hecho las generalizaciones más temerarias que registra la psicología social en México al hablar del *mexicano*, no tiene por qué amilanarse frente a una abstracción semejante. 3) La hipótesis de que la economía empieza a recobrase supone, por otro lado, un *punto de vista*. Quienes han instrumentado el PECE (pacto económico de crecimiento y estabilidad), combaten la inflación (con medidas antipopulares) y pugnan por la reconversión industrial (destruyendo fuentes de trabajo y aumentando el ejército industrial de reserva), etcétera, pueden suponer que se ha corregido el derrotero y que, ahora sí, vamos a quién sabe qué tierra promisoria; pero los millones de asalariados que ven mermarse día con día el poder adquisitivo de sus ingresos, para no hablar de los desocupados —algunos de los cuales se ven en la necesidad de emigrar a los Estados Unidos—, no piensan ni pueden pensar igual. El *punto de vista* de Paz es el de los poderosos, los técnicos, los malabaristas de la economía y los demagogos del poder; pero no el de la inmensa mayoría del pueblo trabajador que vive en el infierno del capitalismo en general y de su versión tecnocrático-burguesa en especial. 4) ¿El costo social ha sido alto? Ciertamente, reconoce Paz. Pero era irremediable y será transitorio. Esta aseveración me recuerda la tristemente famosa frase del pintor: «no hay más ruta que la nuestra». Paz está diciendo, en realidad: «no hay más ruta que la salinista». «Es algo costoso, sin duda.» «Pero es irremediable.» No hay, según esto, otra manera de sortear la crisis económica que aceptar la metodología tecnocrática de los monetaristas y arrojar en hombros del pueblo mexicano el peso de la solución económica requerido. Nos brinda, sin embargo, un consuelo: es un costo social alto, pero transitorio. ¿A quién quiere engañar Paz? ¿En qué argumento, realidad o premisa basa esta promesa de transitoriedad? 5) La regla de oro, la explicación demandada, la afirmación, en fin, de cómo salir de la crisis económica y de la miseria creciente que embarga al pueblo

trabajador del país, nos la ofrece finalmente Octavio Paz. Dice, orondo y confiado: si crece la producción económica, si aumentan las exportaciones y si se aminora el servicio de la deuda, entonces se elevará el nivel de vida popular. Estamos, en verdad, ante el parto de los montes. Esperábamos un argumento serio, profundo, bien temperado, y se endilga una sofistería vulgar y tramposa. La proposición hipotética (si... entonces) que nos presenta Paz es una joya. En efecto *si* creciera la producción (y fuera acompañada de una mejor distribución del ingreso), *si* aumentarían las exportaciones (como producto de una «puesta al día» de la planta agroindustrial de la economía mexicana) y *si* se aminorara el servicio de la deuda (al grado de poder invertir en la economía nacional el conjunto de recursos (o buena parte de ellos) que, hoy por hoy, se destinan al pago del servicio de la deuda en *crescendo entonces* se elevaría el nivel de vida del pueblo. Pero, dada la realidad de la deuda —impagable durante quién sabe cuántas decenas de años— y dado el permanente drenaje de divisas que supone, ¿cómo puede hablarse de un crecimiento económico amplio, serio y sostenido, que abata el desempleo de millones de hombres y proporcione a los trabajadores asalariados por lo menos el valor de su fuerza de trabajo? Y, partiendo también de la política salinista ante el FMI, ¿cómo puede hablarse de un aumento ostensible de nuestras exportaciones si el binomio *ahorro/inversión* (que es la base de un aumento de la productividad y, por consiguiente, de la capacidad de tener una balanza comercial fuertemente favorable) se halla hipotecado por la fuga millonaria de recursos hacia nuestros acreedores? La tercera condición (aminorarse el servicio de la deuda) sería la base, por consiguiente, para que se realizaran la primera (el crecimiento económico) y la segunda (el aumento de las exportaciones); y sólo así, con la determinación de la primera y de la segunda condiciones por la tercera, se podría pasar al consecuente (elevación del nivel de vida). Ahora bien: con la política salinista ¿se está aminorando el servicio de la deuda? O, dicho de manera más exacta: con la

técnica salinista se está teniendo una política económica frente a la deuda que —al margen de los intereses financieros de los acreedores— permita tanto un crecimiento económico amplio, serio y sostenido, como un aumento ostensible de nuestras exportaciones y, con todo ello, la elevación de la vida popular? La respuesta es: de ninguna manera. La política salinista no es una política para elevar la vida popular, sino para «*modernizar*» capitalistamente al país, favoreciendo a los de arriba y hundiendo en la miseria a los de abajo. Tan entrevé Paz la argumentación natural que puede enderezarse contra sus aseveraciones, y que acabamos de exponer, que escribe a continuación:

A los que utilizan las penalidades actuales como un arma en contra de la política del gobierno, hay que preguntarles: ¿conocen otros remedios? ¿Quieren una imposible vuelta a la imposible situación anterior? ¿Qué proponen?

Es cierto que en ocasiones alguien podría «utilizar» —como apunta Paz— las penalidades de un pueblo como un arma para combatir la política renovadora y progresista de un gobierno determinado, con lo cual se le crearían obstáculos y se bloquearía en alguna medida su gestión; pero cuando la política de ese gobierno es —como en el caso de la emprendida por el sexenio del anterior presidente de la República y por el actual mandatario— responsable en medida importante de las penalidades del pueblo, una frase como la de Paz, y una utilización tan mañosa del lenguaje, no es sino uno de los más claros síntomas de la vergonzosa sumisión de un intelectual a la gestión y a los intereses de los poderosos. Por otra parte, en la frase que comentamos, aparece la esencia de la posición pacista. Paz se debate, en efecto, en el seno de la dicotomía derechista: populismo o «modernización», estatismo o «sociedad a la que se devuelve la iniciativa económica». En realidad: *derecha burocrático-burguesa o derecha tecnocrático-capitalista*. Paz es víctima, como ya lo advertí, de la vieja cultura política que

consideraba la lucha por un Estado obeso y una burguesía raquílica como una *línea de izquierda* y la lucha por un estado enflaquecido y una iniciativa privada embarneada como una *línea de derecha*. Paz invierte el signo de valor de la dicotomía, pero hereda idéntica estructura. Como ya lo subrayé con anterioridad, frente a esa derecha y sus dos *líneas* de desarrollo rivales, hay una *izquierda*, una izquierda de verdad: la de los dominados (respecto a la burocracia estatal) y la de los explotados (respecto a la iniciativa privada). También esta izquierda tiene su modelo de desarrollo; pero no es de arriba abajo —ni mucho menos desde la altura de las transnacionales hasta las penalidades de nuestro pueblo— sino de abajo arriba. Es la izquierda de la autoorganización y la participación, la izquierda de la democracia económica y de la autogestión, la izquierda, en una palabra, de tomar el pueblo las cosas en sus manos.

## **b) En torno a las reformas socio-políticas**

Paz es de la opinión de que la reforma salmista abarca también a la política y al Estado. Subraya que la necesidad de una reforma democrática (incumplida finalidad de la Revolución Mexicana) aparece, desde hace mucho tiempo, como una exigencia del pueblo. La afirmación de nuestro ensayista de que la reforma democrática —el respeto al voto, la disociación del partido oficial y el Estado, la independencia de los poderes de la Unión, las libertades ciudadanas, etcétera— «se ha convertido desde hace años en una exigencia popular» es una frase cierta. Pero oculta algo. Lo hace con fingida inocencia y como quien no quiere la cosa. Resulta incontrovertible, en efecto, que el pueblo demanda, desde hace lustros, una reforma democrática; pero no lo ha hecho con la misma intensidad, entusiasmo y alcance en una época o en otra. Octavio Paz, con esta afirmación cierta, pero

abstracta, indudable, pero generalizadora, trata igualmente lo desigual, reúne en el mismo saco de la conceptualización procesos cualitativamente heterogéneos. ¿Por qué digo esto? Porque, aunque el pueblo de nuestro país haya anhelado y exigido, desde hace años, una reforma democrática, en ninguna época postrevolucionaria lo hizo con la amplitud, la alegría, la pasión y el carácter electoral de la insurrección ciudadana del 88. Paz no habla de esto. No quiere enfrentarse al *dato* molesto y desagradable de que el pueblo, en su inmensa mayoría, y a través de las urnas, manifestó su anhelo de cambio democrático no en un sentido político cualquiera *sino precisamente en el de desplazar del poder a la cúpula monetarista y neoliberal representada por el sal mismo.*

Paz se siente el precursor de las inquietudes y demandas democráticas imperantes en la política nacional. El vio antes y mejor que otros. Fue antiestalinista en una época en que no resultaba precisamente popular pronunciarse en dichos términos. Si alguna propuesta aparece en sus escritos es la de la necesidad de que México se democratice. De ahí que nuestro escritor, aludiendo a la necesidad de llevar a cabo la reforma democrática, apunte que:

Fui uno de los primeros en decirlo (*Posdata, 1969*); ahora que todos, incluso mis críticos de ayer, se han vuelto demócratas, me atrevo a recordarlo con un poco de (¿perdonable?) vanidad.

He de decir que no me interesa introducirme, al llegar a este punto, en el riesgoso terreno de si esta declaración implica poca o mucha vanidad ni al más pantanoso aún de si es perdonable o no. Pero sí me parece importante destacar ciertas cuestiones: 1) Cuando Paz habla de la *antigüedad* de sus pronunciamientos democráticos, parece olvidar la obvia relatividad de este tipo de asertos, porque si es verdad que Paz habló de democracia en México *antes* que otros (y ello podría representar cierto mérito), también lo hizo *después* que otros. Cuando Paz

coqueteaba, por ejemplo, con el marxismo-leninismo, algunos intelectuales —orientándose por ejemplo al anarquismo— criticaban ferozmente el autoritarismo de la posición bolchevique. 2) Por otro lado, resulta evidente que la ancianidad de una argumentación no puede brindarse como testimonio de su veracidad. Es cierto, por ejemplo, que Paz habló de democracia antes que muchos; pero el contenido (burgués) que le dio a dicho término y la propuesta política que implicaba ¿eran justos, aceptables, expresión condensada de las demandas populares? ¿Coincidían con lo que ahora exige la ciudadanía en sus acciones, deseos, protestas? 3) Finalmente, y ello es lo esencial, aun suponiendo que Paz se haya adelantando a otros en la justa interpretación de los anhelos democráticos de la población, lo verdaderamente trágico reside en el hecho de que este supuesto precursor de la idea de democracia en el país, al momento en que irrumpe, violenta e inocultable, contundente y definitiva, la insurrección ciudadana del 6 de julio (y, cuán ella, la más evidente manifestación de transformación— democrática registrada en el México contemporáneo) le da la espalda, la ignora, la minimiza y en lugar de respetarla y —como todo demócrata de verdad lo debe hacer— ponerse humildemente a su servicio, se pone del lado de quienes —golpeadores gubernamentales— pretenden aplastarla, ahogarla, descuartizarla.

Octavio Paz aduce, no obstante, que la Obra del gobierno actual apenas se ha iniciado. Piensa que juzgarla es prematuro. Difiero de este punto de vista. Creo que, aunque el ejercicio del poder por parte de Salinas de Gortari ha cumplido un poco más de un año, trae consigo —a diferencia de otros partidos— un claro programa de gobierno que, resueltamente, ha empezado a aplicar. Frente a los documentos básicos del PRD —que adolecen, debernos reconocer, de imprecisiones, de titubeos, de eclecticismos— el programa de acción del NI es claro y contundente: se trata del modelo económico y de la acción política diseñada por el y la banca

financiera internacional para los países dependientes. Y si aquí hallamos su principio regulador, su matriz y fundamento proyectivo, podemos esperar una gestión malhadada y desoladora. Paz señala que no sería honrado callar lo mucho que ha hecho el gobierno de Salinas en tan poco tiempo.

El país comienza a cambiar —apunta—, no solamente por acción del gobierno sirio porque la sociedad mexicana recobra más y más la iniciativa.

El afán pacista de colocar (cuando habla de los vientos renovadores que soplan en la política mexicana) en términos de igualdad al gobierno salinista y a la sociedad mexicana, tergiversa los hechos y confunde el juicio. La acción de ambos factores (gobierno y ciudadanía) lejos de correr pareja y ser complementaria, opera, en medida capital, como discordante y contradictoria. Aún más. Me atrevería a decir que, en varias cuestiones fundamentales, el gobierno y la sociedad civil actúan inversamente: el gobierno defrauda, el pueblo defiende el voto; el gobierno nos entrega amarrados de pies y manos al imperialismo, la ciudadanía lucha por reconquistar la merced soberanía; el gobierno se alía al gran capital (que día a día aprieta las tuercas de la explotación), los trabajadores luchan en sus organizaciones de clase contra las tropelías y desmanes de los dueños del capital, etcétera. El gobierno actual, en consecuencia, ¿ha hecho mucho? Si atendemos a la esencia y no al fenómeno, a la realidad y no a la apariencia, no podemos dejar de reconocer que el gobierno ha hecho mucho, en efecto; pero esto que ha hecho no hace referencia, como querría Paz, al abatimiento de tal o cual cacique sindical (dejando intacta la estructura burocrático-corporativa del sindicato), etcétera, sino a que este gobierno se muestra cada vez en mayor medida como un poder público entreguista, fraudulento, corrupto y represivo. No sería honrado, en verdad, silenciar el *haber* del salinismo hecho gobierno.

### **c) En torno a las reformas estatales. Salinas y la perestroika**

Paz, como defensor de lo que me agradaría llamar la *concepción metafórica de la historia* o del *metamorfismo histórico*, gusta sobre manera de los parangones entre dos realidades económicas, políticas y geográficas distintas. Se lanza con entusiasmo, por eso mismo, a comparar la reforma de Gorbachov con la «reforma» de Salinas. Reconoce qué existen; desde luego, muchas diferencias. Pero «hay algunos parecidos» que le sirven de asidero para establecer un parangón que, por las razones que después veremos, le resulta de suma utilidad. Los movimientos reformadores de la URSS y de México, piensa Paz, son respuestas a situaciones de inmovilidad y estancamiento causados, antes que nada, por el crecimiento del Estado, «total en la URSS y excesivo en México», con la dominación de una burocracia compuesta de políticos, administradores y tecnócratas. Convengo con Paz en que existen, sí, ciertas semejanzas. Es indudable que si en un país se han «socializado» los medios de producción y en el otro se han «nacionalizado» una serie de empresas básicas, de modo natural se haya generado un crecimiento del Estado, hasta ser *total* en la URSS y *excesivo* en nuestro país. Pero Paz, por lo visto, no toma en cuenta que si en la URSS, aunque respondiendo a un malestar latente en la sociedad civil, todo comenzó desde arriba, en México, tras la separación de la Corriente Democrática del partido oficial, todo comenzó desde abajo, y el movimiento reformador aquí gestado ha tenido y sigue teniendo al aparato gubernamental y su partido como *el principal obstáculo de la renovación*. Obstáculo no sólo porque defrauda y reprime, corrompe y desinforma, sino porque

finge cambiar en aspectos esenciales<sup>5</sup>. Pero Paz lo ve de otro modo. Dice:

Otro parecido es que son reformas desde arriba, aunque respondan a una profunda necesidad de cambio que viene de abajo. Los dos grupos de reformistas son el resultado de escisiones de la jerarquía política dominante: uno de la nomenklatura» comunista y el otro del partido que es el brazo político del gobierno, el PRI.

Antes de seguir adelante, y de comentar la frase transcrita, quiero hacer notar que, tras de leer con detenimiento el parangón pacista entre la política de la reestructuración de Gorbachov y el de la «modernización» de Salinas, me pregunto: ¿A qué atribuir esta comparación tan torpe, superficial y desangelada? La primera respuesta que se me viene a la mente es la de que quizás se halla de tal modo en la atmósfera, mundial la *perestroika* que Paz no pudo reprimir el deseo de comparar dos movimientos que coinciden en el tiempo. Pero en realidad, si analizamos con detenimiento sus palabras al respecto, advertimos que responden a otra razón más profunda y de mayores implicaciones políticas. Paz quiere asociar a Salinas y a Gorbachov en una *posición progresista* y a Cuauhtémoc Cárdenas y a los comunistas ortodoxos rusos en una *posición conservadora*. Veamos. Paz subraya que una diferencia entre la URSS y México es la distinta actitud de los conservadores ante la acción de los reformistas. En la Unión Soviética practican una oposición solapada: en ningún momento se han atrevido a formar partidos que pidan abiertamente un regreso a los buenos tiempos de Brejnev. En cambio, aquí han formado un partido político de oposición (el PRD).

---

<sup>5</sup> Esta es la razón por la cual no podemos aceptar tampoco la afirmación pacista de que mientras la burocracia soviética ha sido *opresora*, la de aquí ha sido *abusona*. ¿Abusbusona? Ha sido más bien demagógica y antidemocrática, fraudulenta y mendaz.

La concepción de Paz sobre los reformistas y los conservadores me parece de un maniqueísmo francamente simplista. En los países de Europa Oriental y Central, por ejemplo, los movimientos de reforma son contradictorios. No se ha pasado de lo negro a lo blanco, como querrían los liberales y burgueses del mundo entero. Ni se ha transitado de lo blanco a lo negro, como querrían los marxistas-leninistas de todas partes. Se trata, a mi modo de ver las cosas, de un avance en un sentido (respeto a la voluntad popular, incremento de la participación de la sociedad civil en las decisiones sociales, democratización, en una palabra, de la vida social); pero se trata también, simultáneamente, de un retroceso en otro (reintroducción de la economía de mercado, readopción de la propiedad privada, reimplantación, en fin, del capitalismo). Lo predominante en Europa es, pues, la *ambigüedad*: la simultaneidad de acciones contradictorias. Quien vea todo de manera *positiva* como Octavio Paz, no entenderá nada. Quien interprete todo como *negativo* tampoco entenderá nada. Quien, digámoslo así, rehuya la ambigüedad para asentarse en la comodidad de una posición positiva o de una negativa no comprenderá la encrucijada de este fin de siglo.<sup>6</sup>

---

<sup>6</sup> El caso de la URSS difiere, al parecer, de lo que acaece en lo que antes se llamaron las *democracias populares*. Más que una regresión al capitalismo —lo cual, sin embargo, no puede ser descartado— parece ser un intento de democratizar ampliamente su específico modo de producción.

### III. MODERNIDAD Y TRADICIÓN EN EL MEXICO CON TEMPORANEO

¿En México quiénes son los reformistas, los renovadores? Paz lo interpreta de la siguiente forma: así como en la URSS se impone la corriente reformista, la *perestroika*, tras de romper con el neoestalinismo de Brejnev —siendo una escisión «de la jerarquía política dominante», esto es, de la «nomenklatura» comunista—, en México se impone la corriente *modernizadora* (de De la Madrid y Salinas) tras de romper, primero, con el viejo populismo (de Echeverría y López Portillo) y, después, con el nuevo populismo (de Cuauhtémoc Cárdenas) —siendo una escisión en el PRI, «el brazo político del gobierno».

Mi interpretación difiere, como se comprendo, de la anterior. El paso de la «docena trágica» a la gestión de los tecnócratas, no es el tránsito de los conservadores a los progresistas, sino de la derecha burocrática a la derecha tecnocrática. Cuando surge, hacia el final del régimen de De la Madrid, la Corriente Democrática —con una cierta ambigüedad ideológica a la que me referiré más adelante— 'la política oficial la constriñe, la ahoga y la obliga a abandonar el partido oficial. Con la Corriente Democrática, primero, y después, aunque en menor medida, con el PRD, surgió el peligro de un bandazo: que se combatiera el derechismo o conservadurismo de los *monetaristas* con el derechismo o conservadurismo de los *populistas*. Y apareció claramente esa amenaza porque los errores, los peligros y las limitaciones de una posición se aprecian claramente desde la posición opuesta (la tecnocrática *desde* la populista y la populista *desde* la tecnocrática). Apareció, pues, esta amenaza. Pero estoy convencido de que, poco a poco, el PRD -que vive, como dije, una

cierta ambigüedad ideológica, aún no resuelta, entre el populismo (o derecha estatista) y una nueva concepción política democrático-izquierdista- irá abandonando los prejuicios del estatismo y de todo corporativismo «de izquierda» a favor de un planteamiento que, oponiéndose a la derecha en cualesquiera de sus manifestaciones (estatista o tecnocrática), se basa *en la autoorganización popular, la autogestión, la participación activa de los ciudadanos.*

Paz no quiere o no puede ver esto. Prefiere encajonar al PRD en un sitio preestablecido: en el conservadurismo «nostálgico» de los populistas. De ese modo, su polémica contra el PRD se simplifica y se vuelve convincente.

Nuestro poeta es de la opinión de que el Informe del presidente Salinas de Gortari al Poder Legislativo el primero de diciembre de 1989 rompió con la liturgia oficial.

Salinas —precisa Paz— fue simple, directo y conciso. Pero el informe fue notable, sobre todo, por su contenido. Fue una exposición de principios.

Estoy de acuerdo con Paz, fue un informe presidencial «simple, directo y conciso», en lo que se refiere a la forma. Y «una exposición de principios», en lo que alude al contenido. Pero vamos a ver cuál es este contenido. Paz hace ver que el tema del informe fue la reforma del Estado y la tradición de la Revolución Mexicana. Con esto, entró de lleno al debate de si los principios de la Revolución Mexicana son compatibles con el proyecto modernizador.

Paz no lo reconoce, pero Salinas da, en realidad, una respuesta tecnocrático-burguesa al problema de las relaciones entre la tradición y la modernidad. Ni yo (ni quienes, dentro del PRD, estamos a favor de una auténtica *revolución democrática*) podemos coincidir con una «modernización» que pretendiera hallar su referente histórico en el populismo burocrático del pasado, ni, desde luego, con una «modernización» que quisiera

apoyarse en alguna experiencia tecnocrático-capitalista del pretérito.<sup>7</sup> Estamos a favor, evidentemente, de la modernización; pero de una modernización participativa, popular, autogestionaria. Y si volvemos los ojos al pasado, si pretendemos vincular nuestro proyecto político con tales o cuales circunstancias históricas pasadas, buscamos aquellas —innumerables, por cierto— en las cuales se manifestó el deseo, el impulso y la necesidad del pueblo mexicano de auto organizarse, tomar el destino en sus manos y evitar el jineteo y el paternalismo de los poderosos.

Salinas distinguió entre el Estado propietario y el Estado justo, recuerda Paz. Lo primero que llama la atención en esta frase de Salinas, y en la aceptación de ella por parte de Paz, es que se llame justo a un Estado que no sólo es el guardián puntual de la explotación del trabajo asalariado, sino que se caracteriza por las concesiones irrestrictas al capital extranjero y por la cesión cada vez mayor de soberanía, para no hablar de su carácter fraudulento, corrupto, expoliador y represivo.

La crítica realizada por Salinas al Estado propietario -añade Paz- fue teórica e histórica...

En parte logró su objetivo pero creció demasiado, usurpó funciones que no le correspondían, creó una burocracia numerosa e incompetente y terminó por ser un aparato gigantesco que paralizó el proceso económico.

Esto resulta cierto. Pero el papel pautado del optimismo neoliberal también tiene sus bemoles. Si el Estado se adelgaza y, en movimiento simétrico, el alto empresariado capitalista se embarnece (tras de fagocitar, por así decirlo, las empresas que antes controlaba el Estado) no se le están devolviendo a la sociedad, abstractamente considerada, funciones usurpadas por el Leviathán,

---

<sup>7</sup> Modernizaciones» que pueden ser mejores o peores según la etapa histórica que se viva; pero que están lejos de expresar los anhelos de los trabajadores y de la ciudadanía en general.

sino que se le está adjudicando al gran capital nacional, vinculado cada vez más con el capital trasnacional, el papel relevante, central, omnipresente de la economía del país. El estatismo es, sí, una enfermedad. Una enfermedad para todo mundo menos para la burocracia que se genera y reproduce con él y para la clase o las clases sociales que se benefician con su gestión. Pero el neoliberalismo, diseñado en Chicago y «nacionalizado» por nuestros tecnócratas, es también otra enfermedad. Enfermedad, asimismo, para todo mundo menos para la alta burguesía, las trasnacionales y la burocracia» adelgazada y justa» del modelo salinista. Paz insiste, de hecho, en que una enfermedad nos cura de otra. Es posible. Creo que, al transitar del populismo al *neoliberalismo de país dependiente*, los mexicanos hemos cambiado de padecimiento o, si se quiere, nos hemos mudado de una cámara de tortura hacia otra. Alguien podría pensar, puestos en este carril, que así como en Estados Unidos hay un bipartidismo «equilibrador» —en el que, ante el descontento y la fatiga del pueblo por una administración determinada (por ejemplo demócrata) emergen las promesas del otro partido (republicano), etcétera—, en el capitalismo subdesarrollado y dependiente como el nuestro es aceptable que, tras la amarga experiencia que deja tras de sí el populismo se recomiende e impulse el modelo neoliberal o viceversa. Mi concepción es contraria a ello. Siento que es necesario trascender esa «dialéctica de las enfermedades» y someter el cuerpo social enfermo (de burocracia o de capitalismo) a la terapia de la participación social. Paz señala las sucesivas transformaciones del Estado nacional:

se convirtió en benefactor, después en gran propietario y al fin en providencia.

Aquí Paz habla con la verdad. Las explicaciones de los viejos y los nuevos populistas en el sentido de que el Estado, en todas sus fases de desarrollo, es algo así como la expresión de los intereses de la voluntad general, carece de sentido. El

Estado nace y se desarrolla no sólo salvaguardando los intereses económicos de los poderosos contra los explotados, sino ejerciendo su función autoritaria y gubernamental en contra de la libre asociación de los humillados y ofendidos. Si el Estado se embarnece hasta los linderos de la hipertrofia, no sólo se acrecientan sus aspectos negativos en lo económico y en lo político, sino que tiende a hacerse inoperativo, superfluo, irracional. Se gana, así, el papel de tumor maligno de la sociedad. Pero si Paz *habla* de esta enfermedad, de su sintomatología y de las posibilidades de su desarrollo, *calla* sobre la otra enfermedad (el *neoliberalismo de país dependiente*) a la que, incluso, convierte en la supuesta terapia de la enfermedad estatista. El silencio de Paz al respecto —un silencio ideológico y manipulador— lo lleva a omitir las fases del capitalismo que lo develan, en todo momento, como un sistema de expropiación y aplastamiento, de exacción de trabajo ajeno no retribuido y generador de guerras, conflictos y contradicciones sociales sin fin. No sólo habría que mencionar, en una tosca clasificación económica, que si el capitalismo en general pasó de la etapa de la libre competencia a la del monopolio, de la de éste a la del capitalismo monopolista de Estado (CME) y de la fase del CME a la de la internacionalización o transnacionalización del capital, sino que también habría que decir que el capital pasó de ser progresista y «benefactor», a ser elemento nocivo y todopoderoso, y de ser esto último hasta devenir en *providencia universal de la explotación*. Si esto ha sido el capitalismo clásico ¿qué decir del capitalismo dependiente? Que añade a los perjuicios inherentes al sistema, las limitaciones y constreñimientos de la interferencia imperial. Y también el imperialismo posee sus etapas: si al principio se caracterizó por exportar del centro a la periferia mercancías manufacturadas y si después por exportar capitales, en la forma de inversiones directas e indirectas, hoy en día existe

lo que se podría llamar la fase no tanto del capitalismo financiero (o de la asociación de la banca con la industria, como lo mostrara desde hace años Hilferding) sino la etapa del *imperialismo financiero trasnacional*, es decir de una fase del capitalismo universal en el que el FMI y la banca mundial —en el núcleo de la cual se halla la *triarquía financiera trasnacional*: Estados Unidos, Japón y Alemania— someten prácticamente a todo el mundo mediante el otorgamiento de empréstitos de diferente carácter y la obligación de pagar el servicio de la deuda. Con este *imperialismo financiero internacional*, el núcleo económico-financiero dominante en el FMI y los demás bancos de préstamo mundial no sólo dominan *económicamente* al mundo en su conjunto —y de manera especialmente severa a los países dependientes y subdesarrollados— sino que los dominan *políticamente*. No podemos ignorar, en efecto, la dialéctica de la dominación política a través de la dominación económica. Si volvemos a la concepción salinista y al punto de vista de Paz, advertimos que el modelo económico del *neoliberalismo de país dependiente* no es otra cosa que la importación a nuestro país del punto de vista que tiene el *imperialismo financiero trasnacional* acerca de la economía que debe prevalecer' en un país subdesarrollado y periférico. ¿Qué nos aguarda, entonces, al pasar del modelo populista al tecnocrático-liberal? La respuesta está en los hechos: endeudamiento millonario, plan Brady, austeridad económica, tope salarial, «reconversión» agroindustrial, descapitalización de numerosas empresas, reducción del mercado interno, aumento de desempleo, inflación «controlada» a un precio cada vez más gravoso, empobrecimiento, polarización creciente de la sociedad. Y, junto con todo ello, pérdida paulatina de la soberanía política y la independencia económica. En esta dirección van los significativos *silencios* de nuestro poeta.

Octavio Paz dulcifica las cosas. Asevera que el Estado justo —es

decir el Estado propuesto por Salinas— no pretende suplantar a los verdaderos protagonistas del proceso económico: empresarios y trabajadores, comerciantes y consumidores. Paz no sólo da como ejemplo de justicia la «justicia» burguesa, tratando en términos de igualdad —dentro del concepto unificador de «protagonistas del proceso económico»— a los desiguales en sentido económico-social: explotadores (empresarios y comerciantes de alto rango) y explotados y víctimas del capital comercial (trabajadores y consumidores), sino además no toma en cuenta que, con la deuda, con el PECE, con el tope salarial y con una inflación que no logra detenerse, los trabajadores de la ciudad y el campo viven cada vez peor. Paz *aclara* que el Estado justo no es —como el Estado propietario que caracteriza al populismo— un Estado productor,

pero vela porque los productores —empresarios y trabajadores— realicen sus funciones en las mejores condiciones posibles y, dentro de los límites legales, con la mayor libertad.

Tres tesis parecen desprenderse de este párrafo: 1) la de que el Estado debe despojarse no sólo de su rol i<sub>n</sub>tervencionista sino de su carácter propietario, 2) la de que ese Estado debe reducir su papel social a la función de guardián de la acción creadora de los factores de la producción: empresarios y trabajadores, y 3) la de que ese Estado debe vigilar que esos factores de la producción realicen sus funciones, dentro de la legalidad, con la mayor libertad. Adviértase, por consiguiente, que nuestro ensayista se define aquí, simple y llanamente, como partidario del liberalismo económico. Octavio Paz, que parece coincidir con Paine cuando éste dice: «Cuanto más perfecta es la civilización, menos necesario es el gobierno»<sup>8</sup> argumenta desde

---

<sup>8</sup> Citado por Brailsford en *Shelley, Godwin y su círculo*, Fondo de Cultura Económica, 19..., p. 57.

una posición premarxista —no postmarxista—, y su bagaje teórico lo toma de la tesis decimonónica del *laissez faire, laissez passer*<sup>9</sup>. Paz se declara a favor de la *modernización* salinista, pero es, en realidad (como, por lo demás, también lo es esta última), partidario del recalentamiento de una añeja, conservadora, reaccionaria posición económica. No vale la pena detenerse en denunciar los problemas que, acerca de las tesis de los «factores de la producción», del Estado no intervencionista y de los «límites legales» de la relación capital/trabajo acarrea su definición ideológica neoliberal. Lo único que me gustaría subrayar al respecto es el asombro que produce en cualquier lector medianamente enterado de los problemas económicos a que alude el discurso pacista, y descubrir que el intelectual mexicano con mayor prestigio nacional e internacional se pronuncia de un modo tan superficial y rudimentario al hablar de estos temas. A decir verdad, el rey sigue desnudo. La fatuidad no logra cubrirle sus vergüenzas.

El Estado justo no es omnipotente y muchas veces falla; lo reconoce y no castiga a sus críticos,

dice Paz. Nuestro ensayista podría aclarar probablemente que el *Estado justo* (del que habla Salinas de Gortari y al que él alude) no es el Estado encarnado en el sexenio de De la Madrid o en el de la gestión salinista, sino que se trata de un Estado ideal. Pero este Estado ideal ¿puede empezar a gestarse a partir de la defraudación, el engaño y la corruptela? ¿Su acta de nacimiento puede ser la represión? En verdad ¿es un Estado «que no castiga a sus críticos»? Es un Estado, por ejemplo, que tanto a nivel federal como estatal y municipal echa mano sistemáticamente del fraude. Si el pueblo defiende el voto, toma las alcaldías y pretende que se respete su voluntad, el Estado desaloja con lujo de fuerza a los ciudadanos, haciendo uso inclusive del ejército, y se define cada vez más

---

<sup>9</sup> Frase acuñada, como se sabe, por el fisiócrata Gournay.

como un gobierno violento y autoritario. ¿Es posible llamarle, entonces, Estado justo?

Paz hace ver que, a diferencia del Estado autoritario, obeso y monopolista (que emite «verdades eternas» y segrega dogmas), el Estado justo no pretende ser omnisciente y en ocasiones se equivoca. Puede error, en efecto, en lo económico o en lo político. Pero siempre hay formas de cambio y rectificación.

El mercado acaba por expulsar del circuito comercial a los productos caros y malos; la democracia no consiente por mucho tiempo los abusos y los fraudes.

Bien vistas las cosas, Paz trata al Estado, para decirlo con palabras de Baran, «como una entidad que presidiría a la sociedad pero no formaría parte de ella»<sup>10</sup>. ¿El mercado acaba por expulsar a los productos caros y malos del circuito comercial? Ni siquiera economistas liberales como Galbraith y Scitovsky se atreverían a afirmar tal cosa. En un tipo de sociedad como la contemporánea, en que ya no existe en lo esencial la libre competencia ni la «escuela manchesteriana de la economía», en que el monopolio desplaza a los competidores individuales y se apropia o tiende a apropiarse del mercado, en que las grandes empresas, mediante el más novedoso sistema computarizado de publicidad, convierten a la clientela en clientela cautiva, en que, finalmente, las transnacionales, con la connivencia de las administraciones públicas, acaban por imprimir en los «circuitos comerciales» el carácter específico que premodelan sus intereses, no es posible

---

<sup>10</sup> Paul A. Baran, *Excedente económico e irracionalidad capitalista*, Cuadernos de Pasado y Presente/3, Córdoba, 1971, p. 38.

aseverar ingenuamente, como si viviéramos en la época de Bastiat o J.B. Say, que la «mano invisible» del mercado desaloja a los productos caros e ineficientes y trae consigo la superación de otros desequilibrios. Por otro lado, ¿qué se puede decir ante la afirmación de que «la democracia no consiente por mucho tiempo los abusos y los fraudes»? ¿Qué es esa democracia que *precede a* los abusos y los fraudes? Resulta extraño, para emplear conscientemente un eufemismo, que se hable de una democracia con abusos y fraudes, aunque se nos diga, se nos prometa, que tal régimen no los consentirá por mucho tiempo. Yo entiendo por democracia, en el sentido más primitivo que se le puede dar a este término, una organización social que surge, precisamente, al desplazar los *abusos y fraudes* que coartan, empañan y tergiversan la voluntad popular. Si hablamos de una democracia que coexiste con estos abusos y fraudes, y si tomamos en cuenta que éstos lo que realizan es la reproducción incesante de un régimen arbitrario, no nos es dable, si conservamos aún cierto compromiso con la coherencia, dar el nombre de democrático a un régimen que promete en un futuro incierto la desaparición de los abusos y los fraudes pero que por ahora coexiste, sin perder su esencia, con ellos. El problema no es, sin embargo, sólo teórico. Es una formulación que tiene gato encerrado. El gobierno salinista encarna o es el arranque de un Estado «justo», es decir, de un Estado que se inhibe económicamente, aunque no políticamente, *para* hacer que la sociedad (entiéndase la alta burguesía) recupere la iniciativa y acentúe su dinamismo. Pero no sólo eso. También es un gobierno en que florecen los *abusos* y en que el *fraude* es una pieza constituyente y necesaria. Paz nos sugiere que, a pesar de los abusos y fraudes que pueda contener —y que sólo los ciegos no ven—, el gobierno salinista es una democracia en la que

existen abusos y fraudes; pero que tarde o temprano se va a deshacer de ellos... No lo puedo ocultar: en su defensa del salinismo, Paz muestra los abusos y los fraudes que un escritor puede cometer con su propio material de trabajo: el lenguaje<sup>11</sup>.

Nuestro ensayista precisa más su idea: el Estado justo combate a los monopolios y entre ellos al más injusto y menos productivo o sea el estatal. Al propio tiempo, conserva el control de los bienes de la nación y las materias estratégicas. Paz tiene, me parece, una concepción imperativo-idealista del Estado. Este, según él, debería ser esto o aquello. Comportarse con mesura y oportunidad. Tener en la razón su regla y en la sensatez su causa. No advierte o no quiere advertir que el Estado —divorciado del pueblo— es siempre un Estado condicionado y determinado. Es un Estado de clase. Una administración pública que hace suyos ciertos intereses materiales. El Estado neoliberal —en el que, al parecer, toma forma o empieza a tomarla el Estado «justo»— ¿combate en realidad a los monopolios? Cuando el monopolio era el producto, en una economía determinada, de los procesos de concentración y centralización del capital, cuando era una gran empresa nacional que controlaba un mercado y negaba la libre competencia, el Estado, interventor, ponía a veces a raya a los más extremados ejemplos de monopolio. Pero cuando los monopolios se enlazan con tales o cuales empresas multinacionales y hallan en los gobiernos nacionales, comprometidos económicamente con ellos, instrumentos dóciles de sus designios, su política económica y sus intereses, los Estados no combaten a tales monopolios. En México, el Estado salinista puede reprivatizar varias empresas descentralizadas, puede combatir el monopolio estatal —aunque, lo repito, ello no equivale a destruir su omnipresencia política— y puede modificar la política económica para ceñirla a una orientación

---

<sup>11</sup> Paz olvida aquella su frase luminosa: «La crítica de la sociedad... comienza con la gramática y con el restablecimiento de los significados» (Posdata, *Ibíd.*, p. 75-76).

tecnocrático-liberal; pero no le es dable combatir los monopolios privados, las empresas de punta transnacionalizadas. Simplemente, no le es dable. Sus intereses se lo impiden. Sus relaciones le atan las manos. Ojalá, por otro lado, que el Estado actual conserve el control de los bienes de la nación y las materias estratégicas. Pero sus compromisos con el FMI y con la banca financiera internacional me hacen dudar que incluso esto se halle garantizado.

Paz recuerda, al llegar a este punto, su idea de vincular la modernidad y la tradición. De ahí que escriba:

Se ha dicho que el Estado justo es infiel a la tradición revolucionaria mexicana. Como todos los fenómenos históricos, nuestra revolución es doble o triple. Alguna vez me pregunté: ¿Hubo una o muchas revoluciones y, en el segundo caso, cuál es la verdadera?

No cabe la menor duda de que en una revolución inciden, actúan, entran en colisión diversas tendencias (clases) con diferentes programas, puntos de vista o anhelos. Una de ellas, o varias en alianza, salen triunfantes. Regla sin excepciones hasta hoy: las revoluciones las hacen los pueblos, las masas, los trabajadores; pero las usufructúan tales o cuales clases dirigentes, tales o cuales cúpulas, estos o aquellos puñados de poderosos y explotadores. No tiene sentido preguntarnos, como Paz, ¿cuál entre las diversas «revoluciones» que hacen una revolución es la «verdadera»? Hay que preguntar más bien: ¿cuál fue la hegemónica? ¿Cuál quedó, al final del proceso armado, de la conformación institucional y de la reforma económica, como dueña y señora de la situación? La Revolución Mexicana fue una revolución hecha *por* el pueblo, es decir, por las distintas clases y estratos que lo constituyen; pero fue capitalizada *por* la burguesía nacional. Es una revolución democrático-burguesa en el preciso sentido de que tuvo como sus *protagonistas* o factores decisivos a los integrantes del pueblo en su conjunto (en

especial los campesinos y los obreros) y de que poseyó como *elementos capitalizadores* del proceso histórico a los burgueses.

Muchas son, pues, las «revoluciones» que, al decir de Paz, constituyeron la Revolución Mexicana:

una fue la de Madero, política y democrática; otra la de Zapata, agraria y milenarista; otra la de Carranza, nacionalista; otra la de Obregón y Calles, más dedicados a construir que a derribar.

Una historia *faccional* de la Revolución Mexicana como ésta puede ser útil para examinar con detenimiento qué clases, grupos y tendencias intervinieron en el proceso revolucionario y qué acciones, proyectos o pronunciamientos trajeron consigo, aunque no debe hacernos olvidar, por un lado, quién ganó (y por qué) y quiénes perdieron (y las razones de ello), ni tampoco, por otro lado, qué se ha logrado durante la larga fase histórica de la «revolución hecha gobierno» y qué se ha quedado simplemente en promesa. Me parece que la visión de Octavio Paz sobre la historia de la Revolución Mexicana (en el texto que comento) puede adoptar y adopta diversos puntos de vista, con excepción de uno: el enfoque clasista. Paz habla de democracia, política, agrarismo, nacionalismo, etcétera, pero calla sistemáticamente — quizá para no coincidir con el planteamiento marxista— por lo menos tres puntos: por un lado que las facciones que intervinieron en la lucha, o las «revoluciones» que conformaron el gran proceso, poseían diversas determinaciones clasistas amén de otras diferencias; por otro lado, que el sector o sectores que resultaron victoriosos finalmente traían consigo un determinado carácter de clase y, por último, que tanto lo realizado por el régimen surgido de la revolución hasta nuestros días como lo que sólo se quedó en promesa, tienen que ver asimismo con la existencia de las clases sociales y de la lucha de clases.

Paz, en vez de hablar de clases, prefiere aludir a facciones

revolucionarias —si quiere poner el acento en la pluralidad de fuerzas actuantes. O se complace en aludir a la unidad de la revolución si desea echar una ojeada a la globalidad del proceso. Dice:

Reconocer la variedad contradictoria de la revolución no significa ignorar su unidad. No la unidad de una doctrina sino la de la historia.

Me parece que en esta 'frase se devela con meridiana claridad la posición historicista de Paz. Nuestro ensayista va de la dispersión abstracta a la unidad abstracta. El enfoque que podría darle cierta concreción —el enfoque clasista— le está vedado<sup>12</sup>. Su embate contra la «unidad de una doctrina» y a favor de la «unidad de la historia» no es otra cosa que su lucha contra la interpretación clasista de la historia y a favor del historicismo. Paz, para defender su punto de vista, hace ver que las aspiraciones democráticas de Madero presentan hoy una actualidad que no tenían hace cincuenta años o que el afán de Calles por modernizar al país parece ser de hoy. Por eso, dice, reducir esta pluralidad, o este conjunto de ideas o aspectos, a una sola interpretación y una doctrina exclusiva, es atentar contra la verdad histórica y representa una mutilación. Frente al marxismo doctrinario, a Paz le asiste la razón. No son pocos los historiadores «marxistas» que sustituyen la «unidad de la historia» por la «unidad de la doctrina», la riqueza y complejidad de los hechos por la ampulosa vaciedad de la receta, la variedad contradictoria del proceso por la pedantería

---

<sup>12</sup>En otra parte he escrito: Los historicistas ,víctimas del *singularismo*, de la concepción relativista del *hecho irrepitable y. único* se ven en la necesidad de abordar de algún modo lo universal, lo común a varias etapas, los "tipos" o "formas" supraindividuales. Este "salto" de lo singular a lo universal —salto que engendra las diversas teorías *morfológicas* o *tipológicas* de los historicistas— suele tener diferente contenido en los distintos pensadores historicistas... (*Teoría científica de la historia*, Ed. Diógenes, 2a. ed., México, 1979, 0.274).

grandilocuente del dogma. Me resisto, sin embargo, a identificar la interpretación dogmática de la historia con el marxismo. El marxismo abierto, no doctrinario, no confiscado por la cerrazón del obtuso o los intereses del burócrata, no puede dejar de partir de la enorme complejidad y riqueza del hecho empírico. No puede tampoco dejar de advertir, subrayar, explicitar la unidad del cúmulo abigarrado de particularidades que se dan en un acaecimiento. Pero, a más de lo anterior, sabe que la teoría de las clases sociales —una teoría tampoco coagulada en tal o cual catecismo, sino en constante enriquecimiento— brinda al historiador una clave interpretativa para entender, con los antecedentes y consecuentes de una revolución, su carácter, sus avances, sus retrocesos, sus limitaciones. Paz ataca, como siempre, al marxismo vulgar, al marxismo enano con el cual acostumbra medir sus fuerzas. Aunque reconoce que hay diversas interpretaciones marxistas (unas más elaboradas o «bizantinas», como dice; otras más toscas o menos sutiles) su polémica escoge indefectiblemente a las segundas. De ahí que se regodee en aludir a las tesis de los marxistas menos sutiles que escogieron al general Lázaro Cárdenas «como la expresión final y más acabada de la Revolución Mexicana». Y es que, insiste nuestro autor, bajo este gobierno, se había celebrado una cierta alianza entre el régimen emanado de la revolución y el marxismo-leninismo. Dejaré por un momento las cosas en este punto. Después volveré a ellas. Y aclararé por qué pone Paz el acento en esta cuestión.

En su preocupación por las relaciones que deben existir entre la modernidad y la tradición, Paz desea aclarar cuál es el antecedente histórico del Estado justo y cuál lo es del Estado propietario.

En la polémica entre el Estado justo y el Estado propietario — asevera— no es difícil decidir: las dos concepciones pertenecen a distintos momentos de la revolución. La original, más antigua y, me atrevo a decirlo, permanente, es la del Estado justo.

A Paz le preocupa en extremo la imagen, prevaleciente en la opinión pública, de que mientras Cuauhtémoc Cárdenas es no

sólo hijo del general Lázaro Cárdenas sino heredero de los ideales de la Revolución Mexicana, Carlos Salinas pertenece a un grupo de tecnócratas advenedizos que se caracterizan por ser economistas de gabinete, políticos divorciados de la sensibilidad popular, individuos, en una palabra, que nada tienen que ver con nuestra historia, nuestras tradiciones, nuestro origen. Paz —como el propio Salinas— quiere demostrar que el Estado justo hinca sus raíces en la Revolución Mexicana. Aún más, que es, en relación con esta última, la concepción más antigua y permanente. Desde el principio, apunta Paz,

apareció como un compromiso entre el intervencionismo estatal y la neutralidad del liberalismo clásico. Fue la doctrina de los primeros revolucionarios y, entre ellos, de uno de los fundadores del México moderno, Plutarco Elías Calles.

Nuestro ensayista —que, acriticamente, da como un hecho la relación *PRD/sexenio cardenista*— busca en los entresijos de la Revolución Mexicana el o los antecedentes del Estado «justo» actual. Tras de advertir, entonces, el propósito del autor de la crónica que comentamos, de hallar el nexo entre los actuales modernizadores y la Revolución Mexicana, uno creería que Paz —que ha subrayado, como se recordará, que «las aspiraciones democráticas de Madero tienen hoy una actualidad que no tenían hace cincuenta años» —va a intentar establecer la relación *PRI/régimen maderista* o *Estado justo/Francisco I. Madero*. Pero no. Da de pronto un extraño salto, se ubica en otra etapa histórica y sorpresivamente subraya el nexo entre la concepción salinista del Estado y «uno de los creadores del Estado moderno»: Calles. Frente a la relación *PRD/sexenio cardenista*, se erguiría, por consiguiente, la relación *PRI/cuatrenio callista*.

¿Cuál será la razón por la cual Octavio Paz en vez de tratar de enlazar el Estado «justo» con Madero lo vincula con Plutarco Elías Calles? No tengo una respuesta inmediata y definitiva a esto. Sólo poseo una sospecha. El maderismo se caracteriza en

la historia moderna de México como un movimiento que no sólo se levantó contra el porfirismo bajo el lema de sufragio efectivo, no reelección» sino como el régimen social que en el México moderno ha puesto más el acento en el respeto a la voluntad popular expresada en los comicios. En estas condiciones, establecer un vínculo entre Salinas de Gortari y el maderismo hubiera parecido una burla, algo así como afirmar sin el menor pudor que el antecedente de la defraudación es el sufragio efectivo.

La pretensión de Octavio Paz (y la, idéntica, de Salinas de Gortari) de que la *modernidad* de los «reformadores» halle su *tradición* en la Revolución Mexicana en general y en el régimen callista en particular, está destinada al fracaso. Es una lúgubre manera de hacer cuentas alegres. La verdad es que no es posible que las necesidades ideológico-políticas de un gobierno carente de legitimidad sustituyan al proceso histórico. Nunca, en ninguna circunstancia, se puede inventar artificialmente un pasado. En esencia, el salinismo y su concepción estatal no brotan de la Revolución Mexicana, democrático-burguesa, sí, pero profundamente antiimperialista, sino de fuerzas exógenas y concepciones internacionales. Su origen está más en el neoliberalismo de Simson, Nogaró, Einaudi que en ninguna realidad histórica del país. Octavio Paz trata, sin embargo, de hacerle al salinismo una tradición, de otorgarle un pasado, de darle credibilidad histórica. Para esto, utiliza un método que le es caro, entrañable, empleado con frecuencia y deleite: el *método analógico*. Destaca, en efecto, ciertas semejanzas que cree encontrar entre el *Estado «justo»* y el callismo y otras que piensa destacar entre el *Estado propietario* — que supone defendido por el PRD— y el cardenismo. Pero el método analógico tiene una falla, una limitación evidente: si destaca las semejanzas, oculta las diferencias. Aún más: es posible que, si no se analizan las diferencias entre un fenómeno histórico y otro, se den por buenas ciertas analogías aparentes. Pero si se pone buen cuidado en mostrar las desemejanzas entre dos momentos distintos es probable que las analogías se nos vengán abajo, se nos

derritan al calor de lo diverso. ¿Hay, por ejemplo, realmente semejanzas entre el *Estado «justo»* de Salinas y el Estado callista? Paz diría que sí. Afirmaría que este último, a diferencia del cardenismo (Estado «entrado en carnes», con una voluminosa «humanidad» producto de su *populismocorporativismo-patrimonialismo*) era un Estado esbelto, sin tentaciones de devorar empresas y medios de producción, sin el impulso de interferir en la acción espontánea de la sociedad civil para constreñirla y castrarla. Era, pues, como todo Estado justo, un Estado que supo «guardar la línea». Pero Paz sólo puede llevar a cabo su método analógico o su, como le he llamado también, *metaforismo histórico* después de inmolar no sólo las diferencias entre dos épocas (los veintes y los ochentas), sino el plexo de circunstancias específicas que conformaron la particularidad de esa fase histórica que va de 1924 a 1928. En varias ocasiones he dicho que la Revolución Mexicana pasó por tres fases claramente diferenciables: la armada, la institucional y la reformista en sentido económico-social. La fase armada de la Revolución Mexicana comprende principalmente la década de los diez pero abarca también, aunque menos intensamente, la de los veinte. La etapa institucional va, a mi entender, de la promulgación de la Constitución de Querétaro en 1917 al surgimiento del PNR en marzo de 1929. La fase reformista —de franco desarrollo democrático-burgués— cubre el sexenio cardenista, en el cual se consolida la Revolución Mexicana y se sientan las bases para un nuevo país. ¿Qué papel juega en este proceso histórico la gestión callista? Creo que, en esencia, el callismo entra, de lleno, en la fase institucional de la Revolución Mexicana. Tres son, entre otros, los aspectos relevantes de esta época: la creación, en primer lugar, de una serie de instituciones financieras necesarias para el desarrollo capitalista de la nación (creación del Banco de México, de la Comisión Nacional Bancaria, del Banco de Crédito Agrícola, etcétera); la canalización, en segundo lugar, de importantes recursos para la creación de la infraestructura económica del país (ferrocarriles, irrigación, caminos) y la

organización, finalmente, del PNR el 4 de marzo de 1929, o sea, en la época en que ya ocupaba la presidencia de la República Emilio Portes Gil. El Estado callista no se propone, como puede verse, la reforma estructural del país. Su política respecto a la situación agraria o su relación con el petróleo está lejos del radicalismo y la profundidad de la política cardenista. De 24 a 28-29, la estructura económica heredada del porfirismo permanece, en lo esencial, intacta. Esto no significa que el callismo no haya tenido actitudes nacionalistas y antiimperialistas. El mismo Enrique Krauze llega a escribir:

la política del general Calles difiere profundamente de la de su antecesor. Es, en esencia, una política nacionalista, xenófoba inclusive, inspirada en la idea de independizar económicamente al país como una condición para su independencia política.<sup>13</sup>

Si el modernismo no compagina, entonces, con el salinismo por su defensa del sufragio efectivo, el callismo difiere ostensiblemente del salinismo por su vocación nacionalista. Paz establece analogías que son abstracciones o que son desvirtuamientos. El Estado callista no se propuso nunca nacionalizar los ferrocarriles o el petróleo, ni llevar a cabo una reforma agraria nacional. En esta situación, y respondiendo a su carácter y sus propósitos, no necesitó convertirse en un Estado propietario de envergadura. Hablar del «Estado justo» callista al margen de la historia real es no sólo una torpeza o una incompreensión de la fase institucional de la Revolución Mexicana, sino el intento artificioso, francamente manipulador, de fingir antecedentes a una concepción teórica y política (la neoliberal) que hinca sus raíces en corrientes de opinión surgidas en los países altamente industrializados. El salinismo no es, en este contexto, sino la «nacionalización» de la ideología del capitalismo liberal, con todo su catálogo de tropelías, abusos, explotaciones y desorden moral.

---

<sup>13</sup> Enrique Krauze (con la colaboración de Jean Mayer y Cayetano Reyes), «La

Paz hace ver que el grave quebranto económico de 1929 y otras circunstancias (fundamentalmente el crecimiento de las ideologías totalitarias) favorecieron más y más la intervención estatal en la economía. Fue vista como un remedio a la depresión y al desempleo; muchos países adoptaron esta política. Su versión más conocida fue el *New Deal*. En México, la nueva política económica fue adoptada por Cárdenas,

al principio con resultados positivos. Después fue inoperante y, al final, nociva. Por eso ha sido desechada en casi todo el mundo...

La verdad es que si nuestro poeta se muestra torpe y superficial en sus incursiones económicas, no menos simplista, para decirlo de manera suave, resulta en sus lucubraciones históricas. En sus ensayos políticos, y al tratar de la historia, por lo general el poeta le gana al hombre de ciencia. Pero a continuación, por desgracia, el ideólogo triunfa sobre el poeta. En cualquier acontecimiento histórico es dable hablar de lo *nacional* y lo internacional, de contradicciones internas y de contradicciones externas, de lo endógeno y de lo extrínseco. Y aunque los dos factores aparezcan siempre y se den indisolublemente ligados, resulta imprescindible subrayar que en ocasiones predomina uno y en ocasiones predomina el otro. Me parece que en los temas que trata y en los ejemplos que pone, Paz exalta lo externo cuando debería de realzar lo interno y realza lo interno cuando debería de exaltar lo externo. Paz presenta al cardenismo, verbigracia, como un régimen que, en lo esencial, es producto de influencias extranjeras: del crecimiento de las ideologías totalitarias. No cabe la menor duda de que la *burocracia del mundo* (Rizzi) encarnada en el sistema soviético, en el fascismo alemán e italiano y en el *New Deal* de Franklin D. Roosevelt, influyó, como un condicionamiento extrínseco, en la emergencia, desarrollo y consolidación del cardenismo; pero las razones esenciales de

este fenómeno histórico son endógenas: responden a la necesidad de la clase burguesa ascendente —representada fundamentalmente por el sector burocrático-político de la clase intelectual— de hacer culminar la fase institucional de la Revolución Mexicana con la etapa reformista de la transformación económico-social del país. Para lograr la subversión de la estructura económica, se requería combatir en dos frentes: contra el imperialismo y el capital mexicano a él asociado y contra los latifundistas viejos y nuevos que impedían la formación de un mercado interno y de un ámbito propicio para el desarrollo agroindustrial. Los enemigos del cardenismo eran poderosos. El combate a muerte contra ellos sólo era posible si el Estado, embarneciéndose, ponía las bases para la industrialización del país<sup>14</sup> y si el Estado, cerrando filas con la clase obrera y con los campesinos (acuerpándose, por así decirlo, con ellos) podía presentar un amplio frente de lucha. Este es, pues, el doble origen del Estado embarnecido y del corporativismo.

Paz muestra, por otro lado, al salinismo como una corriente política que, en lo esencial, es fruto de necesidades internas y que posee antecedentes históricos visibles. No se puede desdeñar, efectivamente, la presencia de la ideología liberal y neoliberal en el país —hay partidos como el PAN, por ejemplo, que se han definido en términos generales en esa orientación—; pero estoy totalmente convencido, y creo que es el punto de vista de la mayor parte de los mexicanos, de que el salinismo y su concepción del Estado «justo» responde más a lo externo que a lo interno, más a la política del FMI y de la banca mundial que a los intereses de la sociedad civil mexicana. El salinismo es, por consiguiente, un episodio en la política nacional que no sólo se halla arraigado a condiciones exógenas y a los intereses del gran

---

<sup>14</sup> La nacionalización del petróleo, en efecto, creó la posibilidad de que la burguesía nacional pudiera desarrollarse y desarrollar su política, con el bajo precio de los energéticos, etcétera.

capital autóctono asociado a las multinacionales, sino que *carece de pasado* en la Revolución Mexicana. Aunque no quiera Paz, el salinismo es una «modernidad» sin tradición.

La posición de Paz es simétricamente opuesta a la del marxismo doctrinario. Si este último critica al capital, pero no a la burocracia, a Occidente pero no a Oriente, al capitalismo pero no al «socialismo», Paz se opone a la burocracia pero no al capital,<sup>15</sup> a Oriente pero no a Occidente, al «socialismo» pero no al capitalismo. Paz es, por otro lado, de los que creen que la *perestroika* y los acontecimientos de Europa Oriental significan el triunfo definitivo del Estado «justo» sobre el Estado propietario, de la democracia (capitalista) sobre el socialismo. La crítica al Estado propietario en la URSS y en Europa Central y Oriental representa, para él, la universalización del Estado «justo».

Ante este panorama mundial —dice— es incomprensible la obstinación de la izquierda mexicana y de sus intelectuales, aferrados al ídolo del Estado providencia. Tal vez Freud, mejor que Marx, podría explicar esta fascinación por la imagen del padre.

Me voy a permitir, al llegar a este punto, abrir un paréntesis. En el texto *El rey va desnudo*<sup>16</sup> sostuve la siguiente tesis: el régimen existente en la URSS no es ni socialista ni capitalista. No es socialista porque en él, entre otras cosas, no existe ni ha existido nunca la libre asociación de los productores, la socialización de los medios *materiales* de la producción y la política cultural encaminada a colectivizar

---

<sup>15</sup> «No sé —dice— si la idea de Marx sea realizable»...

<sup>16</sup> Enrique González Rojo, *El rey va desnudo. Los ensayos políticos de Octavio Paz*, Editorial Posada, 1989.

los conocimientos, la experiencia y la información monopolizada por los intelectuales. No es capitalista porque la propiedad privada ha desaparecido, dando lugar a la estatización de los medios materiales de la producción, la sustitución de la economía de mercado por la planificación burocrática, etcétera. A Paz le asiste totalmente la razón cuando dice: «creo que entre el verdadero socialismo y el Estado propietario hay un abismo». El régimen «soviético» no es, en efecto, *socialista* porque ostenta un Estado propietario separado de los trabajadores, un Estado que no es la expresión de la libre asociación de ellos. No es asimismo, *capitalista* porque, a diferencia del capitalismo, donde puede haber un Estado propietario relativo, en la URSS se implantó un Estado propietario absoluto. En *El rey va desnudo* (libro redactado en len 7) interpreté a la *perestroika* — interpretación que sigo manteniendo— como el intento de modernizar y democratizar este nuevo modo de producción, que no es, como piensan algunos, un *régimen de transición* del capitalismo al socialismo sino un *régimen intermedio* entre ambos sistemas. El libro de marras fue escrito, como dije, con anterioridad a los acontecimientos que han estallado en la URSS y en Europa Oriental y Central en los dos últimos años. Hoy en día, y en presencia de lo ocurrido, querría señalar lo siguiente:

a) en contra del marxismo burocrático y oficialista que hablaba de la igualdad entre los países socialistas (tanto en el Pacto de Varsovia como en el CAME), la historia mostró dos cosas: primera, que cuando hubo movimientos de renovación, reforma y democratización en los países de Europa Central y Oriental (Alemania, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, etcétera) mientras que en la URSS predominó la rigidez estalinista y neoestalinista, *la periferia no pudo emanciparse de la tutela imperial del centro*. Los impedimentos fueron de

todo tipo: diplomáticos, políticos, económicos y militares.<sup>17</sup> Segunda, que cuando la liberalización tuvo lugar en el centro del «sistema de países socialistas», los países periféricos, antes sojuzgados, *pudieron emprender el camino de la reforma, del cambio, de la transformación*. Estos dos hechos nos hablan no sólo de que, entre los países llamados socialistas, había un centro y una periferia<sup>18</sup>, sino que el centro encarnaba, en sus relaciones con la periferia, una suerte de imperialismo de nuevo tipo.

b) El viento de la renovación no ha tenido ni podrá tener iguales resultados en todas partes. En los países en los que la revolución «socialista» se engendró dentro de los marcos nacionales, como en la URSS, pero también en Yugoslavia, el cambio asume ciertas modalidades mientras que en las naciones en las que el «régimen socialista» fue exportado por el Ejército Rojo, muestra formas diversas y hasta contrapuestas a las precedentes. El viento de la renovación parece conducir, en la URSS y en otros países donde hubo una revolución social, a un fin nítido y determinado: a democratizar el sistema. Su finalidad no parece ser ni volver al capitalismo ni saltar al socialismo, sino democratizar ese régimen intermedio —donde juega un papel tan importante la intelectualidad tecnoburocrática— que no

---

<sup>17</sup> Recuérdese, incluso, la tesis de Brejnev de la «soberanía limitada» de los países socialistas.

<sup>18</sup> Lo cual nos puede dar pie para elaborar una teoría de la dependencia «socialista». Milovan Djilas recientemente ha dicho en una entrevista *en Excelsior*: «La Unión Soviética entró en crisis, comenzó a efectuar reformas internas, con lo cual debilitó su control en Europa del Este. Los países de Europa del Este, todos menos Yugoslavia, esperaban con ansia tal momento para comenzar a separarse de la Unión Soviética. Este fue un sistema único y en cuanto el centro comenzó a debilitarse, comenzaron los cambios en la periferia» (Excelsior, 29 de abril de 1990).

es ya capitalista poro que *no tiende* al socialismo. Por otro lado, el huracán del cambio parece llevar, en los países en que la presencia del ejército soviético, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, fue el factor determinante de su conversión en *democracias populares*, no a democratizar el régimen, ni a saltar hacia una organización social y económica socialista sino a volver al capitalismo y a la democracia burguesa. Es impresionante advertir cómo en algunos de estos países, al conocer las preferencias electorales mostradas por el pueblo, sé diría que nos hallarnos nuevamente en el periodo entre las dos guerras mundiales. Los comunistas y los socialistas. han pasado, en algunos lugares, al tercero y cuarto lugar, en tanto que la derecha, el centro, los liberales, etcétera, han sido -electos para la mayor parte de los escaños. ¿A qué atribuir tal cosa? Creo que ello se debe a que el «socialismo» no fue una opción popular. Fue algo impuesto. Aún más. Esta imposición y el rigidísimo y dogmatismo burocráticos que implicaban, se hicieron tan odiosos para el pueblo, que éste ya no quiere oír ni saber nada de marxismo, de leninismo, de socialismo, de lucha de clases o de sociedad desenajada. La burocracia «socialista» logró algo que el capitalismo y sus ideólogos nunca pudieron conseguir: *el odio masivo por las ideas cobijadas bajo los nombres de comunismo, marxismo, etcétera.*

c) El huracán de las transformaciones está cambiando el perfil de la Unión Soviética. No sabemos, sin embargo, cuál será a corto y a mediano plazo el con tenido y la orientación del cambio. Mi opinión es, como dije, que todo parece indicar que el proceso tiende a lo que he llamado *la democratización del régimen tecnoburocrático existente en la URSS*. Pero creo que esta finalidad de la *perestroika*, indudablemente progresista, puede ser desvirtuada y aun destruida por la acción y triunfo de alguna de las tendencias políticas enemigas predominantes: la de la burocracia tradicional (que sueña con

volver a la fase despótica del «socialismo») y la de quienes, cobijándose bajo la bandera de la *perestroika*, desean que la URSS recorra un camino semejante al de Europa Oriental y Central, es decir, que se «reestructure» no sólo conforme a la democracia burguesa, sino al capitalismo. Tengo la impresión de que la burocracia de viejo cuño ha perdido ya la batalla. Pienso que el neoestalinismo se halla en minoría y aislado. No pienso lo mismo, sin embargo, de quienes luchan (por ahora de manera más o menos emboscada) contra el régimen «socialista» y a favor de una reimplantación del capitalismo (con su economía de mercado, su reintroducción de la propiedad privada —o individual, como dicen eufemístamente), etcétera. La lucha esencial en la URSS, en éste momento, se lleva a cabo, a mi modo de ver las cosas, *entre los reformadores «socialistas» y los reformadores burgueses.*

d) Aunque soy de la opinión, como ya lo dije, de que los cambios en la URSS tienden a la democratización del régimen, cabe la posibilidad de una involución capitalista de ese país. Si así fuera, si la nación que llevó a cabo la primera y más importante revolución anticapitalista del siglo tornara, en y por el ejercicio de la democracia, al sistema capitalista ¿a qué deberíamos atribuir tal regresión? Mi respuesta es clara: la responsabilidad de que los pueblos que han vivido en el «socialismo» quieran restaurar el capitalismo recae en la dictadura de la burocracia. La burocracia mendaz y manipuladora, la burocracia que ejerce su dictadura sobre el pueblo en nombre del proletariado y del socialismo, hace que una parte de la ciudadanía sueñe con ir adelante: hacia el socialismo o, por lo menos, hacia la democratización del régimen intermedio. Pero hace que otra parte de la sociedad civil — incluyendo sectores importantes de la clase obrera— idealice al capitalismo y quiera restaurarlo.

e) No me cabe la menor duda de que el verdadero socialismo saldrá victorioso finalmente y a la larga. Todo lo que ha ocurrido en el mundo, y las desilusiones que en las masas traerá necesariamente aparejado el capitalismo asumido por algunos

países «socialistas», llevará a los pueblos a optar por un sistema que rechace de manera simultánea la organización capitalista y las formas burocráticas y despóticas del régimen intermedio. Será entonces el momento de empezar a construir un socialismo de verdad, basado en la libre asociación de los productores y en la más amplia e irrestricta democracia socialista.

Paz tiene razón, en cierto modo, al criticar a los estatistas y partidarios del Estado propietario<sup>19</sup>. También la posee cuando ataca «la obstinación de la izquierda mexicana y de sus intelectuales aferrados al ídolo del Estado providencia». Pero no sólo el Estado propietario es enemigo de los pueblos. También lo es el Estado «justo». Los pueblos tienen frente a sí a dos enemigos implacables: el *ogro filantrópico* del Estado embarnecido y el *vestigio bonachón*, para darle algún nombre, del Estado neoliberal. Paz habla de un enemigo y no ve al otro. Se suma a las huestes del *vestigio bonachón* para combatir al *ogro filantrópico*. Por eso es un ideólogo puesto al servicio de uno de los enemigos fundamentales del pueblo.

La búsqueda, emprendida por Paz, de una tradición de la modernidad salinista resultó, a decir verdad, un verdadero fiasco. La idea de que la concepción del Estado justo es la más antigua y permanente dentro del proceso de la Revolución Mexicana no la pudo ni mostrar ni demostrar. La búsqueda, en cambio, de la tradición del Estado propietario en la historia de México en general parece ofrecer mejores resultados. Paz hace notar, -en efecto, que el Estado propietario nace en Nueva España y es un trasplante de la Península.

El Estado —aclara nuestro ensayista— es la casa real y el patrimonio de esa casa es la tierra con sus súbditos y sus riquezas. El patrimonialismo<sup>20</sup> ha desaparecido en España; sigue vivo en

---

<sup>19</sup> Aunque no deben olvidarse, al hacer dicha crítica, las exigencias y determinaciones históricas que llevaron a la instalación de dicho Estado.

<sup>20</sup> Paz recoge de Weber las ideas del Estado patrimonialista. Weber dice, por ejemplo: «hablamos de una organización *estatal-patrimonial* cuando el soberano organiza en

México.

Salinas, según Paz, es antipatrimonialista. Pero Paz toma en cuenta sólo la pareja *Estado propietario o patrimonialista/Estado «justo» o no patrimonialista*, y no advierte o no quiere advertir que hay otra pareja: *Estado activo o interventor/Estado pasivo o no interventor*. El Estado «justo» o no patrimonialista no es un Estado pasivo o no interventor. El Estado salinista es, sí, un Estado «justo» y no patrimonialista; pero es un Estado activo e interventor: interviene con una política acorde a las transnacionales y al gran capital, estatuye el PECA el tope salarial, la austeridad económica, la defraudación electoral: es un Estado, un *vestigio bonachón*, que se adelgaza en lo económico pero que engorda en lo político. El Estado de Salinas es, convengo en ello *antipatrimonialista en sentido económico* porque está trasladando el patrimonio estatal y popular a la IP y las transnacionales, pero no es, si queremos definir correctamente su esencia, *antipatrimonialista en sentido político* porque es un Estado que conserva a su *trípode corporativo* (CTM, CNC, CNOP) y al *partido de Estado*, o sea que sigue siendo una «casa» real que regentea a sus súbditos. El patrimonialismo —puntualiza Paz— fue positivista con Porfirio Díaz, socialista con Cárdenas, tercermundista con Echeverría; pero no ha cambiado de identidad profunda. Nuevamente aquí, como puede verse, echa mano Paz del *analogismo*. Por lo visto se siente como pez en el agua en el mundo de los símiles, los parecidos y las comparaciones. Alguien decía que la metáfora es el «niño dios» de los poetas. Paz no niega la cruz de su parroquia. Pero si la analogía es, entre otros muchos elementos, pieza esencial del quehacer poético, extrapolada a la interpretación histórica, deforma la visión del proceso y puede hacer que a nuestro poeta, devenido en historiador, lo crucifique en la cruz de su parroquia. El Estado patrimonialista nace en España, es transportada por las

---

forma análoga a su poder doméstico el poder político..., (*Economía Sociedad*, T. u, ICE, México, 1977 p. 759.)

naves peninsulares a la Nueva España, resurge con Porfirio Díaz, renace con Cárdenas, vuelve a aparecer con Echeverría y amenaza con reaparecer por obra y gracia de... Cuauhtémoc. Este es el planteamiento de Paz. El autor de *Tiempo nublado* cree hallar una nota —el carácter propietario del Estado— .en los más diversos momentos de la historia. Lo destaca, se entusiasma con él. Pero oculta, como dije, las diferencias, la conformación» clasista real, la coyuntura histórica de cada etapa. Es, si se me permite decirlo así, un historiador que emplea un procedimiento histórico. Caracteriza al Estado por *uno* de sus elementos y no por la naturaleza, el carácter, la composición y las funciones del Estado en cada fase particular de la historia. Ve al Estado, además, por el lado de la superestructura y no a partir de su condicionamiento y determinación materiales.

Paz anota a continuación que al patrimonialismo se le deben muchas cosas, abominables las unas y admirables las otras. Al patrimonialismo le debemos, por ejemplo, «esa mezcla de espíritu justiciero, demagogia e ineficacia que hoy llamamos populismo». Estoy de acuerdo con esta apreciación pacista. Pero me gustaría añadir —cosa que Paz no hace— que el populismo mexicano no sólo aparece en íntima vinculación con el Estado propietario y patrimonialista sino también con el Estado «justo» y neoliberal<sup>21</sup>. Hay, sin embargo, una diferencia: mientras él populismo es la *política oficial* del Estado propietario, el mismo populismo es una *política oficiosa* del Estado justo». En el primer caso, es la política franca, abierta y definitiva del régimen. En el segundo caso es la política «formal» o vergonzante del Estado: algo qué se hace, se sigue

---

<sup>21</sup> Luís Javier Garrido, en su artículo «El ruido y el silencio» ha escrito con toda justicia. En la forma, la acción oficial actual es tan desafortunada porque se articula, aún más que con De la Madrid, en un populismo pseudonacionalista... Y más adelante: los salinistas no han tenido el valor de decir cuál es su verdadero programa y se refugian en el discurso populista-nacionalista del pasado» (*La Jornada*, 27 de abril de 1990).

haciendo, pero sin decir que se hace. Acciones y actitudes frecuentes de Salinas de Gortari, Camacho Solís y varios gobernadores evidencian este populismo que calla su nombre. Es cierto que, al interior del partido oficial, los renovadores (los «renos») se manifiestan contra el populismo. Pero los dinosaurios (los «dinos») se pronuncian abiertamente a su favor. En resumidas cuentas: el régimen salinista desecha —en nombre de la modernidad— el populismo como su política central y más visible; pero sigue actuando en diversos planos de modo populista. En la realidad política, se trata de un maridaje entre lo nuevo y lo viejo, de la mezcla de los jóvenes políticos con los antidiluvianos. Se trata de una modernidad comprometida con las más añejas, nefastas y antipopulares prácticas políticas. Nada más patético, dijo recientemente Carlos Monsiváis (en *La Jornada*, 25 de marzo de 1990, que «un priísta intentando definir lo moderno, la modernización y la modernidad».

## **IV. LOS PARTIDOS POLITICOS EN LA REALIDAD ACTUAL DEL PAÍS**

### **1. EL PRI**

Paz, viejo crítico del partido oficial, se ha pronunciado en diversas ocasiones en el sentido de que, en México, como parte de un amplio proceso de democratización, debe existir un sistema de partidos. La presencia de un partido omnipotente, todopoderoso y ubicuo, y además vinculado esencialmente al gobierno, le ha parecido inconveniente y desacertado. Me parece, sin embargo, que Paz imaginaba este sistema de partidos

bajo el modelo de un bipartidismo (como el norteamericano) en que los partidos contendientes fueran el PRI y el PAN, y no (como Reyes Heróles y otros) en el sentido de un abanico de organizaciones políticas que comprendiera además de los partidos tradicionales, un vigoroso partido ubicado a la izquierda. Tengo la impresión de que la emergencia del PRO le ha producido sorpresa, inquietud y desagrado. Esta es la razón por la cual mientras le dedica al PRI y al PAN poco espacio en su *Pequeña crónica*, examina críticamente con cierta minuciosidad el nuevo partido surgido tras el llamamiento de Cuauhtémoc Cárdenas en el zócalo de la ciudad de México en noviembre de 1988.

Los puntos de vista críticos de Paz sobre el PRI, una vez manifestada su adhesión al salinismo, operan en realidad como consejos, sugerencias y propuestas. Respecto al mi –escribe– «me limitaré a reiterar que sin una reforma democrática, la de la economía será imposible». «La reforma económica salinista está bien», parece decirnos nuestro poeta. «Pero no podrá realizarse si no se democratiza el país». Paz le recomienda, pues, al salinismo llevar a cabo una reforma política que tenga como su pivote esencial la democratización. Al parecer, Paz tiene fe en que el salinismo puede hacer esto. Si nuestro ensayista fuera más objetivo tendría que razonar de este modo: cómo no hay la posibilidad, por parte del salinismo, por sus intereses creados y su concepción política de promover una reforma democrática a fondo (sino sólo «reformas» para continuar en la línea de la antidemocracia) en consecuencia las pretendidas reformas económicas son imposibles... Paz no puede, sin embargo, formular las cosas de esta manera. Su adhesión, su fideísmo a los renovadores tecnocráticos le impide orientarse en tal sentido. Ve, pese a todo, defectos y carencias, imperfecciones y situaciones lamentables. Se vuelve entonces un consejero. Es preciso cambiar esto. Modificar esto otro. Luchar en pro de ir, como decía Unamuno, contra esto y aquello.

A Paz no le cabe la menor duda de que para que la reforma política (que él recomienda al salinismo) sea viable, se requiere como

condición fundamental la radical transformación del PRI. Paz se torna, de este modo, en consejero del partido oficial. Cuando veo al monarca de la cultura nacional brindándole consejos al partido de Salinas de Gortari, además de condolerme, como compatriota, por lo lamentable que resulta el espectáculo de un rey convertido en cortesano, me pregunto: ¿dónde quedó el Paz crítico, el intelectual celoso de su independencia, el artista sin compromisos con los poderosos? Hay una diferencia clara entre la *denuncia* y el *consejo*. El trasfondo de ambas actitudes es la *crítica*, la reflexión sobre el carácter, la naturaleza y el funcionamiento del objeto o la realidad social que se considera. La crítica vinculada a la denuncia se distingue de la crítica enlazada al consejo. Mientras la primera es revolucionaria, la segunda es reformista o, parafraseando a Ortega y Gasset, mientras la primera busca cambiar los *usos*, la segunda se empeña en modificar los *abusos*. La crítica denunciadora es un arma de los de abajo. La crítica del consejero es un arma de los de arriba. La primera es una crítica radical, la segunda es una crítica del detalle y la descompostura. Paz ha sido siempre un crítico del partido oficial. Pero si antes —pienso en sus escritos inmediatamente posteriores al 68— era un crítico denunciador, ahora es un crítico reformista. El cortesano, si escritor, se vuelve consejero.

La crítica al partido oficial, en *Posdata*, tenía el siguiente tono:

el partido mexicano —escribía Paz— no conoce la democracia interna y está dominado por un grupo de jerarcas que, a su vez, prestan obediencia ciega al presidente en turno.<sup>22</sup>

Según Paz, el PRI, por otro lado, se hallaba, durante el régimen de Díaz Ordaz, divorciado completamente del pueblo de México.

La sordera del PRI —denunciaba nuestro poeta— aumenta en

---

<sup>22</sup> Octavio Paz, *Posdata*, Op. cit., p. 51.

proporción directa al aumento del clamor popular.<sup>23</sup>

Esta misma idea, pero en un contexto diferente, es expresada del siguiente modo: muchos

han especulado siempre con la posibilidad de que el gobierno, valiéndose precisamente de la fuerza del PRI y de los sectores populares que domina, se enfrente algún día a la iniciativa privada. Me parece que el 2 de octubre disipó esas esperanzas... Para enfrentarse a los banqueros y financieros, el PRI necesitaría primero recobrar su ascendencia entre las clases populares y para ello debería transformarse y democratizarse, algo que no puede ni quiere hacer.<sup>24</sup>

Paz llega incluso a escribir:

Las virtudes y los defectos del PRI son obvios. Entre las primeras sobresale su independencia del poder militar... ¿Conservará esa independencia en el futuro? Lo dudo muchísimo: a medida que la crisis política se encone, el PRI dependerá más y más de la fuerza física de las armas.<sup>25</sup>

El hecho de que el partido oficial esté formado por un grupo de jerarcas que prestan una obediencia ciega al presidente en turno,

ha sido —puntualizaba el Paz de entonces— particularmente infortunado porque la diversidad de corrientes y opiniones dentro del Partido... hubiera permitido intentar un experimento que, además de vitalizar y regenerar el régimen, habría ofrecido una solución a la crisis que desde hace más de diez años vive el país: iniciar la reforma democrática en el PRI mismo<sup>26</sup>.

---

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 51

<sup>24</sup> *Ibid.*, D. 68.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 56.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 52.

Ya en estas palabras, se advierte con claridad cómo Paz pone en la picota de su enjuiciamiento crítico la ausencia de democracia en el PRI, su divorcio de los intereses populares y su tendencia, incluso, a depender cada vez más de la fuerza de las armas, muestra además su convicción de que sólo la presencia democratizadora de corrientes de opinión al interior del PRI hubiera podido regenerar y vitalizar a este instituto político. Pero el Paz de 1968-69 no se conforma con criticar severamente al partido oficial, sino que lleva a cabo una denuncia global del sistema de gobierno mexicano. La primera crítica que endereza contra este último es una *crítica de origen*, es decir, un enjuiciamiento de su génesis. Paz, dice, en efecto:

Frente a la pesadilla de la dictadura personal..., los jefes revolucionarios idearon un régimen de dictadura institucional e impersonal.<sup>27</sup>

Paz critica a continuación no sólo al poder ejecutivo y a la «religiosa reverencia que inspiran los atributos impersonales del presidente a los mexicanos», sino también a los otros poderes. Afirma, por ejemplo:

el Senado y la Cámara de diputados han sido y son dos cuerpos parlanchines y aduladores que jamás han ejercitado crítica alguna; el Poder Judicial es mudo e impotente<sup>28</sup>.

Paz lleva a cabo en realidad una crítica económica, política' y social del régimen diazordacista. Muestra, verbigracia, que

son indispensables tanto una política de reformas sociales como el restablecimiento de las libertades sindicales.<sup>29</sup>

---

<sup>27</sup> Ibid, p. 52.

<sup>28</sup> Ibid., p. 55.

<sup>29</sup> Ibid., p. 72.

Paz comprende, en fin, que el sistema de gobierno mexicano y su desarrollo económico deben ser reformados; pero tiene buen cuidado de señalar que

cualquier enmienda o transformación que se intente exige, ante todo y como condición previa, la reforma democrática del régimen.<sup>30</sup>

Veinte años después, en la *Pequeña crónica*, retorna su crítica al partido oficial. Asienta, como ya vimos, que sin una reforma democrática la reforma económica (que preconiza el régimen) será imposible. Pero —añade— «para que sea viable la reforma política se requiere como condición indispensable la radical transformación del PRI». Adviértase, entonces, que Paz recomienda aunar a la *reforma económica* salinista una *reforma democrática* e iniciar ésta con la *transformación del partido oficial*. ¿Cómo ve la transformación del PR! y qué propuestas presenta al respecto? Dice:

Ante todo hay que introducir la democracia en ese partido. La mayoría no sólo debe decir la última palabra en cuestiones importantes sino que no debe ser manipulada o, menos aún, fabricada artificialmente como ocurre a menudo.

Estas son las sugerencias, recomendaciones o consejos que Octavio Paz ofrece *al* partido de Salinas y Luís Donaldo Colosio. Pero le preocupa otro punto:

No menos urgente que la reforma democrática en el interior del partido, es el cambio de su relación con el gobierno... La democracia plena sólo será posible si el vínculo entre el gobierno y el partido se invierte; quiero decir: cuando el PRI deje

---

<sup>30</sup> Ibid., p. 74.

de ser el partido *del* poder y se convierta en un partido *en* el poder. Claro, un poder conquistado en las urnas.

El dicho popular asienta que no es igual *Los tres mosqueteros* que *Veinte años después*. No es lo mismo, en el caso de Paz, la actitud crítica antigubernista y denunciadora del 69 que la posición aduladora y consejera del 89-90. Independientemente de las objeciones que pudiéramos hacer a los planteamientos que Paz dirige en *Posdata* contra el sistema político mexicano y el partido oficial (por ejemplo hacer un análisis del Estado al margen de su carácter de clase, etcétera) salta a la vista su posición contestataria, resuelta, valiente. En esta época Paz no se anda con medias tintas. No critica la ausencia de democracia política pero avala la política económica oficial, no critica el partido gubernamental pero elogia la gestión y los proyectos del Ejecutivo, no critica la relación del partido y el poder pero se entusiasma con la tesis «moderna» (en realidad arcaica) del Estado «justo», etcétera, sino que su enjuiciamiento crítico, que vale en realidad como una denuncia, muestra, en todos sus aspectos, sin andarse por las ramas ni hacer concesiones a los remilgos y las cautelas, al carácter antidemocrático, antipopular que globalmente presentaba el gobierno represor del movimiento democrático-estudiantil del 68. Es de subrayarse, incluso, que Paz visualiza en 69 la forma concreta en que la situación política nacional podía modificarse en sentido positivo. Paz habla, en efecto, de la posibilidad y conveniencia de «iniciar la reforma democrática en el PRI mismo». Dice a continuación: «Es lo que esperábamos muchos y lo que se propuso hacer; recientemente, Carlos Madrazo». Paz aguardaba, pues, un cambio de renovación y modernidad en el PRI. Sin este cambio, las cosas continuarían en el orden y en el sentido del nefasto *status* tradicional. Madrazo, sin embargo, no pudo llevar a cabo su intento. «El fracaso de su tentativa —se conduce Paz— es un signo de que ese remedio es ya tardío.»

Paz veía correctamente en aquel entonces que un cambio positivo en la situación política nacional debía comprender, entre otros elementos, el surgimiento de una corriente renovadora y democrática en el PRI que lograra una transformación radical de esta agrupación. Sin embargo, cuando, desde 1987, o aun antes, se empieza a perfilar una nueva oposición partidaria en el PRI —la Corriente Democrática— Paz ya no pudo o no quiso comprender lo que se hallaba en juego y las implicaciones sociopolíticas del resquebrajamiento del partido oficial. Paz se ha ido comprometiendo cada vez más con los regímenes tecnocráticos —aunque, a decir verdad, tampoco se distinguió por ser un escritor verdadera y auténticamente independiente respecto a los regímenes populistas anteriores— hasta devenir en algo así como el ideólogo del salinismo. Esta misma evolución, y en íntima vinculación con ella, se ha dado en su posición frente a los medios masivos de comunicación en general y la Tv en particular. En *Posdata* decía Paz:

la radio y la televisión están en manos de dos o tres familias más interesadas en ganar dinero, anestesiando al público con sus programas, que en analizar con honradez y objetividad los problemas del país.<sup>31</sup>

En la actualidad, nuestro poeta vive y goza tal luna de miel con Televisa —la empresa más enajenada y enajenante de la Tv en el país—, que ha arrojado deliberadamente en el olvido toda aquella posición crítica y denunciadora, tanto de los intereses que privan en este rubro de la comunicación, como de sus características formas ideológicas de anestesiarse y manipular al público. Es claro que el nexo entre Televisa y el salinismo nos puede explicar la vinculación entre Televisa y Octavio Paz. Pero ambas evoluciones —la de sus opiniones sobre el Estado y la de sus opiniones sobre la i — nos muestran lo que me atrevo a llamar, sin pelos en la pluma ni reticencias en la tinta, el proceso de

---

<sup>31</sup> Ibid., p. 55.

degeneración política y moral del monarca de la cultura mexicana.

Sin insistir en las razones personales que lo pudieran conducir a ello, me gustaría hacer hincapié en que Paz, el mismo Paz que levantó su dedo acusador contra el sistema político hace veinte años, ha devenido *consejero* del régimen salinista por dos razones principales: por su adhesión entusiasta y acrítica al idearium y a las promesas de Salinas de Gortari y por sus reticencias e incomprensiones respecto a Cuauhtémoc Cárdenas y el PRD. Antes, sin embargo, de abordar este punto, veamos qué nos dice Paz sobre el otro partido importante en la política nacional: el PAN.

## 2. EL PAN

Paz opina que en tanto el PRI, con Salinas, ha logrado un sano equilibrio entre lo antiguo y lo moderno, los partidos de oposición (el PAN y el PRD) están tironeados entre la modernidad y la tradición. El PAN, por ejemplo, víctima de su afán de modernización, se ha alejado de sus orígenes: el tradicionalismo de sus fundadores. Paz querría una topografía política que respondiera a las opciones políticas para él fundamentales: un partido conservador (el PAN) y un partido liberal, moderno y democrático (el PRD). En su anhelo de una realidad política mexicana bipartidista, querría que el PAN se fortaleciera ideológica, política y organizativamente para convertirse en el opositor principal del partido oficial.

Para transformarse en un gran partido nacional —sentencia Paz—, debe penetrar más hondamente en el centro y el sur del país. Y para esto debe recobrar su herencia, su linaje histórico: el Partido Conservador.

A Paz le preocupa, me parece, el hecho de que en su acelerada

modernización (en la emergencia, pugna y consolidación del neopanismo) el PAN se aproxime de tal modo al PRI (por ejemplo en su programa económico) que, confundiéndose con él, confunda a los electores. Paz no se conforma, como puede verse, con discutir la panorámica de la política nacional. No se limita a mostrar y definir qué partidos aparecen en el coliseo de la vida electoral de México, sino que quiere ser el consejero de todo y de todos: este partido debe ser esto y desarrollarse de esta manera, este otro debe ser esto distinto y desempeñar este papel especial, etcétera. Pero en esta hipotética y utópica distribución de tareas (en que el monarca de las letras mexicanas da un salto desde su humilde puesto de consejero áulico al de consejero universal) sale a flote lo que Paz desea: un régimen democrático-burgués, depredador y entreguista que, con la hegemonía del «neocallismo» de Salinas de Gortari, mantenga los equilibrios y garantice la estabilidad de la sociedad mexicana. Paz no se mide. En su afán de recomendarle al PAN que se reubique en el ámbito de la política nacional como Partido Conservador, apunta:

Ya es hora de reconocerlo: ese calumniado partido dio a México personalidades no menos notables que las del Partido Liberal. El PAN, sin perder su modernidad, puede ser la voz de esa tradición y así convertirse en un verdadero *interlocutor nacional*. Necesitamos esa voz. Fue una desventura histórica que la suerte de las armas y el trágico equívoco del Imperio le hayan acallado por tanto tiempo. Recobrarle será recobrar una parte oculta, pero no muerta, de nuestra historia.

Siento que estas palabras, destinadas a asustar a los liberales, merecen algunos comentarios: 1) En lugar de estudiar lo que es actualmente el PAN y analizar, a partir precisamente de esto, cuál va a ser probablemente su actuación futura, Paz se entretiene en examinar lo que, a su parecer, debería de ser este partido. Sustituye, por consiguiente, la realidad por el deseo. 2)

Las razones por las que, según Paz, el PAN debe reasumir el papel de los conservadores resultan, por otro lado, totalmente dudosas. Cuando dice, por ejemplo, que el PAN debe asumir una posición conservadora, heredera de los conservadores decimonónicos (ya que el calumniado partido» de estos últimos «dio a México personalidades no menos notables que las del Partido Liberal»), pienso que el problema y la realidad de un partido no puede ser identificado o confundido con el de sus personalidades. Puede ser, en efecto, que Lucas Alamán o Miguel Miramón, para mencionar dos destacados conservadores, sean personalidades tan «notables» como Gómez Farías o el Dr. Mora. Pero el problema fundamental de un partido no son sus personalidades (y su prestigio intelectual o moral) sino su orientación política, sus propuestas, su práctica, en una palabra, el papel jugado por él en la historia del país. No se le puede recomendar a un partido (como el PAN) que reasuma el papel de Partido Conservador del pasado siglo porque en él existían personalidades distinguidas, y silenciar o inhibir la política de ese Partido. El Partido Conservador fue el partido de los privilegios, del fuero eclesiástico, de la intervención extranjera, entre otras cosas. Valiente consejo le está dando Octavio Paz, entonces, a los panistas. 3) Paz cree que el PAN debe redefinirse como un Partido Conservador en virtud de que, en el espectro de las propuestas partidarias, «necesitamos esa voz». Pero el PAN tiene su propia dinámica, su particular correlación de fuerzas internas, su historia grupal específica, y nada de ello tiene que ver con los señalamientos o las sugerencias del gran consejero. Esta recomendación tiene, sin embargo, un trasfondo, un dispositivo tácito que conviene sacar a flote. Paz aconseja a los panistas ser conservadores, a mí entender, porque en la actualidad la aproximación entre el PAN y el PRI es tal en algunos aspectos relevantes (por ejemplo en el programa económico), que con dificultades pueden advertirse las diferencias entre un partido y otro. A la pregunta ¿cuál es, de estos dos partidos, el que está

más a la derecha?, se podía responder hasta hace relativamente poco con toda certidumbre. El PAN era ese partido. No cabía la menor duda. Pero hoy, ante la misma pregunta, la respuesta puede ser incierta o puede inclinarse, como creo que debe ser, a la afirmación de que el PRI se ha desplazado hasta ubicarse a la derecha del PAN.<sup>32</sup> Sea como sea, la aproximación del PAN y el PRI resulta para algunos, entre los que se halla Octavio Paz, un verdadero problema. Con esta aproximación, la *localización ideal* que nuestro poeta querría para el PRI (un centro moderno ubicado entre una derecha sensata y una izquierda ecléctica y amorfa) queda cuestionada por los hechos. Paz pretende, entonces, no sólo inventarle un pasado al PRI salinista, sino construirle un *lugar* en el presente. El justo medio aristotélico es su paradigma. Y, dada la existencia de una izquierda que *no se confunde* con el partido oficial, el lugar de éste —o sea el centro— tiene que ser conquistado o reconquistado con el *alejamiento* del PAN respecto al PRI *hacia* la derecha. En este sentido va, por consiguiente, la recomendación de Paz de que en el PAN «sin perder su modernidad», se materialice el fantasma del conservadurismo decimonónico. 4) Nuestro ensayista entrevé, sin duda, que su recomendación al PAN de una redefinición conservadora de su espacio político, es una píldora difícil de deglutir. Por eso hace acompañar a su medicina» de un *instructivo* conceptual que implica dos cosas: antes que nada, pretende que los panistas lo acompañen en su queja-certidumbre de que la voz del conservadurismo, acallada durante tanto tiempo (por la fuerza de las armas y el «trágico equívoco del Imperio»), sea resucitada en y por la agrupación partidaria blanquiazul, y además

---

<sup>32</sup> Tras la iniciativa presidencial de la reprivatización de la banca, «el PAN nos ha colocado a su derecha», lamentó un priísta. «No puede ser que nosotros estemos por regresar la banca incondicionalmente y un grupo de derecha tradicional, el PAN, por *poner* frenos a las prácticas voraces de la oligarquía» (*La Jornada*, II de mayo de 1990).

desea hacer participar también al PAN en su convicción de que recuperar esa voz sería «recobrar una parte oculta, pero no muerta, de nuestra historia». Por lo visto, un gran poeta puede entrar en oscuras negociaciones con los delirios y los dislates. Hablar, pongamos el caso, del «trágico equívoco del Imperio» es, por lo menos, un eufemismo. Se puede argüir, para explicar esta equivocidad, que el liberal Maximiliano se asoció a los conservadores, etcétera. Pero eso no es lo esencial, lo significativo, lo inolvidable. Lo fundamental es que una parte de la sociedad mexicana — los conservadores de entonces: los Almonte, los Gutiérrez de Estrada, etcétera— abrieron la puerta al invasor extranjero y pisotearon los intereses y sentimientos de la nación. Esta fase de la historia de México, junto con el puñado de sus protagonistas desarraigados y traidores, no debe ser nunca, en ningún caso ni en ningún momento, «recobrada». Paz se «vuela la barda», por así decirlo, y se ubica, al hacer su recomendación, en las lindes del extremismo reaccionario. Ni siquiera el salinismo entreguista podría ver con buenos ojos un consejo semejante.

Paz, en sus reflexiones sobre el PAN, hace alusión, entonces, a lo que este partido debería de ser, según sus apreciaciones personales. Habría sido más fecundo, más interesante y de mayor provecho que hubiera intentado comprender qué es o qué ha terminado por ser el PAN existente en nuestros días. En el entendido de que el PAN presente difiere en buena medida del de la época de Gómez Morin, habría sido muy importante esclarecer, por ejemplo, su carácter de clase actual: No basta decir, verbigracia, que es un partido burgués, sino que conviene subrayar a qué estrato de la burguesía sirve preferentemente su definición ideológica y su acción política. Los partidos burgueses, por lo general, no sólo defienden, en un nivel determinado, los intereses globales de la clase burguesa (la propiedad privada de los medios de producción y todas las implicaciones que ella acarrea) sino, en otro nivel, los intereses de tal o cual capa, de tal o cual sector de la burguesía (la burguesía no monopólica, la monopólica, etcétera). Tengo la impresión, cada día más reafirmada por los hechos, de

que si el PAN coincide con el PRI en que, en cierto sentido, es un partido burgués (un partido que lejos de pugnar por salirse de los marcos de una sociedad basada en la existencia y reproducción del trabajo asalariado, afirma y reafirma de manera constante y decidida su identificación con este tipo de régimen social), difiere del partido oficial, en otro sentido, porque mientras los intereses que predominan en el partido salinista coinciden sin más con el capital extranjero y las transnacionales, *el PAN ha acabado por hacer suyos, en alguna medida, los intereses de aquella parte de la burguesía nacional que ve con recelo, preocupación y disgusto la ubicuidad económica y política de las multinacionales financieras en nuestro país*. Por eso pienso que el PAN de hoy en día<sup>33</sup>, está a la izquierda del PRI o que es un partido menos conservador que el partido oficial. Me gustaría decir esto mismo de otra manera: el PAN ha arrebatado al PRI, en la teoría y en la práctica su lugar centrista. El PRI no está, como nos lo quieren hacer creer sus ideólogos o el autor de *El laberinto de la soledad*, a la *derecha* del PRD y a la *izquierda* del PAN. El PRI es, entre los partidos más importantes de México, el partido ubicado *más a la derecha de todos*. Lo anterior no significa, quiero aclararlo, que la dirigencia del PAN sea democrática y nacionalista<sup>34</sup>. Nada de ello. Aunque es cierto que el PAN está lejos de ser un partido «paraestatal» como el PFCRN, sí es una agrupación política muy dada a las negociaciones, cabildeos y «transas» propias de la cultura política nacional. Después de haber denunciado, por ejemplo, el fraude electoral en todas partes, se asoció, en la reunión apoyar una «reforma electoral» que, como es sabido,

---

<sup>33</sup> Afirmación que habría que demostrar en un estudio profundo y detallado.

<sup>34</sup> No suscribo, desde luego, esta frase de Paz: los dirigentes del PAN, «con dos o tres excepciones, dan la impresión de ser bisoños en el arte de la política. Por fortuna y por desgracia, la ideología no es su fuerte». Fuerte o no, su ideología, a mi modo de ver las cosas, es clara y congruente con ciertos intereses clasistas. Por otro lado, sus líderes, lejos de ser «bisoños en el arte de la política» me parece que son avezados en ella. No es este el lugar, sin embargo, de discutir tal cosa.

extraordinaria de la Cámara de Diputados del año pasado (el 17 de octubre), con la fracción priísta para dejar en manos del gobierno —quien continuará, así, actuando como juez y parte— la organización y control del proceso electoral en su conjunto. No obstante ello, me parece que en una buena parte de los militantes del PAN predomina un sano sentimiento de democracia y de necesidad de renovación. Por todo ello, soy de la opinión de que la izquierda, el nuevo cardenismo, el PRD debe aliarse y cerrar filas ocasionalmente con el PAN (ante todo con su base) en contra del partido de Salinas y su política reaccionaria y antipopular. Nada de esto, como se comprende, puede ser visto por Paz, por el Paz apresado en las redes de sus fantasías personales y los intereses del salinismo.

### 3. El PRD

La adhesión de Octavio Paz al salinismo se manifiesta tanto en la exaltación del «reformismo» del presidente Salinas, cuanto en el embate, que a veces raya en diatriba y rechinar de dientes, contra el nuevo cardenismo y el PRD. Esta exaltación y este embate son las dos caras de una misma moneda Paz, como el ideólogo que ha hallado finalmente el salinismo, sabe de la necesidad de construir su apología («discreta» e «inteligente») del neoliberalismo autóctono, sobre la base del señalamiento puntual de sus simpatías (con el PRI) y de sus diferencias (con el PRD). Si leemos con detenimiento la *Pequeña crónica* advertimos, sin embargo, que Paz no logra conformar un discurso en el cual se equilibren sus concordancias y sus discordancias, sino que, en su ánimo y en su pluma, ganan la partida las discordancias, de modo tal que la mayor parte de los dos últimos artículos que comentamos son ante todo una crítica, punzante y acerada, contra el PRD.

Paz examina críticamente al PRD desde tres enfoques distintos: descripción del PRD, ideología del PRD y posición

del PRD en la dicotomía de la *tradición* y la *modernidad*.

### *a) Descripción del PRD*

Octavio Paz hace ver que la nueva agrupación está dirigida por antiguos líderes del partido oficial, aliados a otros que provienen del disuelto Partido Comunista y de varios grupos afines. Tiene, pues, un origen doble: una parte proviene de una escisión del PRI y la otra del grueso de los partidos y grupos de la izquierda tradicional mexicana. «El nuevo-partido —se regocija— está amenazado de división por su misma heterogeneidad.» Esto, en lo que a su composición se refiere. En lo que alude a su influencia social, Paz subraya que el PRD cuenta con numerosos partidarios en el D.F. y en las zonas cercanas. Pone el acento, además, en el hecho de que «su clientela se extiende a algunos estados, especialmente a Michoacán, en donde priva el patriotismo provinciano (es la tierra del general Cárdenas)».

Es innegable que el PRD agrupa, y está en posibilidad de seguir haciéndolo, a partidos, organizaciones e individuos de diferente procedencia política. En esto reside uno de los aspectos más positivos y halagüeños de su emergencia. Durante años se les achacó a los partidos y grupos de izquierda su incapacidad para cerrar filas y actuar de modo unificado y coherente. Ahora, cuando se ha trascendido visiblemente esta dificultad, muchos se hallan molestos, inquietos y a la búsqueda de argumentos «principistas» que obstaculicen y bloqueen la unificación. Pero en la agrupación de partidos, organizaciones e individuos de diferente origen político no sólo encarna un aspecto positivo, sino también, y no hay por qué negarlo, un elemento conflictivo y plagado de dificultades. Sin embargo, cuando Paz —y con él toda la prensa reaccionaria del país— afirma, con inocultable deleite, que el nuevo

partido está amenazado de división por su misma heterogeneidad, se deja llevar por una impresión superficial y puramente elitista del problema. Paz no toma en consideración que la causa esencial de la unificación de la Corriente Democrática y la izquierda mexicana no fue un acuerdo copular de dos sectores políticos que, al margen de las condiciones prevalecientes, toman la decisión de integrarse en una nueva organización. Fue un acuerdo, desde luego, entre dos dirigencias; pero un acuerdo condicionado, presionado, exigido por un movimiento social que, cansado de los regímenes populistas y de los neoliberales (¡de unos y de otros!), decidió lanzarse a la lucha democrática y electoral para ponerle un *hasta aquí a* sus enemigos de siempre. Si la razón esencial del compromiso unitario de los dirigentes de la Corriente Democrática y de la izquierda no fue, entonces, una decisión individual y puramente burocrática, sino el resultado de la presión e influencia de la ciudadanía rebelde y descontenta, los motivos que, en las actuales condiciones, animan a los miembros del PRD a hacer frente a los peligros de escisión son del mismo orden y de idéntico carácter: la base del partido y el movimiento social circundante impiden o por lo menos obstaculizan actitudes sectarias o incluso escisionistas que pueden existir en algunos individuos. No me cabe la menor duda de que el PRD, siendo un partido de grupos, debe convertirse en un partido de ciudadanos, siendo un partido heterogéneo, debe transformarse en un partido homogéneo,<sup>35</sup> siendo un partido en proceso de gestación debe transmutarse en un partido plenamente conformado. A mi entender, el Partido debe buscar las formas — ¡las está buscando! - para ir limando asperezas y sentar las bases para que triunfe el espíritu unitario. Para construir la unidad, hay

---

<sup>35</sup> Homogeneidad que no excluye, desde luego el pluralismo.

que reconocer las diferencias.<sup>36</sup> Tomar el toro por los cuernos. Y a partir de allí, trabajar con intensidad —teórica y prácticamente— para lograr la unidad —desde luego no *monolítica*— que deseamos.

Cuando habla Paz de la influencia del PRD «en el D.F. y en las zonas cercanas» me llama la atención algo que puede pasar inadvertido para algunos. Paz subraya que mientras el PAN tiene su esfera de influencia electoral en el norte, el PRD la posee en el centro y zonas aledañas. Paz escribe, respecto al PAN:

Se ha modernizado y así ha perdido en parte los lazos que lo unían a la herencia, enterrada pero viva, del antiguo partido conservador. Por eso ha penetrado más profundamente en el norte que en el centro y el sur, donde las tradiciones son más fuertes.

Esta frase de Paz es completada por otra, altamente significativa, que reproduce con anterioridad. Paz escribe, en efecto: el PAN, «para transformarse en un gran partido nacional, debe penetrar más hondamente en el centro y el sur del país»... Adviértase entonces que Paz, al recomendarle al PAN *no* conformarse con la influencia que posee en el norte, sino penetrar más profundamente en el centro y en el sur de la República, *le está aconsejando desplazar al PRD*. Para Paz, como puede verse, y de acuerdo con su concepción salinista, el enemigo principal es el PRD. Como en el centro y el sur del país el priísmo está muy deteriorado, y haga lo que haga, no podrá reconquistar probablemente la influencia que tuvo en otras épocas, Paz sugiere que el PAN compita con el PRD y lo desplace.

Las preferencias de Paz por el PAN, en contra del PRD, no sólo se muestran en lo anterior. También se evidencian en lo que podríamos llamar la diferenciación entre un *provincianismo positivo* (que exalta Paz, y que asocia con el PAN) y un

---

<sup>36</sup> Y aceptar las posiciones justas —como he dicho varias veces—, vengan de donde vengan.

*provincianismo negativo* (que combate nuestro poeta, y que vincula al PRD). El PAN, apunta Paz,

es un partido auténticamente provinciano porque hunde sus raíces en el norte... En la tradición centralista que ahoga a nuestro país, el provincianismo del PAN es una bocanada de aire fresco.<sup>37</sup>

Paz ataca, por otro lado, el «patriotismo provinciano» que priva, según él, en Michoacán y que capitaliza, por razones obvias, el PRD. Hay un provincianismo, entonces, que es como «una bocanada de aire fresco». Se trata del provincianismo nórdico, capitalista, pro-yanqui. Y hay otro, el michoacano, que es nacionalista, popular, combativo. Las preferencias de Paz están claras. Paz, como buen salinista, ve con cierta simpatía al PAN. Sabe que las contradicciones de este último con el partido oficial son, en lo económico-político, secundarias o, por lo menos, superables mediante la «concertación y las negociaciones». Y - está lejos de ignorar que las contradicciones del PRD tanto con el PRI como con el PAN —con las propuestas económicas de éste— son irreconciliables, como irreconciliables son los intereses contrapuestos de los trabajadores mexicanos de la ciudad y el campo y los del gobierno salinista u otros elementos del gran capital.

### *b) Ideología del PRD*

Octavio Paz maneja dos enfoques diversos sobre la ideología del PRD: por un lado la considera como formalmente constituida pero inaceptable; por otro, como inexistente o todavía no conformada.

---

<sup>37</sup> Paz critica también el provincianismo panista. Pero al decir que es provinciano por el simplismo y el pragmatismo de corte alcance de algunas de sus posiciones y actitudes» hace alusión a ciertas «deficiencias» que él querría, como consejero universal, que desaparecieran, para que el PAN se volviera más eficaz y atractivo.

Primero dice:

Su ideología es una curiosa amalgama: han conservado su estatismo y su populismo pero, al mismo tiempo, han abrazado con entusiasmo los principios del pluralismo y la democracia.

Después arguye:

En cuanto a su ideología: (el PRD) aún no ha presentado un verdadero programa.

Paz enumera algunos «puntos de vista» del PRD; pero termina diciendo que

estas declaraciones no constituyen un programa de gobierno ni expresan una ideología precisa. Son un catálogo de sentimientos, gustos, disgustos y obsesiones.

Adviértase, entonces, que nuestro ensayista, en su crítica al PRD, gusta de moverse —de conformidad con otros ideólogos del PRI— en dos pistas simultáneamente: a veces pone el acento en que el nuevo partido carece de ideología; otras veces en que las ideas que, no obstante, parece sostener son inaceptables. En el primer caso, Paz quiere decir: frente al PRI —que ostenta un programa de acción y de gobierno plenamente desarrollado— el PRD carece de propuestas. En el segundo caso, Paz desea apuntar: ante el PRI —que luce un programa justo, moderno, reformista— el PRD sólo nos muestra puntos de vista obsoletos, contradictorios y conservadores.

¿Qué decir ante estos pronunciamientos salinistas de nuestro poeta? El PRD carece, no cabe la menor duda, de un programa de acción y gobierno plenamente conformado, porque, a diferencia del PRI y del PAN, es un partido nuevo, una organización recién nacida, una agrupación partidaria que no sólo se encuentra en proceso de gestación organizativa y políticamente, sino también bajo un aspecto teórico y programático. No es lo mismo afirmar que carece de programa a decir que este último se halla en un proceso gestativo. Al PRI le conviene proclamar a

los cuatro vientos lo primero y callar discretamente lo segundo. Aseverar que es un programa de acción y gobierno que está en proceso de gestación significa que en el PRD, mientras hay tesis, ideas y proposiciones aceptadas por todos o por la mayoría, hay otras que están a debate. Es cierto, y en esto coincido con Paz, que el programa del salinismo priísta es un programa más plenamente estructurado que el del PRD. Se trata, en realidad, de *un programa reaccionario a cabalidad, conformado íntegra y coherentemente dentro de una orientación antipopular, neoliberal y tecnocrática, hipotecadora de la soberanía nacional.*

Pero analicemos más a fondo y de manera más concreta las afirmaciones de Paz al respecto.

En la «curiosa amalgama» que Paz cree hallar en la ideología del PRD, nuestro escritor alude a dos aspectos que considera negativos (el *estatismo* y el *populismo*) y a dos elementos que estima positivos (el *pluralismo* y la *democracia*). Al propio tiempo piensa que, como estos aspectos y estos elementos se riñen, la amalgama que resulta de ello aparece como «curiosa». Hace un momento escribía que, en el nuevo partido, que es un partido en ciernes, mientras hay asertos, nociones y propuestas aceptadas colectivamente, existen otras —algunas evidentemente significativas— que se hallan en la mesa de discusión. Nadie niega en el mi), en efecto, la necesidad del pluralismo y la impostergabilidad de la democracia. El mi tiene la desfachatez de hablar de lo mismo. Se da golpes de pecho y hace votos de rectificación, mientras el trompo de su inmoralidad —uno de esos trompos que al girar se adormecen y al adormecerse cantan— entona la cancioncilla a dos voces de la hipocresía y el cinismo. Tiene la desfachatez, dije, de hablar de lo mismo; pero sin poder ocultar a nadie el divorcio entre el dicho y el hecho, entre las admirables piruetas de la lengua y el sentido vulgar de la costumbre. El PRD no sólo está a favor del pluralismo y la democracia sino, a diferencia del salinismo y a contrapelo del PRI, en pro del combate permanente,

sin cuartel ni desmayos, contra la desavenencia entre lo que se dice ser y lo que se es. Al mencionar Octavio Paz, en el *haber* positivo del PRD, sólo el pluralismo y la democracia, da una versión simplista y pobretona de las propuestas innovadoras y positivas que (aceptadas mayoritariamente —si no es que por unanimidad— por los militantes del nuevo partido) representan, ahora sí, una «bocanada de aire fresco» en el enrarecido ambiente de la política nacional. Me referiré a continuación a algunos de estos acuerdos que, aceptados colectivamente, empiezan a configurar un programa de acción verdaderamente alternativo.

El PRD debe ser caracterizado a partir de una nueva revolución: la *Revolución Democrática*. ¿En qué consiste ésta o cómo debemos considerarla? La Revolución Democrática es el objetivo primordial que persigue la fase de oposición (real) por la que atraviesa el PRD en este momento, el PRD se propone coadyuvar a que las masas organizadas accedan al poder para llevar a cabo, desde allí, desde el gobierno, la revolución democrática. ¿Cuál es la esencia de esta revolución? Su esencia es la necesidad imperiosa de descorporativizar la sociedad mexicana. La conformación política de la nación se presenta, si la examinamos con atención, como un acuerpamiento global en el que el gobierno y su corte de funcionarios ocupan el papel de la cabeza y las instituciones, empresas descentralizadas, industrias paraestatales y sectores laborales desempeñan el papel de extremidades.

El corporativismo asume tres formas preferentes: el político, el económico-social y el cultural.

El corporativismo político se expresa con toda nitidez en el fenómeno de un *partido de gobierno*. La existencia del PRI-Gobierno es uno de los indicadores primordiales de la ausencia de vida democrática en el país porque, dada la relación simbiótica entre partido y gobierno que trae consigo, pone de relieve, por un lado, el hecho de que el gobierno ejerce sus funciones no de acuerdo con las necesidades globales de la población, sino en función de los intereses de un partido, y muestra, por otro lado, que el

partido oficial no es un órgano independiente sino una dependencia de las altas esferas gubernamentales.

El corporativismo político tiende a reproducirse, a impedir por medios fraudulentos la alternancia en el ejercicio del poder, a obstaculizar un verdadero régimen de partidos políticos, a imprimir, en una palabra, su sello autocrático a lo largo y lo ancho del cuerpo social.

El *corporativismo económico-social* se expresa en el hecho de que las organizaciones sindicales más importantes de la República se hallan ligadas verticalmente a los designios del poder público. El PRI-Gobierno reposa, en realidad, en un *trípode sectorial*: la CTM (y el Congreso del Trabajo), la CNC y la CNOP. Estas tres confederaciones obligan a sus agremiados a pertenecer al partido oficial por medio de una serie de mecanismos coercitivos (la cláusula de exclusión, por ejemplo), a actuar de acuerdo con los intereses y la política económica de los mandatarios en turno y a sufragar a favor de los candidatos propuestos por el PRI-Gobierno, aunque esto último —como acaeció el 6 de julio de 1988—, hoy por hoy no se halla plenamente asegurado en virtud del carácter secreto del voto. La relación del gobierno con las organizaciones patronales, diré entre paréntesis, no puede ser calificada estrictamente como una vinculación corporativa, ya que, aunque algunas de esas organizaciones (Coparmex, Concamin, Concanaco, Canaco, etcétera), se hallan alineadas al partido oficial, tienen un grado de independencia del que carecen las organizaciones sociales y no pocas veces, más que recibir la influencia del gobierno, son quienes influyen decisivamente en el comportamiento de éste<sup>38</sup>. La relación del PRI-Gobierno con estas agrupaciones capitalistas (donde existen también intereses burgueses trasnacionales) es, pues, no de vinculación corporativa, sino de asociación.

---

<sup>38</sup> como lo ha puesto otra vez de relieve la iniciativa del Ejecutivo (mayo de 1990) de reprivatizar la banca.

El corporativismo es el mal endémico del sistema político nacional. No sólo hay, como dije; un corporativismo político y otro sindical, sino también uno *cultural*<sup>39</sup>. ¿Por qué la intelectualidad mexicana es en términos generales tan débil, ambigua y poco independiente? La crítica moral a sus actitudes no basta. No es suficiente denunciar, por ejemplo, el comportamiento equívoco de intelectuales que ven con agrado el movimiento democratizador y que no actúan de común acuerdo con él. Hay que explicarse el trasfondo social de esta actitud esquizofrénica y oportunista. La razón fundamental es, me parece, la existencia de un mercado cultural sumamente restringido. Como consecuencia de este capitalismo subdesarrollado —en lo que al trabajo intelectual se refiere— nos hallamos con que muchos trabajadores de la cultura no pueden vivir de su trabajo y se ven en la necesidad, por razones de supervivencia, de colocarse en el Estado y en la iniciativa privada. Al hacer tal cosa, los trabajadores de la cultura ven cómo se va mermando paulatinamente su libertad e independencia. La causa esencial de ello reside en la incapacidad, por parte de los que detentan el poder económico y político, de tolerar y respetar puntos de vista críticos y acciones independientes. Los intelectuales que trabajan en el Estado, ante el temor de coacciones y represalias (que incluyen la amenaza de despido) se ven forzados a actuar y a expresarse como lo demanda el poder público. No se trata de un corporativismo gremialista y organizado como el que caracteriza a las grandes confederaciones sindicales, sino de un corporativismo disperso e inorgánico, pero ejercido de manera tan férrea como el otro.

El corporativismo, en las tres formas que acabo de enumerar, se caracteriza por una estructura jerarquizada en la cual los designios, mandatos o directrices vienen de la cúpula. Se trata de la típica organización social que va de

---

<sup>39</sup> Que el Octavio Paz de hoy silencia o subestima.

arriba abajo. La Revolución Democrática se propone acabar con esta morfología social. Estoy convencido de que la modernización» salinista no se propondrá nunca.— no puede hacerlo, porque iría en contra de sus intereses fundamentales— coadyuvar a una verdadera descorporativización, acompañada de un embate contra el charrismo sindical y a favor de la democratización de las organizaciones laborales de la ciudad y el campo. El gobierno puede propiciar —y sugerir que esto es un proceso democratizador— el cambio de una forma de corporativismo (como el de la Quina, que era un *corporativismo de negociación*) a otra forma (como el de Guzmán Cabrera, que es un *corporativismo de sumisión*); pero esto nada tiene que ver con la democratización real del país.

La descorporativización no puede ser confundida, tampoco, con la sustitución de un corporativismo de derecha por un corporativismo «de izquierda». El corporativismo de izquierda no sería otra cosa que dejar intacta la conformación verticalista de la sociedad, con un solo cambio: el de la cúpula dirigente. Ya no habría, por ejemplo, PRI-Gobierno, sino PRD-Gobierno. No habría un trípode sectorial mediatizado por el PRI, sino subordinado al PRD. La cultura se hallaría confiscada no por el gobierno derechista del PRI sino por el gobierno «nacionalista y revolucionario» del PRD. No se puede confundir la Revolución Democrática con ese tipo de soluciones antidemocráticas y demagógicas. Si el corporativismo es una forma organizacional que va de arriba abajo, si se caracteriza, independientemente de que sea de derecha o de «izquierda», por el flujo autoritario que desciende de la cabeza a las extremidades del cuerpo social, la Revolución Democrática se propone, en esencia, coadyuvar a que la sociedad mexicana se reestructure de abajo arriba.

Las propuestas del PRD, aceptadas por todos sus integrantes o por la inmensa mayoría de ellos, no se reduce, pues, al pluralismo y la democracia (y al embate contra el divorcio entre el dicho y el hecho), sino al llamado a luchar por instaurar un nuevo pacto social o una nueva República. Nueva República que no estriba en la repetición o continuación de la actual con tales o cuales modificaciones de detalle —por ejemplo con un reemplazamiento del corporativismo priísta por el corporativismo «de izquierda»— sino en el establecimiento (vía la descorporativización política, económico-social y cultural) de la libre asociación de los trabajadores y ciudadanos desde el municipio libre hasta el Estado.

Paz piensa, como dije más arriba, que si el PRD se pronuncia a favor del *pluralismo* y la *democracia*, lo cual está bien, sostiene tesis negativas y superadas como las del *estatismo* y el *populismo*. No advierte, por lo visto —percepción que podría haber tenido de leer los diferentes pronunciamientos perredistas respecto a estos temas—, que si los conceptos de pluralismo, democracia, descorporativización, etcétera, forman ya una plataforma aceptada por la mayor parte de los miembros del PRD, si no es que por su totalidad, las tesis del *estatismo* y el *populismo* están a debate.

He dicho varias veces, y me gustaría repetirlo ahora, que me hallo convencido de que la izquierda —la verdadera izquierda: aquella que, lejos de perderse en las pugnas de los poderosos, busca y promueve la independencia y autonomía políticas de los trabajadores y de los ciudadanos— debe trascender la vieja polémica de ¿qué es mejor: el Estado propietario o el Estado regulador (liberal)?

Para ir más allá de este arcaico debate es necesario tomar conciencia de que los polos de esa contradicción son, en realidad, *dos formas gubernamentales distintas de un mismo Estado burgués* que pueden ofrecer, desde el punto de vista popular, ventajas o desventajas en una fase histórica o en una coyuntura; pero que, estratégicamente, no son otra cosa que modalidades diversas de organización que asume la clase dominante y su cohorte de burócratas para ejercer su dominio sobre el pueblo. La reprivatización de la banca que está promoviendo en este momento Salinas de Gortari me parece negativa, no porque represente el desplazamiento de una forma gubernamental progresista 'y de izquierda, hacia una forma gubernamental conservadora y de derecha, sino porque, en la etapa histórica que vivimos, hay, entre otras, tres razones muy visibles para rechazar la política desestatizadora, en este renglón, del salinismo: a) en un momento en que toda la economía política está destinada a favorecer al gran capital autóctono asociado al capital extranjero (reconversión industrial, búsqueda de una alta competitividad mediante una elevada composición orgánica, incorporación del mercado nacional al GATT, integración gradual de nuestro país al mercado común con Estados Unidos y Canadá, etcétera) reprivatizar la banca significa fortalecer el capital financiero individual (vinculado a las trasnacionales) y entregarle, en buena medida, las riendas del poder; b) implica, asimismo, deshacerse de un instrumento económico de primera importancia que, en las condiciones actuales, y si hubiese voluntad política para ello, podría servir para reorientar en sentido nacionalista el desarrollo económico del país<sup>40</sup>; y c) trae

---

<sup>40</sup> El economista Clemente Ruiz Durán asienta: «La banca nacionalizada pudo haber apoyado el desarrollo nacional, aun dentro de la modernidad, y no se hizo... Se desaprovechó la oportunidad de hacerla fructífera, más que si estuviera en manos del sector privado. En lugar de echar a andar un proyecto diferente de país, se mantuvo el esquema tradicional de prestar al que tiene y no al que necesita» (*Proceso*, No. 705).

consigo un cambio desventajoso (para un Estado que quiere hacerse de recursos) al cambiar las ganancias que la banca comercial obtiene año con año (y que, según datos oficiales, no había dejado de obtener ni existía el peligro de que se interrumpieran en el futuro) por un solo ingreso: el producto del acto de venta<sup>41</sup>. Pero mantener una posición crítica respecto a la política reprivatizadora del salinismo, no conlleva el apoyo global y estratégico del estatismo, si por estatismo entendemos el engrosamiento del poder público mediante su conversión en poder público propietario. El Estado propietario (organizado al margen de los trabajadores y ciudadanos) no es, en el sistema capitalista, ni expresión política de un régimen popular, ni antesala —como pretendían los teóricos del capitalismo monopolista del Estado— del régimen socialista, con o sin comillas. La razón por la que tanto el Estado obeso como el Estado sometido a la dieta neoliberal son antidemocráticos y antipopulares se debe, entre otras causas, *a que ambos se han basado, históricamente, en el corporativismo, en el acuerpamiento verticalista de los trabajadores*. El Estado surgido de la Revolución Mexicana, independientemente del nivel de su gordura, no ha hecho otra cosa que reproducir incesantemente el corporativismo sectorial. Esta es la razón por la que se precisa orientarnos mediante la línea política o el programa de acción y gobierno de la Revolución Democrática, cuya esencia es, si la queremos expresar de modo negativo, la descorporativización del régimen, y, si la deseamos expresar de modo positivo, la autoorganización del pueblo trabajador. Por eso, y en tanto lo contrario del corporativismo es la autogestión, la *Revolución Democrática* debe ser autogestionaria. En resumidas cuentas, estoy en contra del Estado regulador (liberal) y dejarle manos

---

<sup>41</sup> Clemente Ruiz Durán escribe, en *Proceso*: A través de la banca se obtienen efectos multiplicadores mayores. Se llega a más gente, se mantiene el capital en manos del Estado. En cambio, con la venta de los bancos, el dinero se gasta una sola vez» (*Proceso*, No. 70;)

libres a los Legorreta, Vallina, Abedrop, etcétera. Pero esto no me hace estar a favor del Estado obeso, ni creo que el PRD se pueda pronunciar a favor de este viejo estatismo. Estoy a favor, en cambio, de un nuevo pacto social, de una nueva República, de un cambio de régimen, que supone un nuevo tipo de Estado. Un Estado que prescindiera del corporativismo político, del corporativismo económico-social y del corporativismo cultural. Un Estado, en una palabra, que sea simultáneamente expresión de la autoorganización popular y promotor de ella.

Paz no sólo cree hallar una amalgama ideológica (en los planteamientos programáticos del PRD), entre algo positivo (el *pluralismo* y la *democracia*) y algo negativo (el *estatismo* y el *populismo*), sino otra amalgama también entre algo positivo (*rechazo del corporativismo*) y algo negativo (*adopción del estatismo cardenista*). Dice del PRD:

Por una parte, se declara heredero de la tradición revolucionaria de Lázaro Cárdenas; por la otra, afirma su vocación democrática y rechaza al PRI como un partido corporativo.<sup>42</sup>

Es cierto que el PRD tiene, entre sus puntos de vista colectivamente asumidos, el de concebirse, en cierto sentido, heredero «de la tradición revolucionaria de Lázaro Cárdenas». Pero, ojo con esto, no se considera continuador del corporativismo que caracteriza al Estado mexicano, independientemente de sus modalidades sexenales, desde Cárdenas hasta Salinas de Gortari, sino legatario del espíritu nacionalista, antimperialista y popular del viejo cardenismo. Que no confunda Paz, entonces, una cosa con otra. Esto no quiere decir que al interior del PRD, no haya compañeros que, a mi modo de ver el problema, no han abandonado los prejuicios de la vieja

---

<sup>42</sup> Paz plantea de manera falsa y tendenciosa la posición del PRD sobre el corporativismo. El PRD no sólo «rechaza al PRI como un partido corporativo» (lo cual deja la impresión de que está a favor del PRD como un partido corporativo). Nada de eso. El PRD está en contra del *corporativismo en general*.

cultura política del lombardismo estatista. En este sentido, estoy dispuesto a reconocer que, en el proceso gestativo del nuevo instituto político, existe cierta amalgama ideológica o cierto eclecticismo no resuelto. Amalgama o eclecticismo que tienen su razón de ser en el hecho de que las cuestiones teórico-políticas relacionadas con los conceptos de Estado, izquierda, política económica, proyecto de nación, etcétera, son cuestiones que se encuentran, en este momento, en la mesa del debate. Paz, como teórico del salinismo y como enemigo ideológico de la izquierda en proceso de organización, se aprovecha o cree poder hacerlo, de la falta de definición o de los pronunciamientos contradictorios sobre temas como el estatismo, el populismo, la Revolución Mexicana o el cardenismo. Pero el punto de vista que he expuesto con antelación —y que comprende los siguientes aspectos: 1] democracia, 2] pluralismo, 3] lucha contra el divorcio entre el dicho y el hecho, 4] interpretación de la Revolución Democrática como un proceso de descorporativización<sup>43</sup>, y 5] adopción de la herencia del cardenismo no en el aspecto del corporativismo sino de la vocación popular antimperialista— va a acabar por predominar, no me cabe la menor duda, en el PRD al menos por dos razones sustanciales: porque es un planteamiento que responde a los intereses y anhelos tanto de la ciudadanía democrática como de la base del partido y porque le da coherencia lógica, y también política, al programa de acción y a la declaración de principios del nuevo partido. Y es que ¿cómo se pueden defender la democracia, el pluralismo y la descorporativización si se continúa siendo estatista y populista? O también: ¿cómo se puede luchar en pro de la descorporativización, y ser «cardenista» en el sentido del corporativismo sectorial inaugurado en el sexenio del viejo Cárdenas?

Paz hace la siguiente presentación de la ideología del PRD,

---

<sup>43</sup> 4.1. de *todos* los partidos políticos respecto al gobierno, 4.2. de la fuerza laboral organizada respecto al Estado, 4.3. de la cultura respecto al poder público

que desgloso, para su mejor entendimiento, en cinco puntos:

1. Sus líderes han dicho que se oponen «al desmantelamiento de la propiedad estatal», a las privatizaciones y al pacto contra la inflación.

2. Piden que continúe el reparto de tierras pites aún 'hay muchos campesinos sin ellas.

3. Fueron partidarios de la moratoria, después se arrepintieron y ahora denuncian el acuerdo con los acreedores y piden una confrontación con ellos (¿quieren seguir el ejemplo de Alan García?)

4. Defienden con estrépito a los sandinistas y a los guerrilleros de El Salvador pero callan ante Castro del que apenas hace unos meses eran ruidosos partidarios.

5. Proclaman ardientes convicciones democráticas. Lo menos que se puede decir de ellas —recalca Paz— es que, si son sinceras, son muy recientes. ¿Y su amor a la democracia? Nunca hablaron de ella salvo para denunciarla como una mistificación. De pronto, tocados por una súbita luz, comenzaron a escribir loas a los derechos humanos y a las despreciadas libertades formales». ¿Cómo y por qué? Nunca nos han explicado las razones de su cambio. Pero no es difícil saberlo; descubrieron a la democracia cuando Gorbachov inició su reforma democrática como, treinta años antes, habrían descubierto los crímenes de Stalin cuando Kruschev los hizo públicos.

Haré un comentario sobre cada uno de estos cinco puntos o tesis atribuidas al PRD.

### ***1. Sobre la oposición perredista al desmantelamiento de la propiedad estatal, a las privatizaciones y al Pacto de Estabilidad y Crecimiento Económico (PECE).***

Creo interpretar el punto de vista mayoritario o, por lo menos, el de un número importante y significativo de militantes del PRD, con la aseveración de que este partido podría autodefinirse teórica y políticamente a favor de un cierto estatismo si y sólo si *la lucha social lograra revolucionar el carácter y la forma del*

*Estado.* De lo contrario, en la suposición —que es la que Paz desea creer y hacer creer a sus lectores— de que el PRD considerase que el Estado (como cúpula divorciada del pueblo) se dedicara «a fagocitar» una empresa tras otra, tal agrupación estaría en pro del viejo estatismo. Pero no. El problema esencial no sólo reside en la propiedad o no de tales o cuales empresas por parte del Estado, sino en el de quién es, cómo está representado y a qué proyecto económico-social responde ese Estado susceptible o no de ser propietario. El Estado puede ser ganado por los peces gordos de la iniciativa privada hasta privarlo de iniciativa propia o puede ser controlado por los burócratas (burgueses) hasta convertirlo en un paquidermo antipopular. En el primer caso, la balanza se inclina del lado del liberalismo o neoliberalismo capitalista. En el segundo la balanza lo hace del lado del viejo estatismo burgués. Pero el Estado puede ser reconstruido a partir del pueblo y de los trabajadores libremente organizados y debidamente representados. Un Estado así podrá administrar eficientemente y con un sentido social las empresas productivas, comerciales o financieras que posea. Si no se subvierte el carácter y la forma del Estado, toda supuesta nacionalización se convierte en estatización, en el sentido del viejo estatismo burgués. Si, por lo contrario, se revoluciona al Estado (hasta convertirlo en expresión de la ciudadanía auto-organizada) toda estatización será verdaderamente una nacionalización. Ya he afirmado, y ahora conviene repetirlo, que no se puede identificar la defensa del Estado obeso con una posición de izquierda y la del Estado flaco y macilento como una posición de derecha. Esta vieja geometría política me parece (nos parece) inaceptable y obsoleta. En vez de hablar de izquierda y derecha, preferiría hablar de abajo y arriba o, mejor, de quienes están a favor de que la sociedad se reorganice de abajo arriba y los que están en pro de que se reestructure de arriba abajo. Yo, en lo personal, aceptaría el nombre de izquierdista si por izquierdista se entiende, no el partidario del viejo estatismo, no el que quiere expropiar a los capitalistas para

beneficiar al sector burocrático-político de la clase intelectual en el Estado, sino el partidario de que la sociedad se reconforme de abajo arriba y que, en su expresión estatal, vaya controlando, poco a poco y de acuerdo con las indicaciones de un proyecto económico-social y de las circunstancias que vayan emergiendo, tales o cuales medios materiales de producción y circulación. El PRD trae consigo, pues, una propuesta de nuevo Estado. Estoy a favor de un nuevo tipo de estatismo; pero también, como se ve, de una nueva reconfiguración de la sociedad. En las concepciones del estatismo y neoliberalismo tradicionales existe la diferencia y contraposición, para decirlo con un lenguaje gramsciano, entre la sociedad política (el Estado) y la sociedad civil. La Revolución Democrática implica, por lo contrario, la identificación de un término y otro. La sociedad política, a mi entender, no debe ser sino la sociedad civil, autoorganizada, ejerciendo las funciones de sociedad política. Paz no sólo se ubica, en esta vieja dicotomización entre la sociedad política y la sociedad civil, del lado de la sociedad política, sino que, ya instalado teóricamente en esta última, prefiere el Estado neoliberal (favorable al gran capital asociado a las empresas multinacionales) al Estado obeso de los burócratas burgueses. Cuando el PRD se opone al desmantelamiento de la propiedad estatal lo hace de manera táctica, no estratégica. Táctica, porque está convencido de que, en la actual coyuntura, las privatizaciones o reprivatizaciones no hacen otra cosa que fortalecer al capitalismo salvaje nacional y al imperialismo financiero transnacional, mientras que la propiedad de las empresas y de la banca por parte del Estado le da un carácter defensivo —aunque no popular, ni izquierdista<sup>44</sup>— a la burguesía nacional. No estratégica, porque la defensa de la

---

<sup>44</sup> Algo que deberíamos agrupar bajo el concepto del «mal menor».

propiedad estatal no implica, hoy por hoy, una subversión de la forma y el carácter del Estado —lo cual es, como ya dije, uno de los planteamientos, de las búsquedas, del proyecto político de la Revolución Democrática.

## ***2. Sobre el reparto de tierras y la reforma agraria.***

Cuando Paz escribe que los líderes del PRD «piden que continúe el reparto de tierras pues hay muchos campesinos sin ellas» pretende *exhibir* los puntos de vista programáticos del nuevo partido como un recalentamiento del añejo cardenismo o del no tan añejo echeverrismo. Parece decirnos: «Adviertan cómo el PRD, en su afán de repartir tierras (aunque ya no haya latifundios que repartir), se define, nostálgica y conservadoramente, por el viejo y superado populismo». También parece sugerirnos: «El salinismo, en cambio, ubicado en la correcta dimensión temporal del futuro, llevará sin duda su reformismo también al campo». Voy a transcribir a continuación el art. 234 del *Proyecto de Programa* del PRD para examinar, por lo menos en algunas de sus líneas fundamentales, la posición del nuevo partido al respecto. Dicho artículo asienta:

Los programas de producción agropecuaria se elaborarán con la participación de los productores directos organizados. Se terminará con el latifundismo procediendo a la derogación del amparo agrario y a los certificados de inafectabilidad ganadera, restituyendo al ejido y formas cooperativas de producción su papel fundamental en el-desarrollo agropecuario; por lo anterior, se apoyará la creación y consolidación de ejidos colectivos, sociedades de solidaridad social y toda organización que promueva el desarrollo de la producción agroindustrial.

Antes que nada quiero subrayar que este planteamiento, más que ser *de izquierda* —en el viejo sentido del término— se define como una tendencia *de abajo*. En efecto, los programas

de producción agropecuaria, en el caso de llegar el PRD al poder, no caerán, como han caído, del cielo burocrático o tecnocrático, sino que, sobre la base de los productores directos organizados» se elaborarán con la participación —yo diría: con la participación creciente— de dichos productores. El PRD está convencido, por otro lado, de que un aspecto importante de este programa —no la parte única ni esencial, pero sí una parte insoslayable— reside en su convicción de la necesidad de combatir el nuevo latifundismo, no sólo porque es falso de toda falsedad que este último haya sido erradicado del todo, sino porque, como es bien sabido, existe tanto un latifundismo emboscado (bajo el disfraz de pequeñas propiedades separadas) como una innegable reconcentración de la propiedad territorial. Lo esencial del programa agrario que el PRD debe de elaborar lo más pronto posible (a partir de los débiles e insuficientes pronunciamientos que sobre el tema ha tenido hasta hoy) se halla esbozado en la afirmación del artículo que comento en el sentido de que se precisa restituir al ejido y a las formas cooperativas de producción —a lo cual yo añadiría la verdadera pequeña propiedad— «su papel fundamental en el desarrollo agropecuario». Y quiero aprovechar este espacio, y la problemática inherente a la materia que examino, para alertar a los lectores de la amenaza, cada vez más visible, de que el salinismo (que está dispuesto a reestructurar la sociedad, cueste lo que cueste, en función de un modelo tecnocrático-burgués) se disponga a tramar una especie de *golpe de mano agrario*. Si logra reprivatizar la banca —y la conformación actual del poder legislativo hace pensar que es lo más probable— el siguiente paso puede ser el de privatizar el ejido o entregarlo a los particulares, con el argumento (caro a los liberales de todo tipo y a los feligreses de la propiedad

privada) de que el secreto para hacer más competitiva la producción agrícola está a la vista: eliminar las prohibiciones de compra-venta de los ejidos y convertir, tras ello, sus parcelas en propiedad privada territorial. Con todo esto, no sólo se desmantelaría el poder estatal a favor de los capitalistas privados y de los financieros asociados a las transnacionales — como resultado de las reprivatizaciones y de la devolución de buena parte de la banca a los empresarios financieros privados— sino que se desmantelaría la propiedad ejidal en beneficio de agricultores, grandes o pequeños, capaces de adquirir los ejidos puestos en venta por un decreto presidencial avalado por un poder legislativo sumiso e incondicional en su mayoría. ¿Qué tipo de país resultaría de ello? Un país donde el capitalismo depredador e inmisericorde se adueñaría de la escena, donde, en nombre de aumentar la productividad y modernizar la economía, se polarizaría cada vez más la nación. Se trataría, pues, de un capitalismo sin mediaciones, escrúpulos o equilibrios. Capitalismo químicamente puro. Paraíso de los explotadores. Festín de vampiros. Pero, además, no sería el capitalismo clásico, central, metropolitano, sino el capitalismo periférico, subdesarrollado, interferido. Paz no habla de esto. Pero no me cabe la menor duda de que si Salinas y su gabinete económico se dispusieran —como creo que lo pueden hacer— a llevar adelante, y a qué extremos, sus designios privatizadores, Paz hallaría mil y un argumentos — aderezados en una bella, provocativa y anestesiante forma literaria— para cantar loas a la *perestroika campesinista* de Carlos Salinas de Gortari<sup>45</sup>.

---

<sup>45</sup> Me gustaría equivocarme. Ojalá que el salinismo no llegue a estos extremos, y, en el caso de hacerlo, ojalá que Paz —cuyo padre fue zapatista y que ha simpatizado siempre con el ejido— no caiga en este lodazal ideológico.

Aunque éste no es el sitio adecuado para examinar con detalle los efectos que traería consigo la privatización de los ejidos, podemos prever que ello iría acompañado por lo menos de dos consecuencias inevitables: a) el reemplazo de la compleja gama de clases y grupos sociales que predominan en el agro actual por la dicotomización o polarización tajante entre el capital y el trabajo asalariado, con el incremento, como se comprende, del ejército de desocupados, del bracerismo, de la pauperización extrema, en una palabra, de la población rural, y b) la paulatina concentración de la propiedad territorial en pocas manos. Seguramente en manos de los grandes capitalistas que reorientarían una parte de sus inversiones hacia el campo. Como estos capitalistas están cada vez más asociados al capital extranjero multinacional sería, en buena medida, una transnacionalización de la propiedad agrícola del país. Si vinculamos estas consecuencias con la política general salmista sobre la deuda, las privatizaciones, la reprivatización de la banca, las inversiones extranjeras, los swaps, la integración de nuestro país al mercado de América del Norte, etcétera, salta a la vista que el proyecto de nación que pretende gestar el salinismo —y que Paz justifica con satisfacción y alegría-- no es sino un capitalismo dependiente en sus formas más ásperas y extremas. La argumentación central que podría darse a favor de la privatización de las parcelas ejidales es la de que la «pequeña propiedad agrícola» o, de plano, el nuevo latifundio son más productivos que la arcaica forma de la propiedad ejidal. Pero creo que esta apreciación es falsa y tendenciosa. Es cierto que si compararnos la propiedad privada agrícola (con recursos y crédito oportuno, tierras de riego, auxilio agronómico, etcétera) con los ejidos pobres, con tierras de temporal, sin crédito oportuno ni asistencia técnica, etcétera, parecería que la primera forma es más productiva que la segunda. Pero salta a la vista que es una falsa comparación. Estoy convencido de que, en igualdad de circunstancias, el ejido, aún más, el ejido colectivo

(colectivo, pero desburocratizado) es una forma no sólo más justa, más igualitaria, más acorde con la idiosincrasia del campesino mexicano, sino más productiva. Si se dotara a los ejidos de recursos crediticios oportunos y baratos, de tierras de buena calidad, de asistencia agronómica, de apoyo educativo, etcétera, otra sería la realidad económica de los mismos, otro gallo, sin afonismos perturbadores, nos cantara.

### ***3. Sobre la deuda externa y las propuestas perredistas al respecto.***

Paz caracteriza las propuestas perredistas sobre la política que debe seguir el gobierno respecto a la deuda externa, de *erráticas, extremistas y orientadas en sentido similar a la posición de Alan García*. «Fueron partidarios de la moratoria, después se arrepintieron y ahora denuncian el acuerdo con los acreedores», apunta. Para evaluar la sugerencia pacista del supuesto carácter superficial y tornadizo de las propuestas perredistas en torno a la deuda, voy a reproducir dos pronunciamientos, de diferente fecha, llevados a cabo por el PRD en relación con el tema que nos ocupa, precedidos por un planteamiento sobre lo mismo que aparece en la *Propuesta Democrática* de la Corriente Democrática (del 15 de diciembre de 1987).

El artículo 13 de la *Propuesta Democrática* habla, en efecto, de

suspender el pago de su servicio en tanto no se logre una justa reducción, con base en el interés nacional, en la corresponsabilidad de los acreedores y en su valor real en los mercados. Establecer, en todo caso, un límite a nuestros pagos y la disminución sustantiva de las tasas de interés a fin de liberar los recursos necesarios para el desarrollo.

El artículo 187 del *Proyecto de Programa* del PRI establece

que:

La primera prioridad de nuestra economía es crecer de manera suficiente, estable y justa. Un requisito indispensable para que esto sea posible es proceder a la suspensión del servicio de la deuda externa para normalizar su situación jurídica en los términos de nuestra Constitución y para abrir un compás de negociación con la banca acreedora, a fin de lograr una justa reducción del servicio con base en criterios económicos y políticos.

El ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas dijo en Jiquilpan de Juárez, Michoacán, el 18 de marzo de 1989:

Desde que se iniciara nuestro movimiento político hemos venido demandando al gobierno la suspensión del pago de la deuda externa en sus términos vigentes y la adopción de otras prioridades económicas y sociales, así como de las políticas consecuentes con ellas. Hemos dicho que deben negociarse nuevas condiciones con los acreedores, con base en nuestras prioridades<sup>46</sup>.

Como puede verse por las citas que acabo de reproducir, los planteamientos del PRD —con inclusión de algunos de sus antecedentes teórico-políticos— no se han modificado en lo esencial. En todos ellos se sostiene la necesidad de que el gobierno suspenda el pago del servicio de la deuda para negociar, con base en prioridades emanadas del desarrollo intrínseco del país, con los acreedores trasnacionales. La *función negociadora* de la suspensión del servicio de la deuda externa queda claramente expuesta en la siguiente afirmación del CEN del PRD, del 4 de agosto de 1989: se precisa

---

<sup>46</sup> Cuauhtémoc Cárdenas, «Contra la intervención y la dependencia», en *Correo del Pico*, No. 1, p. 15

utilizar la suspensión de pagos como arma de negociación para lograr las mejores condiciones, esto es, pagar de acuerdo con las disponibilidades reales del país, una vez descontados los recursos destinados a las prioridades del desarrollo<sup>47</sup>.

No soy el primero en decir que los gobiernos que se han endeudado, y siguen haciéndolo, con el FMI y el Banco Mundial, también han contraído una deuda con su pueblo. El gran dilema de los gobiernos actuales es el siguiente: la que debe brindársele primacía: a la *deuda con los acreedores* o a la *deuda con el pueblo*. Si un gobierno le da más importancia a la *deuda con los acreedores* se define en un sentido y si le otorga más importancia a la *deuda con el pueblo* se define en otro. No desconozco el argumento salinista de que la mejor manera de saldar la *deuda con el pueblo* es saldarla, antes que nada, con los acreedores. Pero en contra de este argumento, que opera en realidad como sofisma, me parece más convincente la argumentación inversa: la mejor manera de pagar la *deuda externa* es responder, antes que nada, a la *deuda con el pueblo*. En efecto, sólo si se reconocen las, prioridades del desarrollo y la necesidad de una distribución más equitativa del producto nacional, se estará en condiciones, sin el riesgo de desequilibrios económicos y políticos, de pagar hasta el último centavo de lo que debemos.

En los pronunciamientos del PRD sobre la política a seguir en relación con el *débito* externo puede haber y hay diferencias de matiz —lógicas en un partido político nacional en formación— pero todas convergen en un punto esencial: la vocación democrática y nacionalista o, lo que es igual, el repudio a la confiscación, gradual e inexorable, de la soberanía nacional perpetrada por el salinismo. Porfirio Muñoz Ledo ha apuntado por eso:

No pocas ocasiones he dicho que la soberanía mexicana está cautiva.

---

<sup>47</sup> Sobre la renegociación de la deuda», en *Correo del PRO*. No. 1. p. 37

La labor de esta generación de mexicanos (la mía) es rescatar, a cualquier precio, la soberanía del país, que está comprometida<sup>48</sup>.

Paz acusa al PRD no sólo de presentar una posición cambiante sobre la deuda externa, sino también extremista (porque lleva a una confrontación con los acreedores). Si meditamos un momento en este problema, advertimos que la renegociación de la deuda, en términos nacionalistas y populares, *no puede ser lograda sin lucha*. Nuestros acreedores financieros —y sus socios nacionales— pueden sugerir tales o cuales cosas, propiciar estos o aquellos términos de negociación *a partir, y sólo a partir, de que se les garantice el flujo, en dinero fresco, de sus empréstitos e intereses*. En el problema de la deuda, hay una contradicción entre los poderosos y los débiles. Los primeros son conservadores. No desean que se modifique una situación que tanto les favorece. Los segundos son, o debieran ser, amantes del cambio y la emancipación. Una contradicción así, como todas las contradicciones sociales, no puede ser superada sino por la acción decidida del *polo negativo*. Esta no es una posición extremista o que conduzca a la confrontación por la confrontación, sino que es el resultado de una apreciación sobria y realista del conflicto y de las vías para superarlo.

Paz sugiere que el PRD quiere llevar a México a un enfrentamiento con los acreedores similar al generado por Alan García en el Perú. A mi modo de ver las cosas, lo criticable de Alan García —en este punto— no es que haya redefinido los términos del plazo de la deuda externa a partir de necesidades económicas endógenas, sino, por un lado, en la forma específica en que lo hizo (sin propiciar la democratización real del país) y, por otro, en el hecho de creer poder llevar a cabo tal redefinición de manera aislada, sin el concurso de otros países

---

<sup>48</sup> Porfirio Muñoz Ledo, *Compromisos*, Ed. Posada, México, 1988, p. 34.

latinoamericanos.

Mi convicción es, entonces, que la renegociación de la deuda externa no se puede lograr sin la lucha, sin la suspensión de los pagos encaminada a negociar con los acreedores un pago acorde a las disponibilidades reales del país. Me parece indudable, al propio tiempo, que una lucha nacional contra el capital financiero internacional es limitada y sus resultados inseguros. Esta es la razón por la que debemos, o deberíamos, buscar aliados. Un club de deudores sería el primer paso de la *anfitionía latinoamericana* que se requiere para luchar con éxito contra la *internacional financiera* y el monroismo recalentado. Y, finalmente: no me cabe la menor duda de que sólo un gobierno que ostente en sus banderas la necesidad de llevar a cabo la Revolución Democrática está en posibilidad de convocar a otros países de Latinoamérica para iniciar la conformación del *nuevo bolivarismo* requerido para modificar, en términos democrático-nacionalistas, las condiciones de pago de la deuda externa.

#### ***4. Sobre la defensa «estrepitosa» del PRD a los sandinistas y a los guerrilleros de El Salvador y sobre el «silencio» que guarda respecto a Fidel Castro.***

Con frecuencia Paz utiliza, al lado del juicio directo y la denuncia, el ariete ideológico de la sugerencia. Cuando declara que el PRD defiende *con estrépito* a los sandinistas y a los guerrilleros salvadoreños, mientras *calla* respecto a Castro, con esta doble afirmación —del estrépito en un caso y del silencio en el otro—nos pretende *decir*, pero de modo indirecto, lo siguiente: el nuevo partido *defiende a gritos* a los sandinistas y a los guerrilleros del Farabundo Martí en virtud de que ambos luchan por instaurar regímenes dictatoriales, totalitarismos burocráticos (con los que los dirigentes perredistas coinciden) y los líderes del PRD *callan* respecto al régimen castrista porque, aun estando de

acuerdo con él, comprenden que no resulta tácticamente adecuado salir a su defensa cuando el marxismo-leninismo está desprestigiado en todo el mundo y cuando existe un evidente *diferendo* entre la *perestroika* (que es la línea oficial soviética) y el régimen que encabeza Fidel. Esta es la insinuación que Paz nos introduce de contrabando.

La sugestión pacista está formada por *tres piezas* y una *conclusión*. Las *tres piezas* son: a) el PRD suscribe el autoritarismo de los sandinistas, b) el PRD apoya la *vía armada* de los guerrilleros salvadoreños y su concepción de una sociedad reestructurada de acuerdo con el marxismo-leninismo y c) el PRD ve con simpatía —aunque lo silencia por razones tácticas— el sistema totalitario del castrismo. La lógica *conclusión*, también insinuada, de estas tesis consiste en la sugerencia que nos desliza Paz de que la concepción política del PRD se identifica de hecho con la vieja noción burocrática de la izquierda tradicional. El PRD es caracterizado subrepticamente como un partido que pugna por la instauración del totalitarismo burocrático en nuestra patria. Suena feo, ¿verdad? Pero este es ni más ni menos, el mensaje que bajo cuerda envía Paz a sus lectores.

El PRD es el único proyecto de partido verdaderamente plural que ha aparecido en la historia del país. En su seno hay nacionalistas, socialistas, liberales, anarquistas, cristianos, etcétera. Es cierto que esta vocación de pluralismo, respeto y tolerancia no se ha consolidado del todo y hay quienes, respondiendo a viejas prácticas y experiencias, quisieran hegemonizar a los otros y erigirse en la única voz. Pero hay también la idea, con la cual se sienten identificados no pocos compañeros de diverso origen político, de diferente credo ideológico y de distinta, concepción programática, de que, al tiempo de reconocer y de aceptar la existencia de esa pluralidad de opiniones, se debe buscar y poner el acento en una línea de acción común. Este punto de vista es el que día a día gana terreno en la organización y el que trae consigo, en el espectro de las organizaciones partidarias del país, una verdadera subversión en la

forma de concebir un partido político.

En virtud de este pluralismo, no es posible negar que existan algunos perredistas que acepten las *tres piezas* de la insinuación pacista y hasta comulguen con la *conclusión* que Paz pretende endilgar al PRD. Pero no puede confundirse el punto de vista de algunos compañeros —que están en su derecho de manifestarlas— y el planteamiento, llamémoslo así, oficial del partido, en el cual se recogen los acuerdos y no las diferencias, la concordia y no la discordia. El planteamiento general del PRD, aceptado por la totalidad de sus individuos y corrientes políticas, es el de apoyar la lucha de todos los pueblos (y de manera muy especial la de los nicaragüenses, salvadoreños y cubanos) en contra de sus enemigos históricos externos y sus socios interiores. Esto no significa, que quede claro, que el PRD defienda el carácter burocrático y verticalista de los regímenes que han engendrado los luchadores de esos países o que podrían engendrar. El art. 57 de la *Declaración de principios* del PRD apunta, en efecto:

Un capítulo central que el PRD subraya en las relaciones con el exterior, radica en la solidaridad con las naciones que luchan por su liberación y por transformaciones sociales de carácter popular.

Y el art. 269 de su *Proyecto de Programa* asienta:

Nuestro partido otorgará su solidaridad a todos los pueblos en lucha por la democracia; la justicia social y la-defensa irrestricta de la autodeterminación y la soberanía nacional. Especial prioridad se otorgará a los vínculos solidarios con el amplio espectro de fuerzas democráticas de América Latina.

## ***5. Sobre las «ardientes convicciones democráticas» del PRD.***

Los perredistas, dice Paz,

Proclaman ardientes convicciones democráticas. Lo menos que se puede decir de ellas, es que, si son sinceras, son muy recientes.

Aquí Paz nos plantea una nueva sugerencia: la de que los viejos defensores de la democracia lo hacen con mayor firmeza y sinceridad que los nuevos. Paz ha dicho —recordemos— que él fue uno de los primeros defensores en el país de la necesidad de una reforma democrática.

Fui uno de los primeros en decirlo...; ahora que todos, incluso mis críticos de ayer, se han vuelto demócratas, me atrevo a recordarlo con un poco de (¿perdonable?) vanidad.

Me gustaría, sin embargo, subrayar que el tiempo en que se asume una convicción no es garantía ni de que se haya adoptado e interpretado en sus debidos términos ni de que se sea fiel en todo momento y lugar a sus postulados esenciales. No es este el momento de hablar con detenimiento de las limitaciones y subterfugios que acarrea consigo la «antigua» concepción de Paz sobre la democracia (le dediqué un espacio de *El rey va desnudo* a este tema y no pienso volver a ello). Pero sí quiero subrayar que nuestro poeta, que ha hablado de democracia desde hace años (y hasta podemos dejar de lado su imperdonable vanidad), ha sorprendido a sus lectores con su actuación política de última hora. En efecto, al momento de ser evidente a todo mundo —con inclusión de un número importante de priístas— la defraudación nacional del 88 y las estatales del 89-90, Paz, el gran demócrata, el viejo demócrata, el precursor de todas las luchas por la democracia que puedan darse en el país, calla

ignominiosamente, se hace el que la virgen le habla, y corre, como un vulgar cortesano que no «quiere vivir en el error», a ponerse del lado de los hampones electorales y de los enemigos del pueblo mexicano. Paz continúa: «¿Y su amor a la democracia? Nunca hablaron de ella salvo para denunciarla como una mistificación». La tesis de las limitaciones, del carácter de clase o de la mistificación de la democracia es, sin duda, un punto de vista de los marxistas. Pero también de ciertos liberales y demócratas honestos y autocríticos. Norberto Bobbio dice, por ejemplo:

Naturalmente, hallo criticable el sistema de partidos; y esta crítica se extiende a la democracia tal como aquí se da. Yo me considero un demócrata convencido y, en Italia —un país con una democracia débil— he tratado siempre de representar y de defender los principios democráticos. Pero tal vez ahora ha llegado para los propios demócratas el momento de emprender la búsqueda de una autoconciencia<sup>49</sup>.

Este espíritu autocrítico, del que carece Paz, lleva a Bobbio a añadir:

la democracia, en definitiva, no se funda en el consenso espontáneo de los ciudadanos; ese consenso es obtenido más bien por medio de promesas, o bien se logra mediante la distribución de premios. Esto es lo que en Italia llamamos hoy «voto de intercambio» —un comportamiento electoral clientelas, basado en un comercio de trueque: apoyo político contra ventajas personales o de grupo.<sup>50</sup>

Bobbio termina diciendo:

en un sistema económico de mercado, en el que eventualmente

---

<sup>49</sup> Norberto Bobbio, «La izquierda del año dos mil» en *Examen*, año 1, No. 9, México, 1990, p. 6.

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 6

cualquier cosa puede verse reducida a convertirse en mercancía, no cabe duda de que también se vuelve mercancía el número de votos.<sup>51</sup>

No es posible cerrar los ojos. La democracia electoral es un campo de batalla entre quienes, buscan inducir, manipular, ponerla a su servicio, y los intereses reales e inmediatos —que se expresan, en mayor o menor medida, en la acción de ciertos individuos, grupos o partidos— de los electores. No existe, pues, algo así como un «consenso espontáneo de los ciudadanos». Siempre se trata de una democracia electoral interferida o en trance de interferencia. Una democracia electoral al margen de las contiendas sociales que forman la cotidianidad beligerante de toda sociedad jerarquizada es un engaño, una ilusión, un cuento de hadas.

En ese campo de batalla que es la democracia electoral, de común gana el embaucamiento, la distorsión, la treta. Este triunfo en el ánimo de los electores de las propuestas, ideologías u orientaciones de sus enemigos se logra, habitualmente, mediante el empleo de cuantiosos recursos económicos en una actividad muy especializada de la sociedad moderna: la manipulación de la opinión pública. Toda campaña electoral tiene un enorme costo. Exige millones de pesos. Y, como se sabe, no todos los partidos están en las mismas condiciones para financiarla. Una de las principales razones de ser del *partido de gobierno* estriba en que, por existir lo que podríamos llamar el todo continuo partido/gobierno de la República, el partido oficial puede canalizar —y el caso del PRI-Gobierno so demuestra todos los días— recursos millonarios para ir conformando una opción electoral acorde a los intereses de los inversores. Con una utilización «racional» de esos recursos se incide en la psicología de masas. Se maneja de manera efectiva, oportuna, «científica» la propaganda y la publicidad. Antes de

---

<sup>51</sup> *Ibíd.*, p. 6

ofrecerle al público un nombre, una personalidad, un candidato, se examina, en lo que podríamos llamar la *mercadotecnia de las imágenes*, su conveniencia y viabilidad. Se hace un uso estratégico, planeado, de los medios masivos de comunicación. Se trata de crear en la mentalidad popular la figura de un héroe —inteligente, paternal, confiable— por el que se precisa votar. O se sataniza a los contrincantes. O se fomenta, de modo sutil e indirecto, la apatía y el abstencionismo.

Pero a veces las necesidades populares se imponen, trascienden el bombardeo publicitario, afloran a pesar de la farsa ambiental. Las necesidades del pueblo, en momentos cruciales de su vida, hacen a las masas ciegas y sordas a los slogans del desvirtuamiento y la ilusión. Ejemplo muy elocuente de ello lo exhibió la sociedad civil mexicana el 6 de julio de 1988 y lo continúa haciendo en varios estados de la República en el 89y el 90. Es el triunfo momentáneo de la toma de conciencia de los propios requerimientos en contra de la ideologización habitual. Esta insubordinación de las masas, para darle algún nombre, se halla vinculada normalmente a ciertas condiciones materiales. Una crisis profunda, extensa y prolongada —como es la crisis económica que padece el país desde hace años— es el caldo de cultivo más propicio para que un pueblo diga *no*, y para que las mañas propagandísticas del enemigo estrellen contra la indiferencia o el desdén del pueblo.

El verdadero demócrata, el *de abajo* y no el *de arriba*, tiene que ser forzosamente crítico de la democracia. No fincar sus lares en el concepto abstracto e idílico de democracia, sino *ir hacia la cosa misma* (Husserl), enfrentarse con la «democracia» en su funcionamiento práctico y en su rol social. El verdadero demócrata, por ejemplo, debe denunciar sistemática y permanentemente cómo la Tv engaña, desinforma, envía mensajes subliminales, en una palabra, emplea a la opinión pública como materia prima de su

adoctrinamiento hipnótico. Condición fundamental para ser auténtico demócrata es ser un crítico severo, objetivo, implacable del conjunto de dispositivos, a cual más sofisticados, que emplean los poderosos y los capitalistas para distorsionar artificialmente la voluntad popular real y sustituirla por una ficticia y extrínseca. Si Paz fuera el demócrata que dice ser, debería actuar, entre otras cosas, como un crítico de la Tv mexicana, sobre todo de Televisa. En tiempos remotos, Paz enjuició duramente a los *mass media*. Su diagnóstico sobre ellos era honrado y veraz. Pero eso fue en pretérito de indicativo. Hoy es no sólo el hombre de Salinas, sino el de Azcárraga. Es un individuo en complicidad con la familia Zabłudowski, con la cloaca de la desinformación, con el albañal del ocultamiento.

Paz hace notar que los perredistas, de repente, como tocados por una súbita luz, comenzaron a escribir loas a los derechos humanos y a las despreciadas «libertades formales». ¿Cómo y por qué?, se pregunta nuestro poeta. Y responde: nunca han explicado por qué. Pero no es difícil saberlo:

descubrieron a la democracia cuando Gorbachov inició su reforma democrática «como antes» habían descubierto los crímenes de Stalin cuando Krushev los hizo públicos.

El hallarse inscrito en la vieja cultura política nacional, a pesar de sí mismo, impide a nuestro escritor comprender que el PRD se caracteriza por ser un proyecto de partido *plural*. Nació como un ámbito donde coexisten, se entrelazan y se interinfluyen corrientes de opinión que poseen diverso origen, experiencias de lucha diferentes, concepciones tácticas y estratégicas distintas. Algunos militantes del nuevo partido, de prosapia marxista-leninista, quizás actúen, en su «descubrimiento de la democracia» en la forma en que lo dice Paz. Sus concepciones ideológicas, sus tradiciones políticas, su manera habitual de reaccionar ante las

circunstancias, posiblemente los empujen a determinar sus puntos de vista y a normar su actuación práctica a partir de los cambios que tienen lugar en la URSS. Pero otros muchos perredistas no pertenecen a esta tendencia política ni actúan de conformidad con sus motivaciones, convencimientos o prejuicios. En el PRD existen, además de la amplia gama de posiciones marxistas, compañeros de definición política liberal, nacionalista, cristiana, feminista; ecológica, autogestionaria, etcétera. Paz no tiene derecho a confundir una tendencia del PRD con el PRD. En la lucha interna de cada una de las agrupaciones partidarias que existen en el país, la mayoría no sólo se impone sobre la minoría, sino que la avasalla, silencia y estrangula. Se logra, así, la homogeneidad de los sepulcros, el monolitismo del desierto. Identidad, en fin de cuentas, aparente, ya que cada partido deambula por el mundo como un simulacro de unidad.

El PRD quiere ser algo distinto. No sé si acabe por lograrlo. Ignoro si el número, no pequeño, de militantes que se oponen (por sus intereses personales o de grupo o por sus limitación de la concepción) al florecimiento y la consolidación del pluralismo, sea un obstáculo insalvable en contra de la inmensa mayoría de perredistas y de ciudadanos que desean un partido que, *aunque sea coherente en su acción práctica*, sea amplio, flexible, plural. No sé, repito, si se logre dicho propósito. Me inclino a pensar, dadas las condiciones en que surge el partido y la presión vigorosa del pueblo, que este proyecto de partido plural, o este concepto partidario de la *unidad en la variedad*, saldrá victorioso finalmente.<sup>52</sup>

Las razones por las que, en el PRD, las diversas corrientes apoyan la democracia, las libertades formales y los derechos humanos, son diversas y no pueden ser reducidas a la interpretación pacista. Aún más. La causa esencial de la emergencia de ellas pasa inadvertida, a mi modo de ver las cosas, para el crítico del nuevo estatuto político. En efecto, la

---

<sup>52</sup> Esta concepción de partido no impide, como se comprende, la búsqueda de márgenes cada vez mayores de coincidencia entre los militantes.

identificación de todas las tendencias agrupadas en el PRD en su entusiasta aceptación de la democracia, etcétera, arranca sobre todo de las acciones populares: la respuesta popular ante el temblor de 1985, las elecciones de Chihuahua de 1986, la insurrección ciudadana del 6 de julio de 1988, etcétera, influyeron en todos nosotros, nos modificaron la conciencia, nos pusieron al día, nos transfiguraron. Paz silencia, pues, lo esencial. Actúa, a decir verdad, como un ideólogo común y corriente: doctrinario, tendencioso...

### *c) El PRD en la confluencia de la tradición y la modernidad*

Paz es de la opinión de que la relación entre la modernidad y la tradición en la historia del país. Ya he citado su frase de que' esa relación «es el- leitmotiv de nuestra historia» y también la de que, en nuestros días, «es el centro del debate político». Paz arranca de un supuesto —en el que encarna cierto grado de justeza— que podría formularse del siguiente modo: dime cómo ves la tradición y te diré cómo te defines respecto a la modernidad.

El PRI se halla, según nuestro poeta, por el buen camino. Y si sigue puntualmente sus recomendaciones no se desviará de su ruta. El salinismo, en efecto, lejos de renegar de la tradición, como le echan en cara sus enemigos, la «usa» de modo creador. El PRI es, debe ser, heredero de la Revolución Mexicana: de sus aspiraciones democráticas y del propósito modernizador que mostró en ciertos momentos (por ejemplo con Calles).

Frente a la organización de ambos términos llevada a cabo por el salinismo, los partidos de oposición están, en cambio, «tironeados entre la modernidad y la tradición».

El defecto del PAN estriba en que, aunque es un partido

«claramente democrático»<sup>53</sup>, ha abandonado o está abandonando su vitalizador entronque con la tradición (el conservadurismo), lo cual, ante la imposibilidad de ser modernos renunciando a la tradición, lo hace víctima del presente.

«La posición del PRD es más difícil», escribe Paz. Y es que se trata de un partido que

no acierta aún a definir cuál es realmente su tradición. Por esto mismo, su visión de la modernidad también es ambigua.

Los polos extremos son, pues, el PRI (que se enlaza armoniosamente con el pasado y el presente) y el PRD (que no lo puede hacer ni con uno ni con otro).

El PRD no puede ser moderno porque no acierta a definir su tradición. Esta es la razón, piensa Paz, «de que haya sido incapaz hasta ahora de elaborar un programa de gobierno». La ausencia de un programa acabado en el PRD se explica, a mí entender, de manera más simple: el PRD, por ser un partido nuevo, una agrupación política en proceso de gestación, no ha tenido tiempo todavía de hacer un programa de acción y gobierno que podamos calificar de suficiente y adecuado. Hace tiempo hablábamos en la izquierda mexicana de dos posiciones contrapuestas en relación con el problema del programa: una, *gradualista*, que afirmaba la necesidad de crear primero el programa (un programa más o menos acabado) y luego la organización partidaria que, agrupada alrededor de ese programa, se lanzase a la lucha social. Otra, *simultaneísta*, que, tras de combatir la postura precedente, se pronunciaba a favor de crear, con una cierta simultaneidad<sup>54</sup>, la agrupación política y el programa. El PRD se ha visto en la necesidad de emprender el segundo camino. No ha logrado, en estas condiciones, generar el programa que está en potencia de generar. No hay un

---

<sup>53</sup> De los' partidos de oposición, Paz ve sin lugar a dudas con más simpatía al PAN que al PRO.

<sup>54</sup> Pero a partir de cierta plataforma inicial de principios...

impedimento conceptual (la incapacidad, por ejemplo, de enlazar la tradición y la modernidad) que le impida estructurar ese programa, sino la razón ya dicha: no ha tenido el tiempo adecuado para elaborar, en el nivel conveniente, sus documentos básicos en general y su programa de acción en particular. Pero en el PRD (no me cabe la menor duda), hay la juventud, la experiencia, las condiciones pertinentes para formular un programa de *nuevo tipo* para coordinar de modo inédito la tradición y la modernidad. Paz, desde las galerías de su torre de marfil, no puede ver esto. En vez de acercarse a la cosa misma, examinar su situación particular, sus dificultades y sus tendencias, inventa una hipótesis explicativa, acorde a sus prejuicios e intereses, y se da por satisfecho con su maniobra. He hablado de un *nuevo tipo de programa*. Aunque, como dije, el PRD está en posibilidad de coadyuvar a la generación del programa de acción y gobierno que exige la rebeldía ciudadana, no va a ser una tarea fácil, porque no se trata de hacer un programa cualquiera —un programa de acción como el del PRI o el del PAN— sino un programa que recoja la unidad en la variedad de todas las corrientes — interiores o exteriores al PRD— que luchan por el cambio y la sustitución del actual régimen por otro. El programa que tendrá que generar el PRD habrá de ser, por eso mismo, un *programa de programas*, el punto unificador en el que incidan, cooperando, las más diversas tendencias. Nada fácil, como se ve. Pero nada imposible. Hay ya vislumbres, anticipaciones, sugerencias de ello.

El PRD, según Octavio Paz, no puede hacer un programa acabado y convincente porque no sabe ser moderno, y no sabe ser moderno, porque, como ya vimos, no acierta a definir su tradición. Cuando intenta hacerlo cae, según Paz, en contradicciones evidentes e insalvables. Por un lado se declara heredero de Lázaro Cárdenas y por otro lado se pronuncia en contra del corporativismo. Cae, pues, en un contrasentido porque el

corporativismo se consolidó precisamente a lo largo del sexenio de Lázaro Cárdenas. Para demostrar su aserto, Octavio Paz hace un poco de historia. Oigámosle: el PNR

no era corporativista, aunque tendía a serlo. Al transformarlo en PRM..., el general Cárdenas recogió, desarrolló y sistematizó ese corporativismo embrionario. El PRI actual heredó ese carácter.

Estas frases —superficiales, pero con su gránulo de verdad— le sirven a nuestro poeta para formular estas otras, cargadas de intención:

Si el PRD es el heredero del cardenismo, debería abrazar, con el culto a la intervención del Estado, el corporativismo revolucionario». Ambos son rasgos esenciales del cardenismo.

La mera lectura de estos párrafos producen inquietud en mi tinta y cosquilleo en mi pluma. No resisto, pues, el requerimiento de hacer los siguientes comentarios:

a) La escueta referencia histórica a un corporativismo que, desarrollándose y consolidándose durante el sexenio cardenista, tiene antecedentes embrionarios en el PNR y consecuentes de despliegue y sistematización en el PRI, me parece correcta en lo fundamental pero puramente epidérmica y descriptiva.

b) Paz da por supuesto, y creo que le asiste la razón, de que el PRD se considera orgullosamente como heredero del cardenismo. No ignora, asimismo, que el nuevo partido insiste en todo momento en que parte insoslayable y esencial de su propuesta política es la lucha contra el corporativismo. Paz, entonces, se entusiasma: está claro, sugiere, la contradicción en que evidentemente se enredan, faltos de lógica, estos perredistas: ¿cómo pueden ser

partidarios de Cárdenas y, al propio tiempo, anticorporativistas?

c) Nuestro poeta no advierte algo tan sencillo como esto: los perredistas se sienten herederos y continuadores de ciertos aspectos del cardenismo, pero, puesto que no son irracionales ni acrílicos, no considerara que *todo* lo realizado por este régimen deba ser continuado o reasumido. El PRD se siente .legatario del nacionalismo, la sensibilidad popular, la vocación soberana, etcétera: del viejo cardenismo; pero, *aun comprendiendo las necesidades coyunturales que llevaron a ello*, no cree que el modelo PRM-Gobierno (como su descendiente nefasto PRI-Gobierno) deba ser continuado. La Revolución Democrática es concebida por el nuevo partido, precisamente, como *descorporativización*, como régimen de partidos, como democracia integral, como acceso del pueblo al poder. En este punto me gustaría expresar la siguiente apreciación: es posible que *al hijo del general Cárdenas le esté destinado jugar un papel fundamental en el desmantelamiento del régimen corporativo desarrollado y consolidado durante el régimen de su padre*.

d) En el ánimo de darle la razón a quien la tiene, no puedo dejar de aceptar que a Paz le asiste la razón cuando sorprende a *algunos* perredistas en la flagrante contradicción entre una concepción «dinosauria» de intervencionismo estatal (acompañada de una suscripción *global y acrílica* del cardenismo) y afirmaciones reiteradas de la necesidad de luchar contra el corporativismo. Pero, por un lado, no se puede confundir al PRD —partido en el que confluyen, como ya dije, múltiples corrientes de opinión— con una de sus tendencias. Por otro —y esto es lo que resulta sorprendente—, llama la atención que Paz en vez de recomendar a los perredistas equivocados solucionar la contradicción entre *cardenismo globalizado/corporativismo* del lado del *corporativismo* (de tal manera que se dijese: la línea política de la descorporativización implica tener una *posición crítica*

en relación con el corporativismo consolidado durante el sexenio cardenista) los aconseja resolverla del lado del *cardenismo globalizado* (de tal modo que les dice: considerarse herederos del cardenismo presupone aceptar sin más el acuerpamiento de los sectores laborales en el partí, do oficial y la supeditación de éste al gobierno, en consecuencia el PRD debe rechazar la lucha contra el corporativismo).

e) Surge, así, la vocación de consejero que Paz asume con tanto fervor y entusiasmo. Pero ¡qué curios<sup>a</sup> manera de aconsejar! Además de todas las sugerencias gatopardescas enderezadas al PRI, quiere que el PAN torne al conservadurismo<sup>55</sup> y que el PRD, dejándose de devaneos, no sólo se entregue a la nostalgia del cardenismo (del cardenismo tomado acriticamente de manera global), no sólo sea partidario del estatismo de viejo cuño y del patrimonialismo de siempre, sino también —porque la lógica formal lo exige— *se defina como entusiasta partidario del corporativismo*. Ojalá Paz, con algo de misericordia para los panistas y los perredistas, acompañara sus palabras con aquella sentencia del gran Machado: *Doy consejo, a fuer de viejo: nunca sigas mi consejo*. Este es un afán, sin embargo, que se frustra de golpe al ver el regocijo con que Paz endereza sus exhortaciones —que no son sino la superestructura de sus deseos—, con el propósito de que los tres partidos más importantes de la política nacional ocupen el preciso lugar que les asigna.

Después de identificar cardenismo y corporativismo, Paz se ve en la necesidad de hacer la siguiente precisión:

Escribí “corporativismo revolucionario” entre comillas porque hay una diferencia entre el partido de Cárdenas... y el verdadero corporativismo. Este último comprendía a todas las

---

<sup>55</sup> Cuando si en algo ha prosperado el blanquiazul es en el abandono de las posiciones ultramontanas del pasado.

clases sociales... Se suponía que era el «cuerpo social» del régimen y por eso se llamó Estado corporativo al de los fascistas italianos... El PRM fue un partido clasista como ha habido y hay muchos... La pretensión de identificar una clase —o alianza de clases— con el Estado, tiene un claro parecido con la concepción bolchevique. En el partido revolucionario no caben ciertas clases; ahora bien, esta legítima exclusión se vuelve ilegítima y antidemocrática cuando el partido se transforma en gobierno y éste se identifica con la nación.

La intención del esclarecimiento o del deslinde conceptual que aparece en este párrafo, parece responder a la necesidad de distinguir el corporativismo *a la mexicana* del corporativismo fascista. Es incuestionable, por otro lado, que esta intención —que se manifiesta indudablemente en un primer plano— conlleva una segunda, que resulta más significativa en el discurso polémico de Paz: el corporativismo cardenista mantiene diferencias ostensibles respecto al verdadero corporativismo; pero muestra su parecido con el partido bolchevique: el cual, además de identificarse con el gobierno, pretendía ser un partido de clase y no un partido de toda la sociedad. Más que comentar la diferenciación entre un tipo de corporativismo y otro, me parece importante mostrar lo que está sugiriendo Paz: el PRD, aduce, se dice heredero del cardenismo. El cardenismo presupone un corporativismo que más que asemejarse al fascista se parece al «corporativismo revolucionario» de los bolcheviques. En consecuencia el PRD suscribe, o *debiera* suscribir, el corporativismo clasista que caracteriza a los bolcheviques. Con esta sugerencia, Paz nos brinda un cuadro completo de lo que es o *debiera ser* el PRD. Se trata, según nuestro poeta, de un partido estatista, populista, patrimonialista, heredero del corporativismo cardenista y con analogías inocultables con el ideario de los bolcheviques. Así, sin más ni más. El conjunto de todos estos aspectos nos proporciona, entonces, lo

que Paz denomina, en el prólogo a su texto<sup>56</sup>, «el arcaísmo político e ideológico de la oposición de izquierda». Sin embargo, este cuadro que nos presenta Paz ¿responde á la realidad? El llamado «arcaísmo ideológico y político» (del PRD), que él contrapone a la modernización (salinista), ¿es el contenido efectivo del nuevo partido o un invento del que se sirve Paz con el doble propósito de confundir a sus lectores y tener un contrincante «a la medida» de su deseo para poder medir sus armas satisfactoriamente con él? Quien haya leído con detenimiento este opúsculo tiene a la mano, pienso, la respuesta. *Gaudeamus igitur.*

---

<sup>56</sup> *Página Uno*, 20 de mayo de 1990

## EPILOGO

### Carta de Yolanda Díaz Mantecón al autor

Maestro Enrique:

Apenas recibí su *Cuando el rey se hace cortesano* (y los artículos de Paz publicados en *Excélsior*), por intermediación de nuestra amiga Pilar, me dediqué de tiempo completo a la lectura del libro y de los artículos, con el propósito de escribir, a la mayor brevedad posible, las «opiniones críticas» que usted me demanda. Pero antes de poner manos a la obra, deseo informarle que he entregado los ejemplares de *El rey va desnudo* que me traje a Barcelona a diez lectores interesantes: seis de ellos admiradores incondicionales de Paz. Entre paréntesis diré que el prestigio del autor de *El ogro filantrópico* en la Península es enorme y no, como ocurre en México, sólo o fundamentalmente por su poesía, sino ¡por sus ensayos políticos! De los seis admiradores de Paz, el libro ha sembrado enhorabuena serias dudas en cinco de ellos...

Ahora voy al grano. Los textos de Paz se mueven, creo, en tres niveles: una filosofía de la historia, la puesta en acción de ciertos conceptos reguladores y la definición política concreta. Su *filosofía de la historia* —que usted no trata— se expresa en afirmaciones como las siguientes: «el azar, más que la violencia, es el partero de la historia» (primer artículo). También: «Muy pocas veces la historia es racional; todo aquel que la haya frecuentado sabe que siempre hay que contar con un elemento imprevisible y destructor: las pasiones de los hombres, su ambición y su locura» (primer artículo). Asimismo: «El elemento imprevisible y destructor que he mencionado varias veces —el elemento demoníaco, para llamarlo con su antiguo y exacto nombre religioso— aguarda en un rincón del tiempo» (segundo artículo). Machaconamente: «La historia es el campo de juego de la fortuna, como llamaban los antiguos al accidente y a la contingencia. Por esto es

imprevisible» (tercer artículo). Finalmente: «Toda reflexión sobre la historia contemporánea termina en una interrogación» (quinto artículo).

A partir de lo precedente, o teniendo como horizonte eidético esta filosofía de la historia, Paz habla de dos *conceptos reguladores* que le permiten acceder a la historia en general y a los «grandes días» que estamos viviendo en particular: las nociones de *modernidad y tradición*, que funcionan como el *leitmotiv* (expresión de Paz) de la historia mexicana.

Armado, pues, de su filosofía de la historia (donde la columna vertebral es el azar, la contingencia) y de sus dos acerados conceptos reguladores, Paz decide *definirse políticamente*, tomar partido y medir sus fuerzas con sus contrincantes.

Usted, maestro Enrique, hace referencia al segundo y al tercer niveles: habla minuciosamente —y en ocasiones en los linderos de la prolijidad— de la pareja modernidad/tradición y, sobre todo, de la toma de posición que Octavio Paz lleva a cabo en lo que a la política actual de México se refiere. Siento, sin embargo, y no quiero ser muy enfadosa si me repito, que usted debería de haber tratado críticamente también el primer nivel: el de la *seudo-filosofía de la historia* en que Paz pretende fincar su discurso. Ya sé que este tema lo tocamos en *El rey va desnudo* y estoy convencida de que ahí le propinamos tamaña zurra al monarca que, orondo, se pasea en paños menores por el altiplano de mi queridísimo México. Pero creo que aquí hubiera sido sumamente útil que usted retornara nuestra crítica y la ampliara.

Su libro se inicia con una *Entrada* que me parece elocuente. En ésta se muestra cómo el salinismo halla, por fin, a su ideólogo. Usted nos dice, y creo que le asiste la razón, que Paz no sólo está influido por el idearium de la casta de tecnócratas que se ha adueñado del poder en su patria, sino que reinfluye en él. Creo que las tesis de que el PRD no debe continuar luchando por el «todo o nada» o de que el PRI en vez de ser un partido *de* Estado debe ser un partido *en el* Estado, tan caras a los priístas, tan repetidos y sobados por ellas, tuvieron su origen en el cacumen reaccionario de

nuestro rey y en la privilegiada pluma que sabe blandir con eficacia y lindura. ¿Me equivoco?

Usted hace un análisis descriptivo de lo que he llamado los *conceptos reguladores* (la *modernidad* y la *tradicición*) empleados por Octavio Paz. Nos dice qué son para éste tales nociones. Nos aclara, por ejemplo, que la buena modernización no puede llevarse a cabo, según el poeta mexicano, si no se reasume rectamente interpretada, la tradición. Pero, a decir verdad, me parece que usted, querido maestro, se queda en la epidermis. Su tratamiento es débil. Su crítica, insuficiente. Tengo una sospecha: la superficialidad evidente de Paz en este 'punto ha rebajado la crítica que usted le endereza. Discutir con enanos —apunta un dicho— nos vuelve enanos. No sé si estoy siendo muy severa con Paz... y con usted. Pero la verdad es que si leemos con detenimiento —para no hablar de la, *de la historia* que nos endilga Paz— todos los párrafos en que su criticado hace referencia al leitmotiv de los *antiguos y modernos*, salta a la vista no tanto su falsedad cuanto la insustancialidad de tales conceptos. Paz se mueve aquí en el mundo de las generalidades y las abstracciones. Se regodea en lo huero. Y pretende deslumbrarnos con un plexo de obviedades. Maestro, por favor, no sea considerado y atento. Deje de lado las medias tintas. Paz se merece un zurriagazo crítico que le resulte inolvidable y aleccionador.

Aunque su libro, mi querido maestro, me dejó la impresión de que se halla elaborado un tanto al vapor, tiene momentos excelentes, argumentaciones certeras y apuntamientos (por desgracia no desarrollados) sumamente prometedores. Comprendo que el escrito haya sido redactado a vuela pluma —¡el momento político de su país así lo exige!—; pero creo que si usted hubiera tenido más paciencia, menos precipitación y mayor empuje, la crítica, que por ahora

resulta buena, sería óptima, que por hoy aparece interesante y profunda, sería inmejorable. Sus opiniones, verbigracia, sobre la teoría de Los «círculos concéntricos» de Paz — por medio de la cual nuestro poeta aconseja a los países de América del Norte cerrar filas inicialmente entre ellos, para después establecer una alianza económica con los países de América Central y del Sur— me parece del todo insuficiente. Es cierto que usted dice que no quiere dedicar a este tema un tiempo y un espacio que desea dejar para otros problemas. Pero, a mi entender, ¡este asunto debería de haber sido tratado seria y profundamente en este sitio! El esclarecimiento de la política comercial de Salinas respecto a Estados Unidos, etcétera, habría puesto en evidencia, desde el inicio de su alegato, la ley de tendencia principal del neoliberalismo hecho gobierno. Un caso distinto es el de la denuncia que usted hace de la vieja topografía política que escinde a los individuos en hombres de izquierda y de derecha. Se trata de una brillante y utilísima consideración. Paz, en cambio, continúa en el fondo preso de esta vetusta dicotomía y de su interpretación habitual. Yo, por mi parte, saludo con entusiasmo la sustitución de *antítesis horizontal* de la pareja de marras por la *antítesis vertical*. Estoy convencida de que no se debe proseguir identificando la izquierda con el estatismo y la derecha con la iniciativa privada, sino, como usted lo apunta perspicazmente, de que se debe asociar de hoy en adelante la izquierda al pueblo autoorganizado y en lucha y la derecha a los poderosos y los capitalistas. Pero su planteamiento, maestro Enrique, es sumamente esquemático. Deja mucho que desear. La derecha *estatista*, por ejemplo, tiene un modelo claro de país:

un país dominado por el populismo y el corporativismo. Otro tanto hay que afirmar de la derecha *neoliberal*. También tiene un modelo congruente de nación: una nación dominada por la libre empresa y todo lo que, en ésta etapa histórica, ello presupone. Pero, ¿cuál es el modelo de sociedad que usted propone? ¿Autogestionaria? ¿No resulta patético proponer tal cosa después de las experiencias de Yugoslavia y Argelia? Su libro no aborda esta cuestión. Su propuesta se hunde en el mar de las generalidades...

Llego aquí al término de mi carta. Ojalá que mis opiniones, un tanto aceleradas, le resulten útiles. No deje de enviarme, maestro querido, un ejemplar de *Cuando el rey se hace cortesano* apenas vea la luz. Le aseguro que aquí en Barcelona hay un grupo («capitaneado» por mí) que está a la espera —una espera ansiosa— de tener en sus manos y ante los ojos su nuevo libro.

Un abrazo muy apretado, y saludos a su compañera y a todos los amigos.

**Yolanda Díaz Mantecón**

PD.: ¿Usted cree que Octavio Paz le responda? Yo estoy cierta de que no. El silencio es, por ahora, su mejor escudo.

## Respuesta del autor a Yolanda Díaz Mantecón

Mi muy querida Yolanda:

No te imaginas el gusto que me dio recibir tu carta. Llegó en el momento oportuno: unos días antes de entregar el manuscrito de *Cuando el rey se hace cortesano* a la imprenta. Te agradezco infinitamente que, respondiendo a la nerviosa demanda de que me ofrecieras tu opinión sobre mi reciente texto (nuevo frente abierto en nuestra lucha contra el monarca de la cultura nacional) hayas cumplido, y de qué manera, con mi solicitud. Tu carta, que contiene gran riqueza de ideas, observaciones justas y sugerencias pertinentes, me ha servido como inspiración y acicate para hacer algunas precisiones, pronunciamientos y desarrollos.

Iré por partes, como decía el descuartizador. Tienes íntegramente razón al hacer notar que el discurso de Paz se mueve en tres niveles: el de la *filosofía de la historia*, el de los *conceptos reguladores cronológicos* (de la modernidad y la tradición) y el de la *definición política concreta*. Te asiste asimismo la razón en que mi tratamiento de los dos primeros niveles es sumamente precario. Me detendré, por consiguiente, en estos puntos.

El primer nivel, como lo recuerdas en tu misiva, ya había sido tratado por nosotros en *El rey va desnudo*. No me detuve en este tema, ni profundicé en la crítica enderezada a la concepción que de la historia tiene Paz, porque no concebí el manuscrito que has leído como una disputa académica o una polémica filosófica. Pero, tornando en cuenta lo que dices, y meditando en que el Paz de la *Pequeña crónica* continúa estando desnudo, he decidido aludir nuevamente, aunque con la mayor economía posible de palabras, alterna en cuestión.

Octavio Paz, en lo que tú llamas su pseudo-filosofía de la historia, afirma, en resumidas cuentas *dos tesis* esenciales y

una *conclusión*. Las dos tesis historiográficas torales son las siguientes: 1) la historia es contingente o azarosa y 2) la historia, caracterizada de tal modo, es por eso mismo imprevisible. La *conclusión* no es otra, entonces, que la convicción de que la historia *no es racional* o muy pocas veces lo es. Paz se opone, con este planteamiento, a la formulación simétricamente opuesta que diría: 1) la historia es necesaria o sujeta a leyes y 2) la historia, fundada en esta consideración, es, entonces, previsible. La *conclusión* de esta posición afirmarí­a que, dadas las dos tesis precedentes, la historia es franca y decididamente *racional*. Mi opinión, Yolanda, es que ambas posturas, asumidas unilateralmente, como absolutas, son metafísicas. Su contraposición, y las pretensiones de exclusividad de cada una, nos hablan de una especie de *antinomia de la razón impura* —si me permites llamarla así— que las convierte en parciales y distorsionadoras. En la historia no sólo existe lo demoníaco-casual y lo imprevisible. Tampoco rige de modo único lo necesario y previsible. En la historia coexisten ambos aspectos. O mejor: la historia *realiza* la síntesis de esa antítesis de posiciones historiográficas, de tal modo que, en ciertos aspectos, se muestra como reino de lo contingente e imprevisible y, en otros, se devela como ámbito de la necesidad y la predicción científica. La necesidad y la contingencia se excluyen en la mente —en una mente acostumbrada a jugar con abstracciones y formas— pero se entrelazan, de manera desigual y combinada (como diría quien tú ya sabes), en el proceso real. Paz no es fiel, del todo, sin embargo, a su filosofía de lo *contingente/imprevisible*, de ahí que diga: «Toda reflexión sobre la historia contemporánea termina en una interrogación». ¿Qué significa, en efecto, interrogar a la historia? Preguntar por su orientación y tendencia. Los escritos de Paz, y dentro de ellos la *Pequeña crónica*, están llenos de reflexiones acerca del tema ¿a dónde va la historia? Están plagados de

interrogantes y de respuestas. Paz da por muerto, para mencionar un caso, al marxismo. Para él se trata de una teoría sin porvenir. Ahora bien, dar avances del futuro, implica la suposición de qué existen *leyes históricas* o, por lo menos, cierto *sentido* en la historia, algo así como si en los acaecimientos y las coyunturas se desplegaran las premisas que, *con el tiempo*, conducen, por lógica —por una lógica de la historia— a su conclusión. La posición de Paz —como un individuo que interroga a la historia y que piensa que esta última le ofrece tales o cuales respuestas— por más que rechace la legalidad y la previsión de otras filosofías de la historia, tiene que aceptar cierta racionalidad. Tal vez es esta la razón por la que Paz afirma que «muy pocas veces la historia es racional». O sea que, aunque pocas veces, la historia *puede ser* racional. Interrogar a la historia parecería suponer, por consiguiente, que la pregunta lleva consigo la confianza de que, al menos en este caso, la historia se muestre como uno de esos ejemplos excepcionales en que la historia es racional. El Paz previsor, como el Paz historiador, deja mucho, sin embargo, que desear...

Respecto a los conceptos de *modernidad y tradición*, me dices: «usted, querido maestro, se queda en la epidermis. Su tratamiento es débil. Su crítica insuficiente». Y añades que, aquí, «salta a la vista no tanto la falsedad cuanto la insustancialidad de tales conceptos». Tienes razón. La postura de Paz se basa, a mí entender, en una obviedad: en la vieja concepción *pedagógica* de la historia, de acuerdo con la cual es necesario conocer el pasado para conformar él presente y preparar el futuro. Pero no sólo eso. La falla fundamental de Paz es ver el *tiempo histórico* —resumido en las nociones de *modernidad/tradición*— desde la perspectiva de una filosofía de la historia unilateral, esto es, de una teoría que exalta lo demoníaco e imprevisible y rechaza terminantemente, en términos generales, la existencia de leyes históricas y de la capacidad de prever, dentro de ciertos márgenes, el curso de un proceso.

Piensas, Yolanda, que mi libro está hecho al vapor. No quiero llevar

a cabo una defensa a ultranza de mi texto. Pero lo que pasa es que éste tiene tono polémico y vocación política. Quizás le falta desarrollo; pero no he querido fatigar a mi pluma y a mis lectores con las piruetas de una argumentación académica. Quiero ir al grano, señalar desaciertos, denunciar confusiones. Mostrar, en fin, en qué aspectos y por qué razones *el rey se hace cortesano*.

Me dices, Yolanda, que mis opiniones sobre la teoría de los «círculos concéntricos» de Paz son exiguas. En esto creo que te asiste totalmente la razón. Algo te diré, sin embargo, para subsanar mi omisión o mi tratamiento pobre y anémico. La teoría mencionada —que en realidad funge como consejo o propuesta— afirma que los países de América del Norte, esto es, Canadá, Estados Unidos y México, deben llevar a cabo una primera integración comercial, para después establecer, en un segundo círculo concéntrico, una alianza mercantil con el resto de América. Deseo aclararte, mi amiga, que el gobierno mexicano no trata, por ahora, de pugnar por la conformación del primer círculo concéntrico del que habla Paz, es decir, del surgimiento de un mercado común norteamericano, sino de algo menos ambicioso: la realización de acuerdos bilaterales de libre comercio con Estados Unidos, Canadá y diversos países de la cuenca del Pacífico. Esto, sin embargo, no es nuevo. Ya a fines de febrero del año en curso, José Córdoba y Jaime Serra Puche fueron a Washington a negociar un posible tratado de libre comercio (TLC). Carlos Salinas de Gortari se halla en el Japón, al momento de escribir ésta, probablemente para hacer otro tanto.

En realidad nos es dable decir, con Lorenzo Meyer, que, en 1982, estalló «la crisis definitiva del modelo económico basado en el proteccionismo» y que «al concluir el sexenio pasado ya estaban liberadas 76 por ciento de las importaciones». Lo cual significa que «a estas alturas ya no hay mucho más que negociar respecto a la destrucción

de nuestra vieja muralla proteccionista<sup>57</sup>.

Son varios y elocuentes los indicadores de la integración de mi país al mercado de su vecino del norte. En 1987, por ejemplo, el 68.3 por ciento de las exportaciones mexicanas tuvieron como destino a Estados Unidos. El anunciado TLC con Estados Unidos no hace otra cosa, por ende, que formalizar en términos de convenio lo que ya se venía gestando por la vía de los hechos. Se trata, te lo diré sin reservas, de una integración-subordinada y *desigual* de la economía de un país en vías de desarrollo con una de las naciones más poderosas del mundo, integración que conviene a un importante número de capitalistas norteamericanos (en estrecha vinculación con el Partido Republicano)<sup>58</sup> y a un puñado de empresarios autóctonos que se hallan en alianza con el capital multinacional o que están en vías de asociarse con él<sup>59</sup>.

Tal vez los acuerdos de libre comercio que se firmen entre México y Estados Unidos no sean, en el fondo, sino el paso inicial para la conformación a mediano plazo de un mercado común norteamericano, es decir, la realización del primer círculo concéntrico. Y es que, como dice Meyer, «hablar ahora de una relación de libre comercio con el exterior es, de hecho, hablar de un paso en la integración mexicana al gran mercado de la América del Norte, hoy formado por Estados Unidos y Canadá». Después vendrá, si es que viene, la *integración subordinada* del resto de América al mercomún norteamericano. Pero de la misma manera que mi país es, en la integración nórdica, el «patito

---

<sup>57</sup> Lorenzo Meyer, Paso hacia la integración con L.U., *Excélsior*, 11 de abril de 1990.

<sup>58</sup> Nuestros tecnócratas han cambiado, como se sabe, las alianzas tradicionales del poder público: ya no son con el Partido Demócrata sino con el Republicano

<sup>59</sup> El TLC no es bien visto, por otro lado, por importantes sectores de la clase obrera norteamericana, como lo demuestran declaraciones recientes de diversos portavoces de la AFL-CIO.

feo» de la alianza, Latinoamérica, en el «enchufe» de su economía mercantil a la del mercomún norteamericano y en la desaparición de su proteccionismo, jugará un papel similar al de México (en el primer círculo concéntrico) al realizarse el segundo. Paz no toma en cuenta lo conceptuado en estas tres afirmaciones (destacadas por Lorenzo Meyer) que deben ser tenidas en cuenta cuando se trata de liberalizar el comercio con países desarrollados: «Primero, siempre han sido las grandes potencias centrales las que han pregonado las bondades del libre intercambio; segundo, esa doctrina siempre ha llegado a México acompañada de presiones. Finalmente, y hasta antes de la coyuntura actual, México resistió a esas presiones y cuando cedió lo hizo sólo parcialmente». Paz actúa, a decir verdad, como embajador del idearium y los intereses de las transnacionales. ¡Qué vergüenza! ¡Qué atropello a la dignidad de un escritor que ha pregonado la necesidad de la independencia crítica!

Sobre los conceptos tradicionales de *la izquierda y la derecha*, y sobre los puntos de vista sostenidos por mi texto en torno a ellos, apuntas: «saludo con entusiasmo la sustitución de la *antítesis horizontal* de la pareja de marras por la *antítesis vertical*», etcétera. Y me diriges esta crítica: «Pero su planteamiento, maestro Enrique, es sumamente esquemático. Deja mucho que desear. La *derecha estetista*; por ejemplo, tiene un modelo claro de país: un país dominado por el populismo y el corporativismo. Otro tanto hay que afirmar de la *derecha neoliberal*. También tiene un modelo congruente de nación: una nación dominada por la libre empresa y todo lo que, en esta etapa histórica, ello supone. Pero ¿cuál es el modelo de sociedad que usted propone? ¿Autogestionaria?» Mi querida Yolanda, me es materialmente imposible contestar de manera extensa y suficiente a tu pregunta. Necesitaría el espacio de un libro entero para largar una respuesta satisfactoria. Trataré, no obstante, de *insinuar* (y quiero que tomes muy en serio este verbo) por dónde van mis ideas, creencias y sentimientos al

respecto.

Estoy convencido de que conviene hablar de tres *fases de lucha* que tiene frente a sí el movimiento de subversión ciudadana y el PRD: la *fase opositorista* (a corto plazo), la *fase gubernamental* (a mediano plazo) y la *fase emancipatoria* (a largo plazo). La fase opositorista no es otra que la que estamos viviendo hoy en día. El rasgo distintivo de esta etapa consiste en el hecho de que, ante la usurpación salinista del poder público, el nuevo cardenismo en general' y el PRD en particular se ven en la necesidad de hacer una política de oposición. Política de oposición que persiga un objetivo claro como el agua: la toma del poder por parte del pueblo organizado. El inicio de la segunda fase es, entonces, el fin primordial perseguido por la primera. El PRD no nace como un partido de comparsa, reformista y trcalero, sino como una organización política que busca, desde la oposición, transitar de la primera fase a la fase gubernamental. Es importante subrayar, asimismo, que el inicio de la tercera fase —lo que yo llamo (algún día te diré detalladamente por qué) el *modo de producción democrático*— será, el fin fundamental perseguido por la fase gubernamental: el objetivo esencial que tendrá en mente y acción la Revolución Democrática —la democracia hecha gobierno— será la creación de una sociedad desenajada.

Es indispensable dejar en claro, Yolanda querida, que la periodización en fases que propongo no implica ninguna suerte de *etapismo gradualista*. Cómo desconocer, por ejemplo, que en la primera fase deben darse ciertas experiencias de ejercicio gubernamental (en municipios, gobiernos estatales, etcétera). Pero creo que debe hablarse de esta *fase opositorista* (que no excluye, voy a repetirlo, la posibilidad y necesidad de experiencias gubernamentales) porque así puede hacerse referencia a la etapa histórica en que la insurgencia ciudadana y el PRD se hallen imposibilitados todavía para acceder al poder central etcétera. El movimiento ciudadano y el PRD —partido que

debe hallarse puesto a su servicio— deben tener, qué duda cabe, su proyecto de nación y de pacto social. Este proyecto de nación debe ser el programa o la guía de la Revolución Democrática, de esa revolución que operará, simultáneamente, como el *fin* de la primera fase del proceso de lucha y como el *medio* para sentar las bases materiales y espirituales que conduzcan a la tercera.

La Revolución Democrática tiene que ser, pues, definida. En su definición tendrá que hallarse delineado el proyecto de nación que hemos de buscar y oponer a los modelos tradicionales —populistas o neoliberales— de nación. La Revolución Democrática puede ser caracterizada, dicho de manera negativa, como la *descorporativización general de la sociedad mexicana* o, lo que viene a ser igual, como la destrucción del acuerpamiento que el Estado hace con el partido oficial y del acuerpamiento que el partido oficial lleva a cabo con las organizaciones sindicales; pero también puede ser caracterizado, para decirlo en positivo, como la *democratización general de la sociedad mexicana*, esto es, la democratización de la sociedad civil y la sociedad política. Y también, desde luego, de las formas de producir, intercambiar y distribuir que ostente esta sociedad.

Estoy de acuerdo en que la estructura económica generada por la Revolución Democrática deberá contener el fortalecimiento de una economía mixta (donde coexistan la propiedad estatal y la propiedad privada). Pero no me cabe la menor duda que este tipo de organización económica es aceptable si y sólo si logramos los mexicanos *modificar el carácter del Estado*. El Estado, en el modo de producción capitalista, es, ya lo sabes, el Comité Ejecutivo de los intereses del capital y, en especial, de su sector hegemónico. También es el ámbito en el que la «clase política». tecnoburocrática monopoliza el poder y se enriquece. Una economía mixta en que reaparezca esta forma de Estado no tiene nada que ver con la Revolución Democrática. La Revolución Democrática implica la reorganización de la sociedad a partir del municipio libre, la reestructuración de la producción —por razones no sólo de equidad sino de competencia— tomando como base la

democracia industrial, y la conversión, planeada y gradual, de empresas estatales y paraestatales en un sector inicial de empresas autogestionadas. El Estado que intervendrá en la nueva economía mixta debe ser cualitativamente distinto del Estado priísta. Lo diré de este modo: el Estado actual debe ser expropiado o, lo que es igual, empresas descentralizadas o paraestatales clave deben gradualmente pasar a ser autogestionarias. Es importante recordar que, durante la gestión presidencial del general Cárdenas, hubo dos formas claramente diferenciales de expropiación: la estatal (en petróleos) y la laboral-autogestionaria (en ferrocarriles). Se ha hablado mucho del triunfo de la primera y del fracaso de la segunda. Pero si es que fracasó, ¿por qué fracasó esta última? Creo que se debió, sobre todo, a la falta de un plan general (pues fue una medida tomada espontáneamente), de un crédito adecuado y continuo y, de modo especial, de asesoramiento técnico pertinente. El predominio absoluto de la primera forma de expropiación (en petróleos, electricidad, la banca, etcétera) creó el estatismo a la mexicana y las formas caducas y antipopulares de la economía mixta. Pero también creó la necesidad — inspirada en la expropiación autogestionaria de ferrocarriles y de otras experiencias— de expropiar al Estado no en beneficio del capital — a la manera del neoliberalismo salinista— sino de la propiedad popular autogestionaria. Soy de la opinión, por otro lado, que el conjunto de empresas autogestionarias (que resultarían de esta expropiación y que conformarían la columna vertebral de la democracia industrial) deberían enviar representantes ante un *Consejo nacional de empresas descentralizadas* para redistribuir de modo colectivo el excedente, evitar el «egoísmo de grupo» y planificar democráticamente la economía de ese sector. Y ya no voy a decir más sobre este punto. Siento, Yolanda, que el tema me desborda, que el espacio me falta, que el tiempo me hostiga. La inquietud sobre esta cuestión, sin embargo, no me abandona y te puedo asegurar que aquí, en el punto de mi pluma fuente, permanece

un cosquilleo que .me hará volver, en otro momento, a esta cuestión<sup>60</sup> ...

¿Cuál es el motivo por el que, en mi texto, hago la afirmación de que el salinismo ha hallado, en Octavio Paz, finalmente a su ideólogo? Ya respondí, de alguna manera, a esta pregunta en mi libro. Sólo deseo añadir, que Paz ha proporcionado, y sigue haciéndolo, algunos de los «argumentos» que el oficialismo y su cohorte de publicistas dispara a diestra y siniestra contra sus adversarios. Pondré tres ejemplos. Paz acusa al neocardenismo — como él lo llama— de añoranzas y nostalgias por lo ido, de presunciones maximalistas y de querer sustituir el partido de Estado que existe hoy en día por un partido de Estado de definición izquierdista. Si leemos los artículos que aparecen cotidianamente en *El nacional*, *Uno más uno*, *Excélsior*, etcétera, advertimos que los «argumentos» pacistas constituyen el arsenal o el parque preferido de los plumíferos oficiosos y de los ideólogos de la modernización.

La explicación reductivista de la insurgencia ciudadana por la *nostalgia* del viejo cardenismo es d risa loca. No es que ese elemento no aparezca en el plexo de motivaciones que mueven y conmueven a un pueblo; pero reducir o constreñir dolorosamente el movimiento a ese aspecto, equivale a interpretar, para 'decir algo, el renacimiento como la vuelta al mando grecolatino o suponer que el código civil napoleónico se reduce a ser una simple reedición del derecho romano...

La crítica al nuevo cardenismo y al PRD, denunciándolos como enclaustrados por una posición política *maximalista*, fue expresada elocuentemente por Paz —si mal no recuerdo— en la tercera parte de su ensayo «Ante un presente incierto», publicado en *La Jornada* el 12 de agosto de 1988. Ahí Paz acuñó la frase —¿o sólo la reformuló?— de que el nuevo cardenismo

---

<sup>60</sup> En otra ocasión tratare también el tema de por que la autogestión en Yugoslavia, Argelia, etcétera, no puede ser caracterizada propiamente como un éxito. lemas como *división del trabajo y autogestión*, *burocracia y autogestión*, *partido autoritario y autogestión*, serán tratados entonces de modo detallado y critico.

pretendía obtener «todo o nada». Esta tesis, enderezada contra el nuevo agrupamiento popular, trae consigo una crítica y un consejo. Una *crítica*: se enjuicia negativamente el «extremismo utópico» de los cardenistas, extremismo que, pretendiéndolo *todo* —sin que ello sea posible— se queda en *nada*. Un *consejo*: en vez de «todo o nada», arguye el ideólogo Paz, hay que luchar por obtener *algo*. ¿Cómo obtener este algo? Concertando, negociando con el salinismo. ¿Concertando o negociando qué? Se trata en realidad del voto. Sin afirmarlo francamente, lo que se pretende es que el nuevo cardenismo negocie con la voluntad popular. La carta escondida en la acusación del todo o nada», con su crítica, con su consejo, con su forma literaria, es: señores cardenistas, señores perredistas, negocien con el voto». El salinismo necesita recuperar la legitimidad perdida y piensa que lo logrará corrompiendo moral y políticamente a sus adversarios. Frente a este propósito, el movimiento cardenista y el PRD afirman con toda resolución: «ninguna negociación con el voto». «La democracia empieza, no con la obtención negociada de tal o cual posición, prebenda o ventaja, sino con el tránsito al reconocimiento pleno del sufragio popular. Si no, no queremos *nada*». *Nada* significa aquí ninguna complicidad. Los críticos de Cuauhtémoc Cárdenas lo acusan de maximalista. Pero en la política del coordinador general del PRD y del líder indiscutido del movimiento civil, no hay, que quede claro, ninguna petición exagerada: sólo demanda que se cuenten en verdad los votos, se respete la voz de las urnas, se reconozca —favorezca a quien favorezca— la voluntad popular. Es claro que esta demanda, verdaderamente elemental, *conditio sine qua non* del ejercicio democrático, le parece desorbitada al gobierno salinista y a sus pregoneros literarios...

Si los dos «argumentos» que acabo de mencionar —el de la *nostalgia por lo ido* y el de «todo o nada» — son razonamientos ofensivos —dirigidos en contra del nuevo cardenismo—, el tercer «argumento» es no sólo ofensivo sino defensivo. Paz arguye, en efecto, que mientras el PRD pretende reemplazar al PRI como

partido de Estado, este último tiene la posibilidad, si escucha los consejos que le brinda su ideólogo, de dar a luz las condiciones para arribar a una democracia integral. Paz escribe, en efecto, en el quinto artículo de su *Pequeña crónica*: «La democracia plena sólo será posible si el vínculo entre el gobierno y el partido se invierte; quiero decir: cuando el PRI deje de ser el partido *del* poder y se convierta en un partido *en* el poder». Antes que nada, creo que hay que salirle al paso a la idea de qué el PRD pretende sustituir el régimen del PRI-Gobierno por el sistema PRD-Gobierno. El PRD no será, al arribo de su segunda etapa, ni partido *del* poder ni partido *en* el poder, sino un partido que, junto con otras organizaciones, luchará *porque el pueblo ejerza el poder*. El carácter ofensivo de la «argumentación» de Paz es, entonces, de evidente debilidad. Pero otro tanto hay que decir del aspecto defensivo de su razonamiento. Cuando los partidos de oposición contienden electoralmente con el partido oficial no compiten en realidad con un partido más, sino con el instituto político del gobierno mexicano. Luchan, entonces, contra el Estado. Contra sus privilegios, prerrogativas, recursos. Esta situación no se transformará sólo con palabras. El acuerpamiento semifascista del Estado y el partido oficial no va a desaparecer con la sustitución de una preposición por otra. En este momento, un buen número de periodistas y escritores a sueldo, parando oreja a lo sugerido por Paz, hablan neciamente de que el PRI ya no es un partido *del* Estado sino un partido *en* el Estado. La labor ideológica de Paz ha resultado en verdad fructífera...

Paz no ha logrado conservar y defender su autonomía de intelectual crítico. Ha oído el canturreo de las sirenas. Y ha bajado la guardia. Es cierto que va desnudo de profundidad, rigor y originalidad en sus ensayos políticos; pero es un rey, un

monarca de las letras nacionales. ¿Qué necesidad tenía este emperador de la cultura, que es dueño de una personalidad indiscutible y de un prestigio universal, de rendir pleitesía a un régimen tecnocrático puesto al servicio de un puñado de millonarios extranjerizantes y del capital imperialista, y de convertirse en cortesano de un individuo que llegó al poder ejecutivo y a su gestión de tlatoani todopoderoso por caminos fraudulentos y espurios? ¿Qué necesidad tenía?

Me preguntas, al final de tu carta, si creo que Paz va a responderme. Estoy convencido, como tú, que no lo hará. Un escritor que ha analizado minuciosamente el *ninguneo* como una de las maneras del ser del mexicano, por qué no habría de echar mano a tal recurso. Además, cómo un rey va a rebajarse a comentar las opiniones de un ciudadano común y corriente. Si mi libro armara «cierto ruido», es posible que alguno de los intelectuales que rodean a Paz, decidiera blandir la pluma y salir al campo de batalla. Pero también lo dudo. Mejor es fingir que el libro de tu amigo Enrique no existe...

La conversión del rey en cortesano ha sido acogida con enorme beneplácito, como es lógico, por Salinas de Gortari, el cual (como digna retribución a la dura labor de un poeta transformado en ideólogo del neoliberalismo) ha dicho solemnemente: «Tenemos en usted a un poeta y a un mexicano de dimensión universal. Gracias por darnos tanto orgullo» (palabras de Salinas de Gortari en la inauguración de la exposición *Octavio Paz. Los privilegios de la vista*, marzo de 1990).

Con el afecto de siempre, y el deseo de saber lo más pronto de ti y de toda tu familia, te abraza

Enrique González Rojo